

Selecta

Divorciadas
Fútbol Club



Antonio Sánchez

Divorciadas Fútbol Club

Antonio Sánchez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Dedicado a mis hijos Alba, Sara y Alonso

Capítulo 1

NO HAGAS ESO

Los gritos en el campo de fútbol del pequeño pueblo de la sierra madrileña eran atronadores. Normal: el equipo local había marcado su primer gol, lo cual no iba a ser decisivo en aquella jornada, ya que los visitantes (el Atlético de Majadahonda) llevaban 12 goles de ventaja. Una diferencia habitual entre equipos benjamines: niños entre 9 y 10 años en la liga de la Federación Española de Fútbol, federación madrileña, grupo 9. 14 equipos. Modalidad: todos contra todos. El Galapagar Fútbol Club acababa de marcar su primer gol ese día, y los padres y madres de la grada lo celebraban. Incluso algún visitante aplaudió generoso teniendo en cuenta el marcador. Bueno, no todos. Si nos fijásemos bien en la grada de esa soleada mañana de domingo de finales de agosto, veríamos a tres madres sentadas inmóviles en sus asientos. Por la ubicación deben de ser madres de los locales. Hay un acuerdo tácito de no mezclar madres y padres locales con madres y padres visitantes. Hay mucha tensión en el ambiente, y el «todos contra todos» de las normas de la federación, que se aplica a los equipos, a veces se extiende a los padres... y los padres no usan balón en ese todos contra todos.

Si concentramos la atención en estas tres mujeres, madres de los aguerridos futbolistas del equipo que acaba de marcar un gol, vemos que no están pendientes del partido. Las tres están más cerca de los cuarenta que de los treinta. Se conservan bien, pero son distintas entre ellas. A la izquierda

tenemos a Bárbara. Cerca del metro ochenta, con dos grandes y poderosas razones desde la pubertad para que los hombres nunca consigan fijarse en sus preciosos ojos marrones. A algunos porque les coge muy arriba; a otros porque no consiguen subir la mirada de sus pechos. Viste deportivas, vaqueros ajustados, camiseta roja y esconde su media melena castaña con una gorra del Burger King. Mira fijamente a su izquierda, a la madre del centro. Pero veamos a la mujer de la derecha: es Nieves. De la misma edad que sus dos amigas, pero parece mucho mayor. Lleva tacones y un vestido verde pistacho, ideal para ir a misa, incómodo para sentarse en unas gradas de cemento. Su cuerpo lucha contra el sobrepeso en una guerra que va perdiendo batalla tras batalla. Sus ojos son azules, casi grises, con demasiadas arrugas a su alrededor que, combinados con su cabello fino y rubio (que, además, tiene recogido en un moño), le acrecientan la edad cinco años. Parece la mayor del grupo, pero no lo es. Alrededor de sus labios también vemos finas arrugas producidas al apretar los labios cuando se enfada... y Nieves siempre está enfadada, o lo parece. Mira con horror, a su derecha, a la madre sentada en el centro. La mujer que está sentada en el centro, la madre de Gonzalito, el niño que acaba de marcar el gol, mira fijamente al campo de fútbol por si su hijo tiene a bien buscarla en la grada para dedicarle el gol. Pero Gonzalito, delgado de pelo y ojos negros, está muy ocupado abrazando a sus compañeros y celebrándolo. Además de que su mente de 9 años es un torbellino de emociones y pensamientos, de los cuales el más preocupante es averiguar cómo el balón entró por la escuadra superior derecha, cuando él apuntó a la esquina inferior izquierda. Luego se lo comentaría a su madre, solo a ella, ni a los compañeros, ni mucho menos al entrenador, ni a su padre; solo a su madre, que seguro le dará una explicación satisfactoria.

Volvamos a su madre, la mujer del centro que acapara las miradas de sus dos amigas. Se trata de María. Delgada, bajita, con botas de senderismo, vaqueros y una camisa a cuadros que lleva por fuera en el enésimo intento de parecer menos bajita y, sobre todo, menos delgada. Tiene los ojos y el pelo

muy negros; el cabello apenas sobrepasa los hombros; suelto, liso, rebelde. Sus rasgos son, sin duda, fruto de algún antepasado andaluz, que pincela su rostro de una forma más mediterránea que la de sus amigas. María está muy seria. Mirando al frente. Atenta a su hijo, pero con el rostro tan serio que nadie diría que es la madre del actual héroe del equipo local.

¿Qué les pasa a estas tres amigas?

Volvamos al momento en el que Gonzalito corría como si lo persiguiera un ejército de zombis, pero zombis modernos que corren mucho, no de los antiguos que apenas podían andar y daban más asco que miedo. Allí va Gonzalito; el balón lo tiene su amigo de clase y de equipo, Pedrito, hijo de Nieves, que tiende a una obesidad prematura, de pelo castaño y ojos marrones. Se conocen desde la guardería, así que no hace falta hablar. Los dos corren como locos. Gonzalito se va a la izquierda desmarcándose de los dos defensas que ven en Pedrito el peligro inminente. Pedrito apura hasta el último segundo; está al borde de sus fuerzas, pero aguanta hasta saber que los defensas están pendientes de él para pasársela, en una parábola perfecta, a su amigo Gonzalito, que la recoge, apunta con cuidado a la esquina inferior izquierda de la portería y dispara... Gonzalito abre mucho los ojos porque ve cómo el balón sale disparado a la escuadra superior derecha. Afortunadamente, el portero del equipo rival también creyó que el disparo apuntaba a la esquina izquierda, y se tira en dirección equivocada.

Si nos fijamos ahora en las tres amigas, comprendemos mejor la situación. María, casi en un susurro, aprovechando el silencio previo al gol, ha dicho cuatro palabras que sus amigas han escuchado nítidamente: «Me voy a divorciar».

Tras las palabras vino el gol: «GOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOL».

Los gritos, las celebraciones y ese momento extraño de las tres amigas quietas. Las dos de los extremos mirando a la del centro, que mira al frente. La primera en reaccionar es Bárbara, que no dice nada y coge la mano de su amiga estrechándola fuertemente. La segunda es Nieves, que usa su voz más

dura, la que emplea con Pedrito cuando lo sorprende a punto de hacer alguna travesura, como meter al gato en la lavadora o ver vídeos de youtube poco recomendables.

«No hagas eso», dice Nieves.

Capítulo 2

UN BESO PORQUE SÍ

María no sabe muy bien de dónde saca sus dotes de actriz. Supone que de cuando estudiaba magisterio y hacía teatro en la facultad. El caso es que se levanta, hace aspavientos, pone los pulgares hacia arriba y grita como una verdadera fanática del fútbol. Todo ello con un único espectador como objetivo. Gonzalito la mira apenas unos segundos. El niño adora a su madre, pero no puede hacer ninguna demostración de afecto en público porque cree que lo haría parecer menos mayor frente a sus compañeros. Le hace un gesto con la mano para que deje de dar el espectáculo y enseguida se centra en la celebración con sus compañeros. Celebración viril y exagerada como ha visto hacer mil veces a Cristiano Ronaldo y a Lionel Messi, sus ídolos. Con Alex se modera; palmean las manos en alto y se sonríen. Nada más. Pero es que Alex es una niña. Alejandra es su nombre completo que, abreviado, confunde. Alex es una chica, una fémina de media melena rubia que se recoge en trenzas cual vikinga, luce ojos azules y juega con ellos porque es la mejor centrocampista de su edad. Por encima de cualquier niño o niña. Es su amiga y de Pedro desde la guardería... pero sigue siendo una chica... y con las chicas no se puede uno expresar igual que con los chicos. Nada de abrazos ni empujones. Alex es la hija de Bárbara. La amistad entre los hijos, Gonzalito, Pedrito y Alex, ha corrido paralela a la amistad de sus madres: María, Nieves y Bárbara.

El partido se reanuda. Todos concentrados, que esto no ha acabado. Los niños retoman sus posiciones. Las madres también.

—No lo hagas —insiste Nieves—. Es la peor decisión de tu vida.

—Hay decisiones que no se toman... Sencillamente ya está. Se acabó. No es cuestión de elegir entre seguir o dejarlo. Es que ya no hay nada. Así que lo dejamos —responde María.

—Lo podéis arreglar —vuelve Nieves a la carga—. ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha puesto los cuernos? Hijo de puta. Todos son unos hijos de puta. Pero no es tarde. Puedes superarlo.

—Que no es eso. —María está cansada, y la agresividad de su amiga no la anima—. No ha pasado nada. Ese es precisamente el problema: que no pasa nada. Ya no estamos enamorados; por eso nos divorciamos.

—Qué tontería. No hace falta estar enamorada para estar casada. Yo, al final, no estaba tan enamorada como al principio y nos iba bien. Éramos un buen matrimonio, como Dios manda, hasta que el muy cabrón se acostó con la puta esa. La culpa la tuvo la zorra esa.

—Vamos a centrarnos en María —interviene Bárbara, que no ha dejado de mirar con pena a su amiga—. ¿Estás segura, chica? Es una decisión que te cambiará la vida a ti y a tu hijo también.

—Lo sé. Llevo años pensándolo y no lo he hecho antes por el niño. Pero también lo hago ahora por él. Está creciendo mucho y muy rápido. Ya entiende muchas cosas. El otro día me preguntó por qué nunca nos veía darnos un beso. «¿Por qué papá y tú nunca os dais un beso, mamá? Pero no en la boca, qué ascoooooooooo, digo en la cara. A mí me dais besos, pero vosotros no os dais besos. ¿Por qué?».

—Bueno, chica, está en la edad de preguntar —Nieves contraataca—. Le das cualquier respuesta, y ya está. ¿A ver qué te crees que yo hago con mi Pedrito? Pues le respondo cualquier cosa. Los niños necesitan una respuesta, pero no necesariamente una verdad que no pueden entender.

—Yo creo que nunca hay que mentirle a un niño y menos a tu hijo. —La

maestra que hay en María mezcla continuamente la maternidad con el magisterio; deformación profesional, qué le vamos a hacer.

—¿Y qué le respondiste?

—Le mentí.

—Muy bien.

—No, muy mal. —María se autocastiga.

—Bueno. ¿Pero qué le dijiste? —insiste Nieves.

—Que los mayores no hacen esas cosas.

—Muy bien. Además, no es mentira. Los adultos no deben hacer esas cosas delante de los niños —afirma Nieves categórica.

—Nieves, a veces creo que eres mi abuela —ataca Bárbara sin poder remediarlo y remata—: Y no solo por el moño.

—Mentí. Le mentí a mi hijo y casi vomito en el cuarto de baño. Julio y yo sí que nos dábamos besos a todas horas, de novios y al principio del matrimonio. A todas horas y en todos los lugares. Ahora no recuerdo cuándo fue la última vez que nos dimos un beso que no fuera en cumpleaños o en Navidad. Un beso espontáneo, sin motivos. Un beso porque sí.

—¿Vas a divorciarte porque ya no te da besitos tu maridito? No sé qué harías si te lo encontraras acostándose con otra. —Que Nieves saque a relucir sus cuernos continuamente no es nada nuevo—. Pegarle dos tiros es lo que tendría que haber hecho yo. Dos tiros a él y dos tiros a ella. Si llegaba a tener la escopeta de mi padre ese día...

—No, Nieves. No voy a divorciarme porque ya no me da besitos mi maridito. —La paciencia y actitud pedagógica de María consigue aplacar a su amiga, cuya imaginación se estaba... disparando. La voz de María tiene un efecto mágico. Tiene un tono practicado mil veces con sus alumnos de primaria y que casi es un poder de superhéroe de Marvel. Un tono de voz que es capaz de conseguir calmar a una clase de 20 salvajes de entre 8 y 9 años. Nieves tiene más de 9 años, pero se calma y escucha atenta a su amiga—. Voy a divorciarme porque ya no quiero al que fue el amor de mi vida. Ni él a mí.

Ya no estamos enamorados. Es sencillamente eso. No hay ningún drama. Ni yo me he acostado con nadie, ni él tampoco.

—Eso no lo sabes. —Nieves no puede aguantarse, pero se vuelve a callar.

—Si es que me da igual... Esa es la cuestión. Que me da igual que se acueste con quien quiera porque ya no estoy enamorada. Él está de acuerdo con el divorcio. Nuestra familia se basa en nuestra pareja. Ya no somos pareja, aunque vivamos juntos, así que ahora ya no somos familia... O sí, sigue siendo el padre de mi hijo y lo será siempre; eso lo convierte en parte de mi familia.

—Qué tontería. Ahora sois enemigos. Tienes que ir a por él. Ponerte en modo de guerra. Sacarle una pensión que te dé para vivir sin problemas. La compensatoria para ti y la de alimentos para el niño. Te lo digo en serio. Te paso el contacto de mi abogada. Es una devoradivorciados. Los coge por los huevos, se los come y escupe los huesos... y, cuando el desgraciado se cree a salvo, pisotea los huesos. Odia a los hombres y, además, es muy buena abogada. —Nieves casi hace el gesto de coger por los huevos a los desgraciados divorciados que caen en manos de su abogada, pero están en un sitio público, y ella es una señora.

—No voy a hacer eso. No quiero pensar en eso todavía. Lo que me quita el sueño es cómo decírselo al niño.

—Cuanto antes y de la forma más natural —interviene Bárbara—. Debéis decírselo los dos juntos y dejarle muy claro que él no es el motivo del divorcio. Que lo vais a querer mucho. Solo que ahora cada uno vivirá en una casa distinta y que él tendrá un cuarto en cada casa y podrá veros siempre que quiera.

—Va a ser duro.

—Sí. —Bárbara duda, pero al final añade—. Prepárate para sufrir.

Capítulo 3

MIERDA

María estaba preparada para sufrir. María llevaba sufriendo años. La soledad, el desamor, la ausencia de amor, ni amar ni ser amado es una forma de sufrimiento sutil, tranquila, un veneno que te come las entrañas despacio, despacito, a ritmo de zumba lenta, deeespaaaaciiiiiiiito. Pero que está ahí siempre, un poco de veneno todos los días, otro poco de veneno todas las noches. Terminado el partido con el honroso gol de Gonzalito, se fueron todos al McDonald's de la urbanización, donde los niños celebraban su no victoria, pero tampoco humillante derrota. Gonzalito contaba una y otra vez cómo había marcado el gol del honor, curiosa palabra en niños de 9 años, para deleite de Pedrito y de Alex. Sobre todo, de Alex, que comenzaba a sentir por Gonzalito algo parecido a la amistad, pero no era exactamente amistad. Sus 10 años la estaban confundiendo; son dos cifras para una edad, y eso la hacía sentirse mayor.

Las madres optaron por sentarse en una mesa aparte, para dejar a los niños a su aire y para seguir con el bombazo del partido, que para ellas no había sido el gol de Gonzalito, sino el anuncio de divorcio de la única no divorciada de las tres.

—Piénsatelo —insistió Nieves—. Todavía estáis a tiempo. El niño no sabe nada. No le digáis nada. Mira, lo que tenéis que hacer es reavivar la llama del amor.

—Por favor, Nieves, que la escritora es María. —Bárbara no podía dejar de enfrentarse a su amiga; la quiere, pero no comparte la mitad de la mitad de sus ideas.

María es maestra... y también escritora. Novelista prefiere ser ella. Escribe novelas de amor, de género romántico histórico. Pero no sitúa sus novelas en el Londres victoriano del siglo XIX llenito de condes, duques y lores, sino en la Sudamérica convulsa de la conquista española. Llena de apuestos y beligerantes americanos y españoles, también apuestos y no menos beligerantes, recién llegados de España. En sus novelas también hay descendientes de indios, descendientes de españoles, mestizos, etc., etc., etc. Que la conquista de América dio mucho de sí y, aparte de cruzarse espadas con lanzas, también hubo amores y desamores como para llenar el Archivo de Indias y la Catedral de Sevilla. El caso es que María tenía cierto éxito... en Sudamérica.

—Esto no es ninguna novela de amor, y ya lo hemos intentado tantas veces que no tiene ningún sentido intentarlo otra vez. —María estaba muy cansada. Sobre todo, emocionalmente. Soltar la bomba la había agotado. Se sentía como si se hubiera quitado un peso de encima... Como si contárselo a sus amigas hubiera sido realmente el primer paso para el divorcio. Más aún que haberlo acordado con Julio, su marido. Exmarido. Todavía marido, pero pronto no.

—Mira, vete con Julio un fin de semana romántico a la sierra, o mejor a la playa. Todavía no hay colegio, y seguro que os podéis escapar dos o tres días o una semana. Pero a un sitio nuevo. A Huelva. Hay muy bonitas playas allí. Yo me quedo con Gonzalito; puede dormir en el cuarto de Pedrito, como siempre. —Nieves realmente no quería que María se divorciara porque no quería verla sufrir como ella había sufrido.

—Es una buena idea. —María había visto un tesoro en la idea de Nieves, pero Bárbara la miró extrañada.

—Claro, chica. —Nieves aprovechó para rematar—. Os vais a Huelva a

una playa de esas con dunas y allí os reconciliáis, y ya está. El divorcio debería estar prohibido. Solo trae desgracias.

—Los matrimonios desgraciados son una desgracia. —Bárbara estaba que saltaba—. Pero ¿de verdad que te vas a ir con Julio de finde romántico?

—No. Con Julio no. Eso se ha acabado. Se ha acabado hace mucho tiempo. Pero es buena idea hacer un viaje, a la playa... pero con mi hijo. Le hablaremos antes. Se lo explicaremos todo muy bien, y Gonzalito y yo nos iremos a la playa, a Huelva, a una playa de arena fina y blanca. Necesito viajar. Echar horas en el coche y necesito estar con mi hijo. Los dos solos.

—Eso no está bien. No es lo que te he dicho que hagas. Lo que tienes que hacer es reconciliarte con Julio —Nieves insistió.

—Nieves... mi historia con Julio ha terminado hace mucho tiempo... hemos seguido por inercia, por el niño... por ver si podíamos retomarlo... pero no hay nada. Somos dos extraños que vivimos juntos y que somos padres de un niño maravilloso. Pero no somos pareja, no estamos enamorados. Ni él de mí ni yo de él.

—El amor está sobrevalorado. El matrimonio es más que el amor.

—Cielo. —Bárbara no quería darle fuerte a su amiga—. El matrimonio es la unión de un hombre y de una mujer que están enamorados el uno del otro.

—Bueno, sí, al principio sí, después vienen los niños, y entonces es más que eso. Cuando hay niños, no te puedes divorciar porque los niños sufren, y eso es lo peor.

—Lo peor es que los niños crezcan dentro de una familia rota, de un matrimonio fracasado. Es el peor ejemplo que se les puede dar. En mi clase hay niños de padres divorciados que son maravillosas personitas y niños de padres casados, en matrimonios tan rotos que en las reuniones de padres se sientan separados, y esos niños son los peores. Hijos de familias estructuradas, estructuradísimas, pero tan rotas por dentro como una casa sin habitaciones. Solo son fachadas huecas.

—Mierda. —Bárbara había notado el exceso de ruido en la mesa de los

niños—. ¿Quién ha pedido la bebida de los niños?

—Yo. —María había sido la encargada. Su aire de maestra se imponía a los dependientes del McDonald's.

—¿Y la Coca-Cola de los niños era cero, cero, cero, cero o sea nada de cafeína?

—Sí. ¿No? No sé. Creo que no le dije nada al dependiente. Mierda.

—Mierda —repitió Bárbara.

—Mierda —repitió Nieves. Las tres amigas a veces estaban de acuerdo. Los niños comenzaron a escenificar el gol con una bola de papel... esa noche tardaron mucho en dormirse.

Capítulo 4

MAMÁ, QUIERO SER YOUTUBER

El marido de María, Julio, había entrado en una especie de letargo desde hacía años. Pero la decisión del divorcio, mutuo acuerdo, paz, amor y feliz navidad y todo eso, sobre todo que el niño no sufriera, lo había dejado como invernando. Funcionario del Ministerio de Agricultura, informático de los que dan soporte a los usuarios y sus «Olvidé mi contraseña, ¿tú me la puedes decir? Empezaba por hache». Incluso en esos días del proceso de divorcio, se le veía como transparente. A María le entraban ganas de tocarlo para ver si se convertía en humo y su mano le atravesaba el pecho cual fantasma. El hombre transparente dejó que María tomara todas las decisiones. Ella se quedaría en la casa común. Le compraría su mitad a él. Cuenta común para los gastos del niño, donde los dos ingresarían una pensión acorde a sus míseros sueldos de funcionario del Ministerio de Agricultura del Gobierno de España y funcionaria de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid. Él alquilaría un pisito cerca, de forma que el niño pasara una semana en la casa de la mamá y una semana en el piso del papá. El colegio, el parque, los amigos, todo seguiría igual para Gonzalito. María había tomado las riendas de la situación y lo tenía todo claro. Mismo abogado para evitar gastos y, como el divorcio no era contencioso sino de mutuo acuerdo, mínimos gastos. Lo que María no era capaz de hacer era decírselo a su hijo. Era incapaz de sentarse y decírselo. Como cuando hay que ir al dentista, decírselo a Gonzalito era

doloroso pero necesario. María sencillamente no podía; hubiera preferido mil veces ir al dentista y sacarse todos los dientes que tener que decirle a su hijo que se iban a divorciar. Poco a poco fue reuniendo fuerzas, ideas; ensayó conversaciones, frases brillantes, respuestas acertadas... pero tuvo muy claro que no podía demorarlo mucho.

Cuando ya lo tenían todo arreglado (cuentas corrientes separadas, papeles firmados, piso alquilado, etc.), ya solo quedaba decírselo al niño. El abogado lo tramitó todo rápidamente. Pese a todo, no fue barato. Esto es España, y un divorcio de mutuo acuerdo requiere abogado, procurador y polvo de unicornio con un poquito de salsa rosa. Eso, los de mutuo acuerdo. Para los divorcios contenciosos, ya van pidiendo polvo lunar y medio kilo de lava que los divorciantes deben portar a mano abierta y sin llorar. El juez, saturado y desgano, estuvo encantado de encontrar por fin un divorcio de mutuo acuerdo. La fiscal la llamó a su despacho para confirmar que ella estaba de acuerdo. Le hizo saber que podría obtener todo lo que quisiera, que esto era España, siglo XXI, sí, pero España, y que a las malas se quedaba con la casa, el coche, la pensión, y el peluquín de su marido, que seguro que se lo merecía por cabrón. Ella le tuvo que explicar que la idea era suya. María le soltó un discurso sobre la igualdad, mismos derechos, mismas obligaciones, independencia económica, etc., que a la fiscal no la convenció, pero sí la aburrió muchísimo. El final de la conversación fue un «Usted allá» que, traducido al lenguaje no judicial, vino a ser algo así como «Hay tontas que no se merecen que les toque la lotería».

Cuando ya tuvieron el piso del padre alquilado, María no pudo evitar aceptar la invitación de Julio y repasar la habitación de Gonzalito. Bien. Había quedado como una réplica más sencilla de su actual habitación. También se dio cuenta de que una de las habitaciones del nuevo piso de Julio estaba acondicionada como habitación de juegos multimedia. Ordenadores, varias pantallas, sillón ergonómico, altavoces... incluso un minibar. María sospechó que aquella habitación no había sido diseñada para el niño. La

anécdota de esa tarde en el piso la protagonizó un Julio enrojecido cuando intentó besarla. Con lengua. María se retiró más sorprendida que enfadada. Sorprendida por la iniciativa de su transparente y todavía marido. Sorprendida de que no tenía ninguna gana de esa lengua. No pocas ganas, sino ninguna gana. Sorprendida porque fue consciente de que su marido llevaría a otras mujeres a ese piso y tendría sexo con ellas, y la lengua de su marido se entrelazaría con la lengua de otras mujeres y que el efecto de imaginárselo era el de una absoluta indiferencia.

De vuelta a la aún casa familiar, no comentaron el hecho, pero ambos estuvieron de acuerdo en decirle al niño cuanto antes lo del divorcio y comenzar sus nuevas vidas. María lo preparó todo para el jueves siguiente. Después de la merienda. Durante el periodo escolar, los jueves eran la única tarde en que Gonzalito no tenía actividades extraescolares: ni fútbol, ni conservatorio. Gonzalito era un saxofonista excepcional. Normalmente, la tarde del jueves la pasaban ella y el niño haciendo los deberes y, si hacía buen tiempo, se iban un rato al parque. Julio solía venir tarde del ministerio todos los días. Atascos y combinaciones de coche y metro para ir y venir. Es bueno que los ministerios estén en el centro de Madrid. Sobre todo para los altos cargos, a los que llevan y traen en coches oficiales.

Aún no había comenzado el colegio, y todas las tardes eran muy parecidas, menos por el dichoso fútbol, que empezaba en agosto. Nada de conservatorio hasta mediados de septiembre. Por fin ese jueves María no lo demoró más. Después de la merienda sentó al niño en el centro del sofá; al padre a un lado; y ella se sentó al otro. Julio, cual camaleón, pareció adquirir el color de vino viejo del sofá. María supo que le tocaría a ella ser la voz cantante.

—Gonzalito, hijo. Hay un tema importante que papá y yo te queremos contar —comenzó a decir muy lentamente.

Su hijo la miraba como si intentara leerle el pensamiento. Ella hubiera agradecido un poco de ayuda, colaboración, iniciativa del tipo color vino viejo del otro lado del sofá. Pero el hombre aquel la estaba mirando como si

no supiera nada. Como si aquello no fuera con él. María siempre se había sentido sola en el matrimonio con los temas del niño... pero en ese momento empezó a saberse sola. Bien. Ya contaba con eso.

—Papá y yo hemos tomado una decisión. Es muy importante, y lo primero que queremos que sepas es que no es culpa tuya. —Gonzalito miró fugazmente a su padre, que le sonrió como si alguien hubiera contado un chiste malo. Gonzalito le devolvió la sonrisa. Le encantaba su padre, sobre todo cuando jugaban a la videoconsola. Era un colega más. Pero estaba claro que su madre era la adulta en aquella casa—. Gonzalito, cariño, papá y mamá se van a divorciar.

Le salió mejor decirlo en tercera persona, como si papá y mamá no estuvieran en el mismo sofá que Gonzalito. Como si fueran otras personas.

—¿Lo has escuchado, cariño?

—Sí, mamá.

—¿Y qué te parece?

—Bien. Ya lo había imaginado. Es lo que vosotros queréis, ¿no?

—Sí. ¿Verdad, Julio? —María lo miró. «Es tu turno, di algo, no me dejes esto solo a mí».

—Sí, hijo. Es lo mejor para todos —dijo Julio. Bien por Julio. A María le entraron ganas de darle un terroncito de azúcar. Buen chico. No, ahora no levantes la patita. Ya has hecho suficiente por hoy.

—Pero tú no te preocupes por nada, porque lo hemos pensado todo. —María cogió velocidad. Se suponía que lo peor había pasado. El niño no se había tirado al suelo a patalear. No había cogido la escopeta recortada, que no tenían, y liado a tiros con los vecinos. Ni le había dado tiempo en ese minuto a sacar malas notas. Así que María cogió aire y le soltó todos los detalles de la nueva situación. Piso del padre. Habitación clonada de la actual. Mismo colegio. Mismos amigos. Misma comida (aquí María tenía sus dudas). Misma ropa. Todo igual, pero doble—. ¿Qué te parece? Esto es al principio, claro. Después podemos ir cambiando algunos detalles. Ajustándolos a la nueva

situación.

—Muy bien. Pedro apenas ve a su padre y Alex... Lo de Alex es muy raro.

—Sí, bueno. Cada divorcio es distinto, hijo. Bueno, ¿hay algo que quieras saber? ¿Algo que nos quieras preguntar?

—Sí. Quiero un móvil.

—¿Qué? No. —Movimiento reflejo. Las madres siempre dicen que no y luego negocian. María no iba a ser menos, y ese «no» era lo mínimo. El tono quizás era un poco exagerado. En plan «No vamos a adoptar un tigre por muy barato que lo vendan porque luego crecen». Pero la situación era excepcional y tuvo que rectificar—. Bueno. Un móvil. Habíamos pensado comprártelo más adelante. Cuando cumplieras los doce años. Pero bueno. Un móvil está bien. ¿Verdad, Julio?

—Sí. —¿De verdad que ese hombre estaba allí? María empezaba a creer que Julio era un zombi bien maquillado.

—Pues nada, Gonzalito. Te compraremos un móvil. Así podrás estar siempre en contacto con papá y con mamá. Me podrás llamar o mandar wasap cuando estés en el piso de papá y le pondrás mandar wasap o llamar a papá cuando estés aquí. Para eso lo quieres, ¿verdad, cariño?

—Sí, mamá, para eso también.

—¿También? ¿Para qué quieres tú un móvil, Gonzalito? —Ni divorcios, ni concesiones, ni leches en vinagre... El instinto de madre sacó de María su mirada de inspectora de policía. Gonzalito no tenía ninguna posibilidad. Tendría que confesar. Llamar a su abogado era inútil. Aquello era Madrelandia. No hay abogados en Madrelandia.

—Mamá, yo también tengo que decirte algo —dijo Gonzalito en su tono de voz «ya soy mayor y sé lo que quiero».

—Dime, Gonzalito —dijo María en su tono de voz «Ya veremos, tío listo». Una rápida mirada a Julio le confirmó que ese hombre ya no estaba allí si es que alguna vez había estado. La transparencia se había adueñado de él completamente, y apenas se le distinguía del sofá. De hecho, María juraría que

se estaba mirando los pies.

—Mamá.

—Gonzalito.

—Mamá, ya sé que quiero ser de mayor.

—Muy bien. ¿Qué quieres ser de mayor, Gonzalito?

—Mamá, de mayor quiero ser youtuber.

Capítulo 5

IRSE LEJOS PARA PODER VOLVER

La única cafetería de la Plaza de la Constitución de Galapagar estaba llena. El último domingo de agosto era caluroso, pero los madrileños ya empezaban a volver de su exilio veraniego, y muchos no habían apurado hasta el último día de vacaciones. Y ya estaban arrepentidos. Bárbara fue la última en llegar. En una mesa discreta, en la esquina más alejada de la barra, la esperaban María y Nieves. Bárbara apretó los labios. María tenía la cara blanca, ojeras y la mirada perdida en su café con hielo mientras que Nieves no paraba de hablarle y dar pequeños sorbos a su café descafeinado, sin azúcar ni lactosa. Los besos de rigor fueron rápidos.

—¿Ya te está echando la bronca? —preguntó cansinamente Bárbara a una María que apenas la miraba.

—No importa. Ella lo hace desde el cariño —respondió María en un juego que les encantaba a las dos y consistía en hablar de Nieves como si no estuviera allí. A veces incluso Nieves dudaba de si estaba presente o no en la conversación.

—No es ninguna bronca. Es decirle la verdad. Lo que está haciendo es un error. Además, custodia compartida. Eso es de jipis. El pobre niño todo el día con la maleta para arriba y para abajo como si fuera un refugiado. Pobrecito mío.

—El niño está bien. De hecho, creo que es el que mejor se lo está tomando.

Y no va a ir con ninguna maleta. Tiene su ropa en mi casa y en el piso de su padre. Es como si tuviera dos casas, dos dormitorios, dos de todo.

—¿Entonces Gonzalito está bien? —preguntó Bárbara.

—Sí. Ese niño me deja alucinada. A veces parece que no tiene nueve años, sino noventa. Ayer me dijo que, si tenía que hablar con alguien, que allí estaba él. Jodido niño.

—Uf —suspiró Bárbara—. Cuidado. Eso es el síndrome de Edipo versión «Ahora yo soy el marido».

—Pero qué bestia eres, Bárbara. Ves sexo por todos lados —acusó Nieves—. Anda, pídete otra tónica.

—No es tónica: viene aliñada.

—Jooooooder, tía, pero si no son ni las seis de la tarde, y mi hijo no tiene síndrome de nada.

—Vosotras tomad cafetitos, que yo necesito un poco de marcha. A mi niña se la ha llevado su bendito padre al cine y me la trae a las doce de la noche... y yo tengo planes. Y que sepas que tu hijo está asumiendo el rol de macho alfa en tu casa. Ponle las cosas claras, o pronto te llamará por tu nombre.

—No paras. ¿Y qué tiene de malo que me llame por mi nombre?

—¿Cómo te llama siempre?

—¿Cómo va a ser? Mamá.

—Ya... ¿Y si en vez de mamá te llama *María*? ¿No sería raro?

—Como para meterme en el frigorífico y no salir en un par de meses.

—Cuidado, leona, el leoncito cree que le está saliendo la melena y puede tratarte de tú a tú. No es nada sexual. Solo está probándose el traje de nuevo hombre de la casa, líder de la manada, macho alfa, hombre en el que llorar de féminas desconsoladas. Pronto te pedirá que le compres Brummel en el supermercado.

—Vale, lo he pillado.

—A mí me lo hizo una vez mi Pedrito —intervino una triste Nieves que miraba alternativamente a sus amigas. Mirada culpable y saltarina.

—¿Y qué hiciste? —preguntó María.

—Estábamos en el salón viendo «La patrulla canina» y va y me dice: «¿Nieves, por favor, me traes un vaso de agua?». Lo miré durante cinco minutos y al final se levantó y fue él a por el vaso de agua. Nunca más me ha vuelto a llamar *Nieves*. Soy su madre. Que me llame *mamá* hasta que me muera... Tampoco ha vuelto a pedirme un vaso de agua.

—¿A ti no te pasa con tu niña? ¿Con Alex? —le preguntó María a Bárbara.

—A mí no. A mí me llama *mamá* siempre... especialmente si hay algún hombre buenorro cerca... le divierte ponerme en mi sitio. Que no se piensen que somos hermanas. No me miréis así. Podría pasar. A su padre sí lo llama *Marcos*. A él le gusta. En plan «Soy su mejor amigo y tal». Gilipollas es lo que es. Aunque es un buen gilipollas que hoy se ha llevado a mi niña al cine y al Burger... y eso le da a la mamá cuatro horas de margen.

—Los padres no podemos ser los amigos de nuestros hijos. Para eso están sus amigos. Los padres somos los padres —comentó de nuevo una cansada María.

—Y menos las madres que somos más madres que los padres —apuntaló Nieves.

—Bueno, ¿y qué planes tienes, cariño? ¿Has conocido ya a algún hombre que te desempolva la polvera? —A directa no le ganaba nadie a Bárbara.

—¿Qué polvera? Paso de hombres. Estoy harta de hombres. No quiero saber nada de hombres. Lo que tengo claro es que, si mi hijo me llama *María*, le diré que la próxima vez que lo haga pondré una foto suya en el tablón de anuncios del colegio.

—¿Una foto?

—Sí. Una de cuando tenía un añito en la playa.

—Qué mono.

—Y qué desnudito, embadurnado de arena y negándose a usar el bañador. Deberían haberse quedado en esa edad.

—Mejor después de aprender a usar el cuarto de baño —apuntó sabiamente

Nieves.

—Sí, mejor.

—¿Y aparte de una exquisita tortura de madre tienes pensado algún plan a corto plazo?

—Sí. Mañana nos vamos mi niño y yo, solitos los dos, a la playa de Huelva y a la sierra de Cádiz. Una semana de viaje, lo que tardará el padre en asentarse en su nuevo piso y a tiempo para el comienzo de curso en septiembre. Creo que nos vendrá bien a los dos. Un viaje lejos para después volver a nuestra nueva vida. El niño está encantado. Ahora quiere ser youtuber y le hemos comprado a medias un móvil. Es raro eso de comprar a medias. Antes todo era a medias, pero no me daba cuenta. El caso es que Gonzalito está todo el día haciendo videos. Dice que, cuando sea mayor, los subirá a Youtube. De momento se lo tengo prohibido. Nada de tener un canal. Aunque sí le dejo ver algunos videos de juegos y tal... siempre controlando yo lo que ve. El viaje se lo ha tomado como una especie de vacaciones de trabajo para hacer videos de viaje. Ese niño no es normal.

—Mi Alex sí tiene un canal en Youtube. Se lo creó el padre. Lo he visto. Tiene 5 videos y 2 visitas en cada uno. Sale hablando en inglés, explicando lo que ha hecho durante el día. Soy su madre, y hasta yo me aburrí. —Bárbara adora a su hija. En ese momento su móvil le avisó que acababa de entrar un wasap, que captó su atención.

—Yo tengo prohibido a mi Pedrito que vea Internet. Allí solo hay porno.

—Qué brutita eres a veces, Nieves, cariño —comentó una Bárbara distraída pero sonriente.

—Lo sé.

—Bueno, chicas, me tengo que ir... Un tal «amorcito45» me espera en un bar del centro de Madrid. Hoy es la primera cita. En plan comando. Entrar y salir muchachos. Nada más. Solo es una misión de reconocimiento. No hay que follar en la primera cita si no es imprescindible. Solo explorar el terreno y ya está; si la cosa va bien, otro día me llevo dos. Deseadme suerte, por favor que

no sea calvo ni gordo.

—¿Pero no has visto la foto? —preguntó María.

—En Tinder todo el mundo miente, cielo.

—Un día te va a pasar algo malo con esas citas por Internet —advirtió una muy preocupada Nieves.

—¿Malo? ¿En plan no poder sentarse en una semana?

—No. Malo en plan ir a identificar tu cuerpo al tanatorio de la M40.

—Cariño, ¿sabes la única condición imprescindible para conocer gente? Que antes sean desconocidos. Besitos. Chao. María, wasap cada hora durante el viaje y fóllate a un andaluz: son guapísimos.—La última frase hizo reír a un viejecito, podemos suponer que de origen andaluz, que tomaba café con su escandalizada esposa, que miró amenazante a Bárbara mientras esta salía de la cafetería.

—Qué ordinaria es cuando quiere —dijo Nieves mientras sonreía a la viejecita como si su amiga se hubiera despedido con un «Buenas tardes nos dé Dios».

—No te preocupes por ella. De las tres es la única que hoy se lo va a pasar bien.

—Yo me lo paso bien en mi casa. Hoy además tengo maratón de series. Voy a ver la segunda temporada de *Isabel, reina de Castilla* sin parar. Hala, todos los capítulos seguidos.—Nieves echaba de menos esos tiempos de la reina católica. Sin Internet, sin coches, sin divorcios.

—Planazo —susurró María con una leve sonrisa mientras repasaba mentalmente la lista de todas las cosas que se tienen que llevar en el viaje. Su primer viaje sola con el niño. Estaba triste pero tranquila. De todas formas sentía como si llevara encima una pesada manta empapada de gasolina. Muy pesada, muy maloliente y que en cualquier momento podría salir ardiendo.

Capítulo 6

ACUÉRDATE DE ESCRIBIR

María leyó el wasap de Bárbara justo cuando iba a poner el móvil en silencio. Eran las ocho de la mañana y, para hacer un viaje de horas, prefería tener el móvil en silencio. «Acuérdate de escribir», decía el wasap. María primero pensó que se refería a escribirle wasap para ir contando cómo le iba en el viaje. Después pensó que Bárbara se refería a otra escritura. María era maestra de primaria... pero también escritora de novelas románticas. Ella prefería autollamarse *novelista* en vez de *escritora*. Le sonaba demasiado serio lo de *escritora*. Como escritora se imaginaba en una buhardilla llena de polvo y tecleando en una vieja máquina de escribir entre el frío y la humedad de una vida bohemia y pobre. Sus libros serían reconocidos después de su muerte por tuberculosis, o por algo peor. Por eso ella prefería pensar en su faceta de novelista. Alguien que escribe para entretener y de paso hacer pensar. Sus novelas eran románticas, subgénero históricas; había encontrado mucho material en la época de la conquista española de América y la mezcla de ambas culturas. Al contrario de la conquista anglosajona de Norteamérica, los españoles que llegaron al Nuevo Mundo se mezclaron con los americanos, y no solo sexualmente, sino con matrimonios. Desde Hernán Cortés hasta Núñez de Balboa fueron muchos los feroces guerreros europeos que sucumbieron a los encantos de las mujeres americanas.

Ya había publicado cinco novelas que conseguían colarse entre las 100 más

vendidas de Amazon durante un par de semanas. Su editorial estaba muy contenta con ella que, sin ser de las estrellas best seller, sí era de las que sacaban una novela al año y cumplía con los plazos de entrega estipulados en los contratos. María también estaba muy contenta con su faceta de escritora. No le daba dinero para dejar el colegio, pero sí era una pequeña paga extra la que le ingresaban una vez al año por derechos de autor. Bárbara había adivinado el problema que ahora tenía. Con un contrato firmado, con una fecha de entrega que cumplía en unos meses, María se había atascado. No escribía. Estaba bloqueada por su divorcio. ¿Cómo escribir sobre el amor cuando acabas de divorciarte? Tenía que retomarlo. Tenía que volver sobre la novela que estaba escribiendo en ese momento. Título provisional: «El conquistador conquistado». Bueno, era mejorable. Pero la idea la tenía clara. Ya llevaba diez capítulos con su protagonista Alonso Luis de Sevilla internándose en la selva colombiana allá por 1536 y conociendo a la bella princesa Zulía, hija del cacique contra el que la expedición de Alonso entra en guerra. Tenía clara la novela desde que la pensó una tarde. Personajes, estructura, conflicto, final... pero era incapaz de escribir una sola letra. Lo había intentado varias veces... pero tenía la cabeza en el divorcio. Sus Alonso y Zulía nunca se divorciarían... y a este paso nunca se casarían.

Tenía que escribir. Se llevaba el portátil, más para entretener a Gonzalito que por ella, pero siempre podría encontrar hueco para escribir. Lo que le faltaba era ánimo. María se llenó los pulmones de aire. Concentración. Repasó la lista de todo lo que tenía que llevarse y comprobó, una a una, que todas estaban en el Opel Crossland, demasiado coche para una mujer tan pequeña, que ahora mismo adoraba por su maletero. Hacer la lista de cosas que se tenía que llevar era una de sus buenas costumbres de cuando era chica scout. «Tienes la mochila demasiado llena», le decían sus compañeros de acampada. «Si no pesa, no es mochila», respondía ella.

Sí. Lo llevaba todo. Se iba de acampada unos días a un camping de Isla Cristina en Huelva y después un par de días a un albergue en el pueblo de El

Bosque, en la sierra de Cádiz... y por lo que había en el maletero podrían sobrevivir a la Tercera Guerra Mundial durante un par de años. Gonzalito ya estaba en su asiento de la parte de atrás con silla ergonómica y el portátil, con los correspondientes auriculares, donde estaba viendo *Spiderman 3*. ¿Esa era la de Spiderman contra Octopusy o contra el hombre de arena, o contra el lagarto verde? Ambos se sabían los diálogos de memoria. Una de las muchas veces que vieron *Spiderman contra el lagarto verde* le quitaron el sonido, y ellos dos hacían de todos los personajes. Los diálogos que no se sabían bien se los inventaban. María se desternillaba de los sonidos de los efectos especiales que Gonzalito improvisaba. Pum, buf, phsiiss, ratacapumbaaaa. Concentración. Los separaban seiscientos kilómetros del camping y la playa. Unas siete horas de viaje. A Gonzalito le daba tiempo a ver todas las películas de *Spiderman*, pero ella se tenía que concentrar. Miró el móvil por última vez. Un wasap de Nieves. «Mañana tengo una entrevista de trabajo, deséame suerte. Ah, y buen viaje». ¿Una entrevista de trabajo? ¿Nieves? Pero si Nieves no había trabajado nunca. De la facultad, donde terminó Administración y Dirección de Empresas, pasó al matrimonio sin haber cobrado una nómina en su vida. Qué raro. Con lo que peleó para que su ex le pasara una pensión compensatoria por haber sacrificado su carrera laboral en pro del matrimonio... Y lo consiguió. Durante dos años, el tiempo que la juez estimó necesario para el reciclaje laboral de Nieves, su ex estaba obligado a ingresarle 600€ al mes en concepto de pensión compensatoria a ella y otros 600€ de pensión por alimentos para Pedrito hasta la emancipación del niño. Los 1200€, más gastos extra, con los que Nieves llevaba viviendo desde el divorcio. De eso hacía... dos años. Tenía que haber caído en la cuenta. A Nieves se le había acabado la pensión compensatoria... de ahí la entrevista de trabajo. María se sintió fatal por un olvido tan imperdonable. Su divorcio la estaba absorbiendo. Este viaje tenía que zarandearla y despejarle la cabeza. Respondió con un «Mucha suerte. Seguro que te saldrá bien». Entonces sí que puso el móvil en silencio. Lo metió en la guantera del coche. Arrancó y

respiró profundamente. «Gonzalito, nos vamos», gritó hacia el asiento de atrás, consciente de los auriculares de su hijo, que la miró brevemente para volver la vista a la película que había visto decenas de veces. El niño levantó el pulgar de su mano derecha en un gesto muy típico suyo. Con la mano de perfil como un emoticono. María contó hasta diez y fue echando el aire lentamente. Cuando expulsó hasta el último aliento, puso el intermitente y comenzaron su viaje.

Capítulo 7

EL TRABAJO DE MI VIDA

La sala, donde una amable secretaria había indicado a Nieves que esperara, era una especie de auditorio de conferencias en la décima planta de un rascacielos lleno de oficinas en el centro de Madrid. El edificio le había parecido diseñado para asustar, para imponer. «Somos muy ricos y muy importantes los que trabajamos aquí» parecía decir en cada una de sus esquinas. Pero Nieves no se esperaba ese tipo de salas. Casi un cine pequeño con sus butacas en fila y su pantalla al fondo. Media docena de mujeres estaban sentadas conforme habían ido llegando. Por un momento, Nieves estuvo tentada de hacer un chiste tras el buenos días reglamentario pero, al ver que ninguna de las presentes le devolvía el saludo y ni siquiera habían levantado las narices de sus móviles, optó por sentarse y permanecer callada.

En la oficina de empleo le habían dicho que era un trabajo acorde a su currículum. ¿Qué currículum? Nieves no había trabajado nunca. Ella era ama de casa; lo había sido siempre, como su madre y la madre de su madre y la madre de la madre de su madre. Había estudiado la carrera de empresariales porque se le daban bien las matemáticas y le resultaba fácil. También porque esperaba a que su novio, el que luego sería su marido y más tarde su ex, terminara su propia carrera y consiguiera un trabajo que los mantuviera a los dos y a los niños que estaban por venir. Nieves no quería estar allí. Tenía mil cosas que hacer en su casa: limpieza, cocina, la telenovela de las 12:00 a la que estaba

enganchada, compras, recoger a Pedrito del colegio, la comida, deberes, merienda, llevarlo al entrenamiento, recogerlo, cena... Su vida estaba llena. No necesitaba un trabajo: ya tenía uno. Era madre «full time».

En realidad, sí. Sí necesitaba un trabajo. Con la pensión compensatoria fue tirando, notando el bajón en la calidad de vida, pero tirando. Sin la pensión compensatoria solo le quedaba una ayuda, una prestación social de apenas 442'54€. Aún podría arreglarse con ese dinero y con la pensión de alimentos. Pero en la oficina habían sido muy claros. Si no se presentaba a los empleos que le conseguían o si los rechazaba, se extinguiría, de forma inmediata, la prestación social. Que por otro lado solo duraba dos años.

Nieves no quería pensar qué pasaría entonces. Siempre supuso que encontraría otro marido o que Borja, alias El Cabrón, volvería arrastrándose, como el perro infiel que era, a suplicarle perdón. Alguna vez Borja, alias El Cabrón, había intentado volver pero no se había arrastrado lo suficiente ni pedido perdón de forma convincente. Nieves sospechaba que su sueldo de comercial en una concesionaria de coches de segunda mano no llegaba para la vida que el cabrón, alias Borja, había soñado cuando ella descubrió su infidelidad con la secretaria de la concesionaria. Una niña de 20 años que desapareció de sus vidas en cuanto encontró otro idiota más joven y con menos problemas. Por eso, y por miles de motivos más, había mantenido el firme propósito de hacerle la vida imposible a su ex, alias Borja, alias El Cabrón.

En la sala aparecía de vez en cuando la amable secretaria que decía un apellido en voz muy baja, nunca un nombre; la mencionada se levantaba y la seguía para nunca más volver. Nieves echó un tímido vistazo a la sala. Todas las candidatas al puesto tenían menos de treinta años; alguna los rondaba, pero ninguna había con las treinta y cinco primaveras que ella lucía. Se había vestido acorde con las circunstancias y ahora le parecía que se había equivocado. En aquella sala ella parecía una maestra de escuela de los años cincuenta, con su traje chaqueta gris, en comparación con los pantalones

ajustados y cazadoras atrevidas del resto de las competidoras. Nieves sabía que no tenía ninguna oportunidad. «Ejecutivo nivel medio», le habían dicho en la oficina de empleo. O sea, chica universitaria que vale para todo, pero sin estar en el escalón más bajo de la pirámide alimentaria. Poco a poco fueron llamando a todas hasta que al final solo quedó ella. Cuando apareció la amable secretaria, Nieves se levantó antes de que pronunciara su nombre. Gesto que la secretaria agradeció aumentando su enorme sonrisa. Punto para Nieves en la persona que no decidía nada.

—Sígueme, cariño.

—Claro. —A Nieves no le gustó que la llamara *cariño*.

Esa chica era diez años menor que ella y la debería llamar como mínimo *señora* o *señora Álvarez*. Le debía un respeto a su edad y a su... a su nada. Nieves volvía a tragar por enésima una dosis de realidad que la colocaba en una jerarquía extraña a su mundo. Aquí no era la presidenta de la Asociación de Madres y Padres de Alumnos, ni la coordinadora de las fiestas de Navidad del colegio, la tesorera de los regalos de fin de curso para la maestra, ni la responsable de autobús de la excursión al Museo del Prado. Aquí solo era la peor candidata a un empleo que no quería.

Acompañó a la secretaria por una serie de pasillos, hasta llegar a una puerta cuyo letrero no pudo leer, ya que la secretaria abrió la puerta sin llamar y le indicó que pasara.

—Suerte, cariño.

—Gracias.

El despacho era enorme, con una mesa de reuniones en el centro y con otra gran mesa de despacho con tres pantallas y varios ordenadores tras los que tecleaba, como si quisiera romper las teclas, una mujer de cincuenta años, con pelo corto, demasiado negro para su edad, bien maquillada y que curiosamente llevaba un traje chaqueta gris casi como el suyo. Ese *casi* era debido, entre muchos detalles, a que el de la entrevistadora costaba cinco veces más que el de la entrevistada. Tras cinco larguísimos minutos, la señora del traje caro

dejo de teclear y pulsó la tecla «Enter» con el dedo índice y cogiendo distancia. Como si fuera a sacarle el ojo a alguien a través de lo que se intuía un texto nada divertido.

—Buenos días, soy la jefa de personal. Me llamo Ruiz. Puede llamarme *Ruiz* —dijo a velocidad endiablada la señora del traje caro a la par que leía un papel. Nieves adivinó, y acertó, que ese papel era su escueto currículum.

—Buenos días, señora Ruiz.

—Solo Ruiz. ¿Usted no ha trabajado antes en ninguna empresa? —Ruiz no era de las que pierden el tiempo y sí de las que encontraban la aguja en el pajar o un currículum interesante entre cientos que no lo eran, y el de Nieves no era nada interesante.

—Bueno, terminé la carrera de Administración y Dirección de Empresas, me casé, tuve al niño. Ya sabe lo que es eso. No hay tiempo para nada. — Nieves sonrió tímida buscando la complicidad de su interlocutora. La famosa *ronsonidad* esa de la que tanto hablaban María y Bárbara. ¿*Ronsonidad*? No. Sororidad. La hermandad de las mujeres. Eso. La sororidad. La complicidad que ahora buscaba en esa mujer para que no le hiciera más duro el que la rechazaran para ese trabajo.

—No. No lo sé. Yo llevo trabajando desde los 20 años, y de eso hace 35.

—Ah. —Nieves iba hacer un comentario acerca de lo bien que se conservaba, mientras que confirmaba sus sospechas acerca de que la sororidad esa ni estaba ni se la esperaba. Afortunadamente, se calló lo de «está muy bien para la edad que tiene» o algo por el estilo. Acertó al mantenerse callada.

—¿Hay algo que quiera destacar de su perfil profesional? —preguntó Ruiz. Aunque lo de *perfil profesional* le costó pronunciarlo. Como si masticara lentejas con arena.

—Soy buena con las matemáticas —Lo era. Sacó sobresalientes en todas las asignaturas de matemáticas o relacionadas con las matemáticas a lo largo de su carrera. Era como un don. Y el último atisbo de dignidad que se permitió

antes de que la echaran del gran despacho de la décima planta del rascacielos enorme. Nieves estaba deseando irse de allí.

Ruiz la miró. Era una mirada indiferente, aburrida, casi triste. Nieves esperaba un «Hemos terminado», «Fuera de aquí», «Váyase a tomar por culo» o directamente un gesto con la cabeza para indicar la puerta y el ascensor o la ventana y el asfalto, más rápido y definitivo. En vez de eso, Ruiz descolgó un teléfono enorme, pulsó una tecla y solo dijo una palabra.

—Ven. —Al segundo apareció la amable secretaria con la misma amable sonrisa. Ruiz habló a la secretaria como si Nieves no existiera— Hoy tenemos una baja, ¿no?

—Sí. García, la ordenanza de la undécima. Baja maternal. Seis meses.

—Baja maternal —pronunció Ruiz las palabras como si ya no quedaran lentejas y solo masticara arena. Volvió la mirada a Nieves, que se la sostuvo a punto de echar a correr. Ruiz esbozó una media sonrisa que Nieves nunca hubiera querido ver. Era como si la baja maternal de la ordenanza fuera culpa suya. Como si todas las madres se confabularan para fastidiarle los cuadrantes de horarios a la jefa de personal. Nieves estuvo a punto de jurar que ella no tenía nada que ver con esa baja maternal. Pero hábilmente volvió a mantenerse callada. Aunque no pudo evitar apretar las mandíbulas. Gesto que no pasó desapercibido por Ruiz.

—Bien —continuó la jefa de personal mirando de nuevo el papel con su currículum—. Evidentemente... Álvarez... usted no está cualificada para el puesto de asesor técnico en redes de respuesta rápida, pero acabamos de tener una baja. Ordenanza. Llevar papeles y paquetes de un departamento a otro. Eso sí podrá hacerlo. De lunes a viernes de ocho a dieciséis. Seis meses. Salario mínimo interprofesional. Pero esto es una multinacional. Saldrán más puestos que siempre ofertamos primero a nuestros empleados. ¿Le interesa?

—Sí. —Nieves quería decir que no, pero dijo que sí por joder a Ruiz, que seguro que esperaba un no por respuesta, y porque una vocecita interior le dijo que o lo cogía o la jodida era ella. Que el salario mínimo interprofesional

sería mínimo, pero seguro que era más que los 442'54€ de la prestación social.

—Bien. —Ruiz la miró. Nieves vio entonces la sonrisa más breve que había visto en su vida antes de que el rostro de Ruiz volviera a ser una máscara de cera—. Jiménez.

—Ven conmigo, cariño —dijo Jiménez, la secretaria de sonrisa enorme. Nieves sabía que tardaría en acostumbrarse a llamar a las personas por su apellido en vez de por su nombre. Al menos Jiménez llamaba a todo el mundo *cariño*. Claro, así no se olvidaba de ningún apellido.

Media hora más tarde, tras haber firmado sin leer todos los papeles que Jiménez le había puesto por delante, Nieves estaba en su coche. Se permitió unos minutos de lágrimas incontenidas mientras repasaba todos los cambios que debía hacer en su vida. Tenía que cambiarlo todo. Para empezar, no podría volver a llevar a Pedrito al colegio a las 9:00, ni recogerlo a las 14:00. Tendría que apuntarlo al aula matinal y a comedor. Si es que había plaza. O pedirle a alguna de sus amigas que lo llevara y lo recogiera o lo adoptara durante seis meses... más tiempo si tenía suerte y conseguía otro trabajo. Su mundo acababa de desaparecer y ahora tenía que aprender a estar en otro. De ser madre «full time» pasaría a ser madre trabajadora. Un territorio hostil y desconocido para Nieves reconvertida en Álvarez, con Ruiz y Jiménez, con jefes y compañeros, con personas que no conocía ni quería conocer, con gente que no eran sus amigas ni probablemente lo fueran a ser nunca.

Cuando se divorció, el mundo perfecto de Nieves estalló en mil pedazos, menos uno. Ese uno era el pedazo más importante. Ese pedazo de su mundo que no estalló era ser madre. Había fracasado en su matrimonio por culpa de Borja, El Cabrón, pero ella era una madre perfecta. De hecho no podía dejar de sentirse un poco superior a María y a Bárbara porque, aunque eran buenas madres, no estaban a su altura. No es que Nieves fuera una buena madre: era una madre perfecta. Su hijo siempre iba impecable al colegio, comía comida casera hecha por ella, sacaba las mejores notas, jamás llegaba tarde ni a clase

ni a los entrenamientos. Nieves veía cómo las otras madres se esforzaban, pero siempre fallaban en algo. Sobre todo las madres trabajadoras y, más que ellas, las madres trabajadoras y divorciadas. Esas madres parecían vivir corriendo un maratón que nunca se acababa y que jamás ganaban. Se retrasaban; sus hijos iban vestidos con ropa repetida de un día para otro, algunas meriendas eran bollería en vez de una sana manzana, algunos iban bien con las notas, pero otros no. Nieves pensaba que los que iban mal con las notas era por culpa de sus madres. A esas madres se las veía mal arregladas y siempre cansadas. Curiosamente, todas llevaban una o varias gomillas para el pelo en la muñeca. Llegó a pensar si no era una especie de código secreto para reconocerse entre madres trabajadoras divorciadas. Ella nunca llevaba una gomilla para el pelo en la muñeca. Nieves siempre iba al colegio como si su hijo compartiera aula con la princesa de Asturias y ella se cruzara a la entrada con la reina. «Buenos días, Leti», «Buenos días Nieves, hoy vienes monísima», «Gracias, tú también». Pedrito era un niño ejemplar porque ella era una madre perfecta. Una madre «full time». Una madre las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Ahora iba a ser una madre trabajadora. Peor aun. Una madre trabajadora y divorciada. No podría disponer de todo el tiempo del mundo para dedicárselo a su hijo. De hecho, iba a disponer de muy poco tiempo para su hijo. Había fracasado como esposa y como madre.

Volvió a llorar un buen rato. Cuando consiguió calmarse, escribió un wasap a Bárbara y a María.

— Buenas noticias. He encontrado el trabajo de mi vida. Yuhuuuu.

Capítulo 8

DÉJALO, CAMPEÓN

Bárbara leyó el wasap de Nieves en mitad de una reunión en un rascacielos muy parecido al que había estado Nieves. En una sala de reuniones, donde era la única mujer, demasiado pequeña para que los ocho analistas informáticos estuvieran cómodos. Su jefe de proyectos explicaba los nuevos tramos del cronograma que debían cumplir. Bárbara no respondió al wasap. Ya lo haría más tarde. A su jefe, un tipo listo, no se le escapó ni el gesto de leer el wasap, ni el gesto de poner el móvil boca abajo. Punto negativo, punto positivo. Trabajar en una multinacional tenía muchas ventajas: el sueldo, por supuesto, pero también muchas desventajas (la competitividad feroz era una de estas). Competir era algo que a Bárbara le gustaba. Especialmente competir con los machitos de sus compañeros. Ser la primera de su promoción de la carrera de informática era algo de lo que no solía alardear, pero sí que demostraba día a día.

Sus compañeros analistas no eran malos. Nadie allí lo era. Pero confundían los grandes pechos de Bárbara con incapacidad. Ser la única mujer del equipo con favoritismo. Tener una inteligencia poco común con brujería. Pero Bárbara no era bruja. Era muy inteligente. No obtenía favores, sino que su empresa valoraba su trabajo por ser excelente. Sí que tenía grandes pechos y era altísima, pero desde luego también era capaz de realizar mejor el trabajo de todos los que estaban en esa sala. Quizás aún no el de su jefe de proyectos.

Ella lo sabía. Ese tipo con cerca de sesenta años sabía algo que ella todavía estaba aprendiendo: liderar un equipo.

Bárbara había sido jefa de equipo en algunos proyectos. No se le daba mal, pero no aguantaba ni la incompetencia ni la arrogancia. Le costaba mucho esfuerzo no liarse a gritos con sus subalternos. Tenía fama en la empresa de buena jefa, pero ella sabía que aún no era una buena líder. También sabía que, en cuanto a su actual jefe lo ascendieran, su puesto sería suyo. Pese a que los otros siete compañeros también lo querían. Ellos también creían que sería suyo, pero Bárbara sabía que sería suyo. Debía cuidar más el tema de no ver los wasaps en reuniones. Móvil en silencio y al bolso. Dejarlo encima de la mesa había sido un error, pero ella tenía a Alex en un campamento urbano hasta que comenzara el colegio, y su número era el primero que marcaban en caso de problemas. Igual que en el colegio. La costumbre de estar pendiente era difícil de evitar. Los otros analistas también tendrían hijos; la edad media era de cuarenta años. Ella era la más joven de todos, pero ellos tenían a sus esposas, sus madres, sus hijos mayores, sus lo que sea como primera línea de defensa ante un imprevisto con sus hijos pequeños. Ella no.

Aun así, a veces no había podido mirar el móvil. En algunas reuniones con el Ministerio de Defensa, para el que su empresa desarrollaba algunos proyectos, los inhibidores de las salas de reuniones hacían de la incomunicación un inconveniente necesario. En esos casos los problemas de Alex en el colegio los resolvía María. Alguna vez habían tenido que recurrir a Marcos, su ex, aunque Bárbara ya no pensaba en Marcos como su ex. Es decir, no lo pensaba como exmarido, sino solo como padre de Alex. No era un mal padre. Abogado de prestigio, moreno todo el año, con pelazo negro por los hombros y algunas canas para darle más contraste al conjunto. Solía dejarlo todo en cuanto surgía algún problema con su hija Alejandra. Jamás la llamó *Alex*. Siempre le cogía el móvil a Bárbara. Aunque era más rápido en tirar de tarjeta de crédito que de gastar tiempo para estar con su hija. Al año de divorciarse, volvió a casarse con otra abogada de su bufete. Una rubia

guapísima y listísima. Vanesa. Apellidos compuestos y descendiente de abogados de prestigio desde que el colegio de abogados tiene memoria. A los nueve meses tuvieron a Marcos. Un niño guapísimo al que Alex llamaba «el enano meón», aunque Bárbara sabía que adoraba a su hermano. El español es un lenguaje curioso. Alex, cuando no lo llamaba «el enano meón», se refería a su hermano como su hermano, no como su hermanastro como dictan los cánones del lenguaje. Su hermano. Es mejor así. En árabe, poligamia de por medio, hay distintas palabras para referirse al hermano de padre y madre, al hermano de padre, pero no de madre, y al hermano de madre, pero no de padre. Ninguna es despectiva como *hermanastro*.

Bárbara no odiaba a Marcos ni lo quería. Lo veía como un compañero de trabajo, en este caso un compañero de paternidad. Lo que pasó con su matrimonio fue sencillamente que la admiración que sentía por él, desde su noviazgo hasta los primeros años de matrimonio, se fue diluyendo conforme ella misma se empoderaba como eficaz analista informática, como madre solvente, como treintañera cañona. Con esos dos pechos que tantos problemas le dieron desde que a los doce años decidieron adelantarse al resto de su pubertad.

Hasta la universidad siempre los llevaba tapados con carpetas, jerseys y cualquier escudo protector que le pudiera evitar las miradas alucinadas de adolescentes salidos. En la universidad comenzó igual, hasta que un profesor guapísimo se quedó mirando su escote y no pudo continuar la clase. Fue en primer año de la carrera, en la asignatura era Introducción a las Matemáticas Discretas. Le encantaba esa asignatura, sobre todo por el título. Se imaginaba a los números muy serios y discretos en un gran baile de la Inglaterra victoriana del siglo XXI. Mirándose muy discretamente a través de abanicos o de soslayo. «Querido tres, ese siete no deja de mirarte discretamente». «Gracias, estimado cuatro, creo que el cinco quiere hacer sumas contigo». «Sumas discretas, por supuesto».

El profesor era guapísimo. Tenía a todas sus alumnas loquitas por él, pero

fue su escote lo que lo dejó bloqueado. Desde ese día Bárbara dejó de ocultarse. Dejó de luchar contra su cuerpo y, sin ser provocativa, sin ser calientahombres, sin ser nada de eso, decidió ser ella misma. Y ella tenía unos pechos enormes y preciosos.

No. Bárbara no odiaba a Marcos. Sencillamente dejó de admirarlo y Marcos se dio cuenta en seguida. Marcos, abogado riquísimo y guapísimo, necesitaba que lo admiraran. Ella sabía que él se acostaba con muchas mujeres. Nunca le importó. Bárbara no entendía el sexo como algo exclusivo. Durante su matrimonio sí que es cierto que ella solo se acostó con Marcos, pero más bien porque estaba satisfecha con esa sexualidad. Marcos era buenísimo en la cama. Pero que Marcos buscara otras amantes le parecía hasta normal. Siempre supuso que lo que Marcos iba buscando en otras mujeres, más que buenos polvos, eran buenos adjetivos admirativos. Un domingo por la tarde, Marcos le comentó que iba a alquilar un apartamento en el centro cerca de su despacho para ahorrarse viajes. Ella supo que lo que iba a montar era un pisito de soltero. Al mes se divorciaron de una forma cordial. Sin peleas ni juicios. Sin pena ni gloria. Como quien va al dentista a hacerse una limpieza de boca: es molesto, pero no duele. Precisamente Vanesa les llevó el divorcio de mutuo acuerdo. Seguramente, ya eran amantes.

Bárbara guardó luto sexual por su marido durante seis meses. Seis meses sin sexo. Desde entonces no ha parado de follar. Esa tarde tenía una cita con un nuevo contacto de Tinder. Por favor, que no sea ni calvo ni gordo.

Le estaba costando concentrarse en la reunión. Era de las típicas reuniones de las que antes te enviaban un e-mail con el archivo en formato PDF que ahora veían en la pantalla de 52 pulgadas de la Smart TV que presidía la sala. A ella le sobraba la reunión; con leer el PDF era suficiente. Pero su jefe insistía en esas reuniones.

—Es importante que nos veamos las caras. Tienes que desarrollar la empatía —le decía su jefe cuando estaban a solas y ella se quejaba de que le hacía perder el tiempo—. Tienes que saber mirar a los ojos de tu gente y leer

lo que está pensando cada uno de los que te miran. Empatiza. Aprende a leer las mentes.

—Eso no se estudia en la carrera.

—Ya no estás en la universidad. Esto es la vida real, y nosotros jugamos en primera división. Tienes que saber de lo tuyo y de gestionar personas. Los hay que se aburren porque se saben el tema y los hay que no se están enterando.

—¿Y el que no se entera a la puta calle?

—No. El que no se entera ahora es el mejor en otro proyecto.

Ella sí se estaba enterando y se aburría. Volvió a pensar en su María. Estaba muy preocupada por ella. Bárbara tenía suerte de que María trabajara de maestra en el mismo colegio al que iba Alex. De hecho, su hija, Gonzalito y Pedrito estaban en la misma clase. Esos tres niños eran inseparables. Bárbara se permitió un segundo de preocupación. Los tres niños tenían los mismos gustos y aficiones, pero Alex, su Alejandra, por muy alejada que estuviera de los modelos de niña, con sus muñequitas y sus cocinitas, era una niña muy niña... y pronto sería una adolescente guapísima con dos amigos del alma adolescentes guapísimos. Como diría Homer Simpson, ese era un problema para la Bárbara del futuro. Pobre Bárbara del futuro...

La cita de Tinder de la tarde fue bien. Sí, era calvo pero no gordo. «Malditos administradores de Tinder, a ver cuándo verificáis las fotos». Pero el tipo era gracioso. El típico divorciado desgraciado que se esforzaba en no hablar de sus problemas de divorciado desgraciado sin conseguirlo. Que si su ex lo puteaba, que si apenas veía a su hijo. De vez en cuando al pobre se le encendía una lucecita y seguía el manual de las primeras citas y le preguntaba a ella por su trabajo, por su hija, por su ex... pero sin poder remediarlo volvía a hablar de su miserable vida. Tenía tres trabajos para poder pagar la pensión y vivir sin recurrir a la caridad. Era policía, pero también trabajaba de monitor de zumba en un gimnasio y de vigilante nocturno. Se había hecho un experto en cuadrar turnos y deber guardias a los compañeros. Esa noche entraba de vigilante en un hipermercado a las 24.00. A Bárbara le dio pena.

No se debe follar por pena, pero tampoco tenía nada mejor que hacer ese día, ya que Alex estaba con Pedrito en casa de Nieves jugando al Fornite. Había quedado en recogerla a las 23:00 y, cerca de la cafetería donde estaban tomando café, había un hotel muy discreto que cobraba las habitaciones por horas. Un buen hotel especializado en amantes discretos como las matemáticas. No un picadero barato. La entrada era por el aparcamiento, y toda la gestión se podía hacer sin ver al recepcionista. No era barato, pero tampoco demasiado caro.

Bárbara ya había tomado una decisión cuando el «policíamonitordezumbavigilante» estaba a punto de que se le saltaran las lágrimas al hablar, por enésima vez, de que su hijo se había hecho del Athletic de Madrid cuando en su familia eran del Real Madrid de toda la vida. Bárbara le propuso follar hasta las 22:30. Al «policíamonitordezumbavigilante» se le abrió mucho la boca y muchísimo más los ojos, que se fueron directos a sus pechos. Dijo que sí con la cabeza en un estado de shock alarmante. No hay que follar por pena. Pero, si se te pone por delante un monitor de zumba, te lo zumbas.

La cosa no fue muy bien. Ella disfrutó de su momento «Aquí están estas dos que además de grandes son bonitas». La otra parte contratante no pudo responder, ya que con la boca llena no se habla, y ese hombre corrió serios problemas para respirar en ese momento. El buen hombre se ofreció voluntarioso a hacerle un *cunnilingus*. En compensación, supuso Bárbara, por el éxito inesperado de la cita de la que podría hablar durante años a sus compañeros policías, a sus compañeros monitores de zumba y a sus compañeros vigilantes. El hombre se esforzó. Le puso empeño... pero arte no tenía ninguno. Se ve que en la academia de policías no enseñan a hacer *cunnilingus*. A ratos bien, a ratos cosquilloso, a ratos salivoso, a ratos nada. ¿Dónde estaba metiendo la lengua ese hombre? Bárbara no conseguía llegar a ningún lado. Se aburría un poco, pero no quería lastimar el ego machacado del tipo que cabeceaba entre sus piernas debajo de la sábana. Con mucho cuidado

cogió su móvil de la mesita y escribió dos wasaps.

Para Nieves:

—Suerte. Cuenta conmigo para ayudarte en tu nuevo trabajo.

Para María:

—¿Cómo te va en el camping?

El hombre ni se enteró. Seguía en lo suyo. Bárbara decidió terminar la faena. Le dio unos golpecitos en la cabeza. Toc, toc. «Déjalo, campeón», le dijo bajito para que él no se enterara. El tipo salió de debajo de la sábana cual soldado novato norteamericano saliendo de la jungla vietnamita, sudoroso, pringoso y a punto de morir de algo. Bárbara lo manejó con soltura. Lo puso boca arriba y se le sentó encima con sus pechos a la altura de los ojos del «policíamonitordezumbavigilante», que maravillado le prometió: «Así te duro horas». No le duró ni treinta segundos.

Capítulo 9

TRUCO SCOUT

El viaje fue largo y cansado. María tuvo tiempo de pensar, de repensar, de volver a pensar. Su divorcio fue examinado desde decenas de puntos de vista. En todos, la conclusión era la misma. La decisión fue correcta, pero el futuro era incierto. Debía caminar por un sendero nuevo, una vida nueva, y no iba a ser fácil. Tenía todos los miedos del mundo por su hijo Gonzalito, que en el asiento de atrás veía *Spiderman 3* por quinta vez.

Cada dos horas María paraba en una estación de servicio o salía de la autopista hacía el pueblo más cercano para tomar Coca-Cola, estirar las piernas e ir al baño. Gonzalito, obligado; ella, algunas veces apurada. El viaje no fue especialmente duro. Disfrutaron mucho al pasar Despeñaperros y entrar en Andalucía. Su abuela era andaluza de Jaén. Pero había perdido todas sus raíces. No conocía a nadie en el pueblo de su abuela, Benatae, aunque recordaba el nombre. Algún día le gustaría ir a visitarlo. Se lo preguntaría a... ¿a quién? Ya no tenía que preguntar nada a nadie. Ahora decidía ella sola. El verano que viene se prometió ir al pueblo de su abuela.

Lo peor del viaje fue al llegar a Sevilla y encontrarse con un atasco kilométrico en el Puente del Quinto Centenario. Cruce inevitable entre el norte y el sur, entre el este y el oeste. Cientos de conductores amargados se acordaron la familia de quien permitía semejante barbaridad. A partir de ahí, el tráfico en dirección Huelva-Portugal era denso pero fluido. Solo le llevó

una hora y media más llegar a la entrada del Camping Torre del Oro en Isla Cristina, Huelva.

—Buenos días. Quisiera una parcela con electricidad.

—No nos quedan. —La recepcionista, con treinta años y mucho oficio a la espalda, sonrió, pero no demasiado—. Puede coger un espacio en la zona de camping libre. Sin electricidad. Los hay con sombra de los pinos; se lo recomiendo.

—¿Pero no hay con electricidad?

—No. Está todo lleno. Todas las parcelas con electricidad están ocupadas. Ayer hizo 45 grados en Sevilla, y ha venido mucha gente. Este fin de semana se espera que vengan muchas más. ¿Lo dice porque trae cocina eléctrica?

—No. De hecho, las comidas las queríamos hacer en el restaurante.

—Ah, bueno, entonces no tiene problemas. La comida del restaurante es buenísima. Le recomiendo el pescado, que traen todos los días de la lonja de Isla Cristina.

—Ya, ¿pero y los móviles y el portátil? ¿Cómo los recargo?

—No hay problema. —La recepcionista era todo optimismo y eficacia—. Puede recargar aquí en recepción o en los cuartos de baño, o en el bar, o en la sala de juegos. Hay muchos enchufes por todo el camping donde puede cargar los móviles.

—Vale. —María estaba empezando a sentir el cansancio del viaje, y eran las cuatro de la tarde. Hacía mucho calor y humedad. Se notaba el olor a mar—. ¿Tengo que decir la parcela donde voy a estar?

—No. —La recepcionista desplegó un mapa del camping en el mostrador de recepción—. Estamos aquí. Aquí está el supermercado y aquí el bar-restaurante, al lado de la piscina. Todo esto es zona de acampada libre. Aquí tiene muy buenos pinos que le darán sombra. Acuértese de que el sol sale por el este, o sea de espaldas al mar por su derecha.

—Gracias. He ido de acampada otras veces. —María estuvo a punto de contarle alguna de las aventuras que tuvo entre los 15 y los 20 años. Época

scout donde se iba de acampada con su grupo cada verano. No es que fuera por la sierra de Madrid con una cinta en la cabeza y con un cuchillo entre los dientes, pero casi.

—Genial. Acuértese de no meter las dos ruedas del coche en la zona de acampada. Puede meter las de un lado, pero deje las del otro en el camino. Esto es zona de dunas. Hay mucha arena. Más de una vez hemos tenido que sacar un coche de un arenal. ¿Son dos adultos y un niño?

—No. —El niño resultaba obvio, ya que Gonzalito estaba a su lado empapándose de todo y sonriendo ante la perspectiva de que el coche se metiera en un arenal—. Un adulto y un niño.

—Un adulto y un niño. Muy bien. Hay muchos niños en el camping y actividades con monitores de tiempo libre en la piscina y por las mañanas gratis.

Rellenar los datos en recepción le llevó solo diez minutos más. Aquella recepcionista era realmente eficaz. María se quedó un poco bloqueada con el tema de un adulto y un niño. Se sintió sola. Esto era nuevo, pero había que acostumbrarse. Lo de que su hijo fuera a hacer amigos nuevos y actividades era genial... bueno... pero que tampoco era lo que habían venido a hacer. Ella quería pasar tiempo con Gonzalito a solas... aunque lo mejor para el niño es que se hiciera nuevos amigos. En fin.

Disfrutó mucho montando la tienda de campaña. Gonzalito más que ella. Era una tienda para cuatro personas que no usaban desde hacía años. Desde que Gonzalito era muy pequeño y no se acordaba. Aquello era una aventura para el niño. María tardó en elegir el sitio. Calculó por dónde salía el sol. Que sí, en Huelva, con el mar a la espalda sale por la derecha. El este de toda la vida. Así que, si sale por el este, ahora es mediodía pasado y cayendo la tarde, y entonces esa sombra del pino estará más o menos allí cuando se haga más tarde, por lo que por la mañana estará allá. Gonzalito se impacientaba.

—¿Qué más da, mamá?

—Es importante que la tienda esté a la sombra cuando más calienta el sol, a

mediodía y al caer la tarde, o se convertirá en un horno. Por la mañana no importa tanto que dé el sol. Al revés: es bueno para calentarla.

—Quiero irme ya a la playa.

—Primero montamos el campamento y luego a la playa.

Al final eligió bien entre dos enormes pinos cuyas copas se tocaban. Buena sombra. Buen sitio. Tardó más de lo que recordaba a la hora de montar la tienda. Gonzalito ayudaba, pero ahora estaba ella sola como adulto. Un adulto y un niño. Esa frase de la recepcionista le rebotaba en su cabeza y causaba muchos ecos. Era como aprender a caminar con una pierna mientras le iba creciendo la que acababan de amputar. Se dijo que era cuestión de acostumbrarse a pensar en modo «Un adulto y un niño». Con el campamento terminado, cogieron lo necesario para la playa. Sombrilla, agua, esterillas, toallas, colchoneta, patatas fritas, pelota, crema protectora, gorros, cubos, palas, rastrillo, etc., etc., etc. Todo fue a parar a una gran bolsa azul de Ikea que María colocó estratégicamente en el armazón de un carrito de la compra. Bien atado lo llevaba arrastrando con sus grandes ruedas, que a veces se atascaban en la arena, pero ni punto de comparación con llevarlo colgado del hombro.

—Eres muy lista, mamá.

—Truco scout. Por cierto, Gonzalito, ¿tú quieres que te apunte a los scouts este año para ir de acampada con otros niños de tu edad y con monitores?

—Depende.

—¿De qué?

—¿Vamos a hacer esto más veces? ¿Vamos a ir de acampada tú y yo solos más veces?

—Sí. Seguro que sí.

—Entonces no quiero ser scout. Prefiero ir contigo.

Los siguientes cinco minutos María los pasó en silencio. Tirando del carro con la bolsa de Ikea e intentando que no se le notara la sonrisa de oreja a oreja que se le había quedado. Desde recepción hasta la playa, solo fueron diez

minutos de caminata. Por fin los dos se quedaron absortos viendo el mar azul.
El Atlántico, frío y hermoso.

Capítulo 10

LA OLA REVOLEADORA

La tarde en la playa estaba resultando genial. Gonzalito no paraba de jugar. Disfrutaba con todo. Sobre todo con bañarse en el mar. El agua estaba helada, pero a él no le importaba. No así a María que, cada vez que se metía en el agua, tenía que hacer una sesión de adaptación nunca menor de diez minutos. Mala idea estrenar bañador en vez de bikini. Un bañador rojo monísimo, pero que nunca se secaba del todo. El bañador húmedo y frío hizo añorar sus veinte años y sus viajes estivales a una playa nudista de Cádiz. Pero no era cuestión de hacer nudismo con el niño y en Isla Cristina, que era una playa familiar, y mucho menos con sus treinta y cinco años auestas. Hicieron castillos en la arena, con túneles y fosos que llenaban con agua y decoraban con conchas y algas. Jugaron a la pelota. Jugaron al veo-veo, que había mucho que ver en la playa abarrotada de gente. De hecho les costó poner la sombrilla con metro y medio de espacio de seguridad con respecto a la siguiente. Jugaron con la colchoneta en el mar. Gonzalito se ponía a horcajadas al principio, y María, detrás. Gonzalito era el capitán y María, la grumete. A duras penas conseguían guiar la colchoneta, sometida al embate de las olas, hacia donde querían. El duelo colchoneta-mar solía acabar en zozobra con capitán y grumete bajo el agua. Alguna vez tragando parte del salado Atlántico, pero siempre riéndose.

María seguía adaptándose a la nueva situación. Un adulto y un niño. Las veces que estaban en el mar, no perdía de vista la sombrilla, con su bolsa del

Ikea y sus cosas, por temor a algún robo ocasional. Cuando iban los tres a la playa, casi siempre se turnaban Julio y ella para estar uno de los dos en la sombrilla. Tenía una sensación de vulnerabilidad que antes no experimentaba. Alrededor de su sombrilla había familias. Algunas, jóvenes: el papá, la mamá y un niño o niña pequeños. Algunas, mayores: dos viejecitos con sus sombrillas, sus sillas de playa, su nevera y mucho tiempo para disfrutar el sol. Algunas pandillas de veinteañeros, ruidosos y molestos que creían que la playa era suya. Muchos perros, atados y sueltos. La playa estaba llena de gente, aunque no llegaba al punto de estar saturada.

Se fijó en un hombre de unos cuarenta años. Alto, con el pelo cortado al estilo militar, no demasiado en forma, pero tampoco fondón, que estaba solo con una niña de unos 12 años. La niña llevaba bañador a rayas (no bikini, sino bañador) y el pelo corto, que apenas le llegaba a los hombros. Supuso que la mamá que completaba la familia estaría al llegar. Lo que más le sorprendió de ese par es que jugaban, hacían castillos de arena, se bañaban, pero también leían. Los dos. El papá y la niña pasaban largos ratos leyendo sentados en una esterilla al cobijo de una sombrilla que había conocido mejores tiempos.

Cuando la tarde ya estaba llegando a su fin, el mar se encrespó un poco. Las olas, sin ser peligrosas, eran de una altura que oscilaba entre el metro y el metro y medio. María descartó seguir usando la colchoneta por inmanejable. Cuando la llevó a su sombrilla, siempre con un ojo en Gonzalito (que estaba jugando a tirarse de cabeza dentro de cada ola), se dio cuenta de que el tipo alto la estaba mirando por encima del libro que tenía en sus rodillas. Sentado al estilo yoga, a dos sombrillas a su derecha, el tipo no le quitaba ojo de encima. No sonreía ni parecía una mirada cargada de mala intención. María pensó que debía sentirse molesta, pero no era así. De hecho, descansó un poco en su esterilla sabiéndose observada y tuvo que reconocer que era agradable saber que un hombre se había fijado en ella. Siempre vigilando a Gonzalito, que más de una vez sufrió los embates de alguna ola más fuerte que otras, aunque siempre salía de debajo del agua riéndose y alguna vez tosiendo.

María se acordó de que, en su mágica y enorme bolsa de Ikea, cual bolso de Mary Poppins, tenía la última novela que estaba leyendo. Supuso que no tendría tiempo para leer, pero aun así siempre era buena idea tener un libro a mano. Lo sacó. Era *Los asquerosos*, de Santiago Lorenzo. Le estaba encantando la historia de Manuel y su nueva vida, una especie de náufrago en un pueblo abandonado de la España rural. Tenía arte este Lorenzo escribiendo; más de una vez le sacaba una sonrisa. Con disimulo colocó el libro entre sus piernas y le echó una mirada al tipo alto, que ahora sí le sonrió antes de volver a leer su propio libro, que era enorme. Desde la distancia María entrevió la portada... ya sabía qué libro era. *Yo, Julia*, de Santiago Posterguillo. El premio planeta del 2018. Gran fallo. Buen libro, malo para llevarlo a la playa con sus más de seiscientas páginas y tapa dura. María ya lo había leído. Le encantaban las historias de romanos, y Posterguillo era el maestro español de la época de Roma. Había disfrutado de su trilogía sobre Escipión el Africano y, aún más, de su trilogía del emperador Trajano. No se sentía mal por alternar estas novelas con las románticas de sus compañeras de editorial, pero estas solía leerlas en la *tablet* o en el portátil, incluso en el móvil. María, antes que escritora, era lectora compulsiva.

La lectura, un ojo en las letras y otro en Gonzalito, estaba siendo poco reconfortante. También porque de vez en cuando se le escapaba una mirada hacia el tipo alto. Alguna vez cruzaron la mirada. Él se la sostenía, pero ella no. Ni era el momento ni el lugar para jugar a las miraditas. Ella estaba en ese momento divorciándose. ¿O había que pasar del gerundio al pretérito pluscuamperfecto? ¿Estaba divorciándose o se había divorciado? Ese viaje era el principio de su nueva vida como divorciada, así que nada de gerundios. El proceso de divorciarse había terminado. Era una divorciada. Daban igual gerundios o pretéritos. Ella estaba disfrutando de sus primeras vacaciones a solas con su hijo. Un adulto y un niño. No había lugar para hombres. Pero era un tipo curioso y no era feo. La mamá que completaba la familia seguía sin aparecer. ¿Estarían solos el papá y la niña? ¿Sería también un divorciado de

vacaciones con su hija? ¿Otro caso de «un adulto y un niño»?

Gonzalito la reclamó para que jugara con él a zambullirse en las olas más altas. Ahora que estaba seca y calentita, no le hacía ninguna gracia meterse de nuevo en el agua helada. No recordaba que el agua de mar estuviera tan fría pero, claro, ella estaba acostumbrada al Mediterráneo. A Cádiz y Benidorm. Esto era el frío Atlántico. Tras los diez minutos de aclimatación, consiguió no sentirse como un salmón noruego en el congelador de su nevera y disfrutó del juego de tirarse de cabeza dentro de las olas junto con Gonzalito. Cada poco tiempo, le echaba un vistazo a su sombrilla y su bolsa de Ikea. No pudo dejar de fijarse que el tipo alto y su hija iniciaban también las tareas de aproximación al agua. Pero la niña no estaba muy convencida y, nada más tocar el agua, se volvió a su sombrilla. El tipo se tiró de cabeza contra una gran ola y nadó con fuerza (supuso María que para quitarse el frío), hasta donde el mar ya cubría bastante. Hizo una inmersión de un par de minutos y, cuando salió, volvió a nado a la orilla a toda velocidad. Haciendo mucho ruido y levantando agua por todos lados. Como si lo persiguiera un centenar de tiburones. Salió de la orilla y se fue para su sombrilla tiritando. ¿Alarde de machito ibérico? María no estaba segura. Habría disimulado el temblor, que a la niña le hizo mucha gracia. No parecía el típico machito. Un macho ibérico nunca tiene frío, y ese tipo estaba tiritando como si sufriera un cortocircuito. En cualquier caso, el alarde no le había servido para nada porque María no estaba interesada en ningún hombre, aunque reconocía que no había dejado de mirar al nadador entre zambullida y zambullida con Gonzalito.

Las olas se estaban poniendo cada vez más encrespadas y empezaba a dudar de si era buena idea seguir con ese juego o de si sería más prudente retirarse a la sombrilla. El problema era cuando venían dos olas seguidas. La primera se veía, y era fácil zambullirse dentro pero, justo cuando sacaban la cabeza, aparecía la segunda, la *ola traicionera* como fue bautizada por Gonzalito, que les daba una buena ducha. Si no tenías cuidado y te cogía en plena boqueada en busca de aire, algo de agua tragabas. En cualquier caso, María optó por la

prudencia y se fueron retirando cada vez más cerca de la orilla. Cambió las reglas del juego y, en vez de zambullirse, la diversión consistía en correr hacia la orilla cuando la ola rompía y seguirla hacia el mar cuando se retiraba. Esa noche iban a dormir bien de puro agotamiento.

En una de esas carreras estaban riéndose, alegres y felices cuando María se distrajo al ver a su hijo tan feliz y no pudo evitar intentar darle un beso. Gonzalito. Gonzalo, en esos momentos, se resistía; que si ya era muy mayor, que no le diera besos delante de la gente, que no era un bebé. En su casa sí que se dejaba el muy jodido, pero en público no. Qué mal iba a llevar María la adolescencia de Gonzalo. En esas estaban, beso sí, beso no, de forma que no vieron venir a la gran ola, que no es que fuera traicionera (es que venía a mala idea), directa a por ellos. La ola los sorprendió en pleno beso y los revoleó a los dos. María sintió como se separaba de Gonzalito debajo del agua y cómo ella misma estaba ahora boca arriba, ahora boca abajo. Cuando sacó la cabeza del agua y pudo ponerse de pie, estaba desorientada y con medio mar en su estómago. Desesperada, miró en todas direcciones hasta que vio a Gonzalo, que también se había puesto de rodillas y escupía la otra mitad del mar. En dos zancadas estuvo a su lado, lo puso de pie y lo ayudó a recuperarse. Le tuvo que quitar arena de los orificios de la nariz y de los ojos, y alguna concha del pelo. Gonzalo, por fin, dejó de hacer amagos de vomitar, pero no pudo evitar estar a punto de echarse a llorar. Alguna lágrima se le escapó. María lo abrazó y lo consoló. Le dio muchos besos que Gonzalito no rechazó. Besos sí. Poco a poco, Gonzalo se recompuso, y María supo que aquella sería una de las últimas veces que vería a su hijo llorar, y una de las últimas veces que ella lo consolaría como al niño que era y que pronto dejaría de ser.

—Ha sido una ola muy grande, Gonzalito. Una ola traicionera enorme.

—Esa no era una ola traicionera, mamá. Esa era una ola revoleadora. Nos ha revoleado. Yo he dado por lo menos cinco vueltas.

—Sí. Yo también. Anda. ¿Vamos a secarnos a la sombrilla?

—Sí. Pero que no tengo miedo, ¿eh?

—No. Claro que no.

Cuando se fueron acercando a la sombrilla, abrazados y torpes, se dio cuenta de que el tipo alto estaba de pie. Una pierna delante de la otra. Como si estuviera a punto de echar a correr hacia ellos. No dejaba de mirarla. Ella le sostuvo la mirada, y él hizo un gesto alzando mucho las cejas y medio asintiendo que ella supo traducir inmediatamente por un «¿Todo bien?». María sonrió y asintió lentamente volviendo a sonreír abiertamente al tipo alto. Su mensaje también estaba claro: «Sí. Todo bien. Ha sido solo un susto. Gracias». El tipo volvió a sonreír cabeceando, y ella entendió un «De nada. Avisa si necesitas algo», tras lo cual se sentó y volvió a su enorme libro de romanos. Aunque no dejó de mirarlos.

María sentó a Gonzalito y lo envolvió en una enorme toalla. Ella se sentó detrás y lo abrazó para darle todo el calor posible. Los dos miraban al mar y al sol, que se iba poniendo tras el azul frío e inmenso del océano. El atardecer era precioso, con decenas de tonalidades de verde y amarillo en la estela que el sol, enorme y rojizo, dejaba en el mar. Parecía un camino mágico y brillante. Con el cielo celeste, que iba oscureciéndose, donde se podían ver algunas nubes rosas, blancas y con alguna tonalidad turquesa. Gonzalo dejó caer su cabeza en el pecho de su madre. Recordarían ese atardecer toda la vida, y la ola revoleadora también.

Cuando el sol terminó de ponerse, con mucha luz aún, recogieron todo e iniciaron el camino de vuelta al camping. María se dio cuenta de que el tipo alto y la niña ya no estaban. Ni rastro de su sombrilla ni esterilla. Se habían ido hacía rato y probablemente nunca más los volvería a ver. Se equivocaba.

Capítulo 11

RONQUIDOS LEJANOS

Al llegar al camping, María se dio cuenta de por qué muchos de los que estaban en la playa se habían ido antes del precioso atardecer. Las colas en los cuartos de baño empezaban a ser importantes. Bueno. En ducharse no tarda uno tanto, ¿no? Pues sí. Cuando llegaron donde tenían la tienda de campaña, cogió rápidamente todo lo necesario: peines, toallas, champús, y se fueron directos a uno de los cuartos de baño, distribuidos estratégicamente por todo el camping. Una cercana cabaña grande, de paredes de ladrillo y techo de cañas. Era un camping enorme, casi como un barrio. Al llegar a las duchas de las mujeres, la cola ya llegaba más allá de la puerta. Muchas mujeres miraban a Gonzalo. Ella se dio cuenta. Tenía nueve años, era un niño pero ya no era tan pequeño. Algunas mujeres se podrían sentir incómodas en su desnudez con Gonzalito en la sala común de las duchas. El niño también se dio cuenta.

—Yo me voy a la ducha de los hombres, mamá; esto es para mujeres y niños pequeños.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿No tendrás ningún problema allí solo?

—Mamá, que en los vestuarios del campo de fútbol me ducho yo solo.

—Vale. El que termine antes que vaya a buscar al otro, pero no te muevas del edificio de las duchas.

—Vale.

—Si tienes cualquier problema, me llamas desde la puerta; yo estaré pendiente.

—Vale.

—Y lávate bien detrás de las orejas.

—Que sí. Adiós.

No se quedó tranquila María. Pero bueno. Era verdad que, en los partidos de fútbol, el niño se duchaba solo. Los vestuarios eran territorio prohibido para las madres y normalmente salía bien de las duchas. Con el pelo excesivamente mojado, pero limpio. La cola en las duchas era eterna. Muy lenta. Procuró abstraerse. Pensar en sus cosas. El rostro del hombre alto de la playa se le venía a la mente de vez en cuando. ¿De verdad había mantenido esa conversación por gestos? Se había entendido sin hablar mucho mejor con ese hombre que con su exmarido en años de conversaciones inútiles. Monólogos a dos en los que ella jamás acababa de entender las motivaciones ni intenciones de Julio. Si es que tenía alguna más allá de acabar la conversación para ver el fútbol o jugar algún video juego o seguir viendo su serie favorita.

Veinte minutos más tarde, ya era noche cerrada cuando le llegó su turno. Al entrar en la sala común, lo primero que pensó fue «Dios mío, pero qué gordas están todas». Se sintió mal por tener ese pensamiento. ¿Quién era ella para juzgar el físico de aquellas mujeres? La mayoría eran amas de casa entradas en años, aunque también las había jóvenes de veinte años... pero ninguna delgada. Eso sí, casi todas ellas con un cuerpo cansado. Relleno. Amplio. Caído. Gordas, en resumen. Mujeres que trabajaban en sus casas y fuera de estas, y que no tenían tiempo para el gimnasio ni para cuidarse. Tampoco para llevar un régimen estricto que las acercara a una figura 90-60-90. Más bien el estándar era el contrario: 60-90-60. Eran mujeres que no habían hecho deporte desde que habían dejado el instituto. La mayoría se conocía y hablaban entre ellas alegres y en un volumen demasiado alto para el gusto de María. Si estaban acomplejadas, no lo demostraban. Solo unas pocas la miraron con

envidia mal contenida casi rayando el rencor. María no tenía un cuerpo de modelo. Era demasiado bajita para ser modelo. Pero aún conservaba las curvas donde estaban a los veinte años. No eran las mismas curvas, pero eran curvas. Se duchó lo más rápidamente que pudo, en un tiempo récord, y empezó a preocuparse por Gonzalito. Ya debía estar esperándola. Cuando salió, no estaba. Un pellizco en el estómago le recordó la frase de la recepcionista. Un adulto y un niño. En esas tareas de cuartos de baño ajenos, siempre había contado con su marido Julio para acompañar a Gonzalo. Ahora no. Ya no. Nunca más.

No pasaba nada. Estaría en la zona de los hombres. Rodeó el edificio circular y esperó en la puerta. Allí la cola era considerable también. Se puso en un lado de la puerta. El contrario de donde la cola transcurría lenta para evitar confusiones. Pasaron más de diez minutos, y María estaba pensando en entrar a buscar a su hijo. ¿Qué era lo peor que le podía pasar? ¿Que los echaran del camping? Estaba dispuesta a correr ese riesgo. En ese momento salió por la puerta de las duchas el hombre alto. Iba en chanclas, con un bañador mojado en la mano, un bote de champú en la otra y una toalla alrededor de la cintura. De cerca María vio que llevaba media barba entrecana. Al verla, el tipo le sonrió en un gesto de reconocimiento que ella le devolvió, pero al tipo no se le escapó la cara de preocupación de María.

—Perdona, ¿estás bien?

—¿Qué? Sí. No. Oye, ¿no habrás visto a mi hijo ahí dentro?

—¿Tu hijo?

—Sí. Es un niño alto, delgado...

—Sí. Os recuerdo de la playa. Vaya susto os dio la ola. No, no lo he visto, pero hay mucha cola. ¿Quieres que entre y mire a ver si lo veo?

—Si no te importa, te lo agradecería.

—Claro, mujer. No te preocupes.

El tipo alto volvió a entrar. Tardó cinco eternos minutos en salir. María creyó escuchar la voz de su hijo, pero el volumen de las conversaciones de los

hombres era aún más alto que el de las mujeres. El ruido allí dentro era ensordecedor. Cuando el tipo alto salió, la sonrisa de su rostro la tranquilizó antes que sus palabras.

—Dice Gonzalo que le quedan cinco minutos. Que había mucha cola. Que si quieres que lo esperes en la tienda de campaña, que él sabe llegar sin problemas. Que ya es mayor.

—Ya. Mejor lo espero aquí. —María sintió una oleada de alivio. Tendría que aprender a confiar en esos ratos que Gonzalo no estaba bajo su ala protectora—. Gracias.

—De nada. —El hombre pareció a punto de decir algo más, pero al final solo sonrió y se despidió—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Quince minutos más tarde, apareció Gonzalo. Una inspección visual rápida le bastó a María para convencerse de que no había sido la mejor ducha de su hijo: aún veía rastros de arena y champú en el pelo. Pero no le dijo nada. El niño solo la miró cansado.

—Había mucha gente.

—Ya. Mañana tenemos que volver más temprano de la playa —dijo María echando a andar en dirección a la tienda de campaña—. Has hablado con un señor alto, ¿no?

—Sí. Me dijo que estabas fuera, preocupada. No tenías que haber mandado a nadie.

—Es que tardabas mucho.

—Es que había mucha gente. Tuve que esperar mucho para entrar en una ducha.

—¿Y cómo sabe tu nombre ese señor?

—Ah, pues porque ya estaba terminando cuando me vio. Me estaba peinando fuera de la ducha, en los espejos de los lavabos. Se presentó y me presenté. Nos dimos la mano como hacen los hombres. Ahora somos amigos. Tiene un nombre muy raro.

—Ahm. —María sentía una enorme curiosidad por saber el nombre del tipo alto, pero no se lo iba a preguntar directamente a su hijo. Lo último que quería era que su hijo pensara que estaba interesada en ese tipo.

—Mamá, qué gordos están todos esos hombres.

—¿Sí?

—Sí. ¿Y sabes lo más curioso?

—Dime.

—Todos estaban hablando de fútbol. Y saben mucho de fútbol. Mucho. De la liga, de la Champions, de la UEFA, del Mundial.

—Bueno, eso es normal. Muchos hombres saben mucho de fútbol.

—Ya, pero lo raro es que estoy seguro de que, aunque estos hombres saben mucho de fútbol, ninguno de ellos juega al fútbol, o no estarían tan gordos.

Gonzalo no le dio más importancia y volvió a hablar de la ola revoleadora, de que no había tenido miedo y de que estaba deseando volver a Madrid para contárselo a Pedrito y a Alex. Que ellos deberían ir el verano que viene. Los tres amigos juntos se enfrentarían a la ola revoleadora. María estaba encantada con el entusiasmo de su hijo. Dejaron los elementos de la ducha en la tienda de campaña y se fueron al bar-restaurante a cenar.

María esperaba ver al hombre alto con su hija y quizás con su esposa, que seguro ya estarían juntos los tres. O quizás no. Pero en el bar no estaban. Aunque estaba lleno de gente, encontraron una mesa cerca de un enchufe, donde recargaron el móvil de María y de paso pusieron a cargar el portátil. Dos superhamburguesas con patatas fritas les supieron a gloria a los hambrientos supervivientes del día de playa. A la vuelta pasaron por el edificio con los aseos y las duchas para lavarse los dientes. Esta vez apenas había nadie. María no pudo dejar de apreciar que los aseos y las duchas estaban impecablemente limpios. Ni rastro del aluvión humano de hacía un par de horas. Sin duda, un regimiento del personal de la limpieza había pasado por allí.

Cuando llegaron a su tienda, María encendió una linterna farol que colgó

del techo de la tienda. Se colocó una linterna frontal en la frente y le puso otra a Gonzalo. Ambas encendidas para leer mejor. Se aseguró de que Gonzalo se metiera en su saco de dormir, y le dio el libro que estaba leyendo en ese momento. Una antología de cuentos de aventuras. Esa noche tocaba la historia de Robinson Crusoe. Desde que Gonzalo había aprendido a leer, María lo acostumbró a leer antes de dormir. Siempre. Todas las noches. Una página o dos o un capítulo entero, pero siempre se acostaba con un libro. Igual que ella.

Mira que le estaba haciendo gracia *Los asquerosos* y las aventuras de Manuel pero, a la tercera página, ya se le cerraban los ojos. Estaba cansadísima. Gonzalo ya se había quedado profundamente dormido a su lado. María apagó el frontal de Gonzalo y se lo quitó con cuidado. Sospechaba que su hijo no se despertaría hasta la mañana siguiente, aunque sufrieran un bombardeo. Apagó la linterna farol del techo y la frontal suya, que se bajó hasta el cuello. Otro truco scout. No era incómodo, y siempre tenía la linterna a mano.

Todo fue bien; el camping era silencioso, hasta que a las tres de la madrugada María se despertó con unas increíbles ganas de orinar. La sal del mar, la hamburguesa, no sabía qué era, pero sí sabía que había bebido tres cervezas durante la cena y mucha agua desde que habían estado en la playa. Había orinado en el baño cuando fueron a lavarse los dientes y había obligado a Gonzalo a hacer lo mismo, pero en ese momento supo que tendría que volver a ir al baño. Intentó dormirse, pero era inútil. Tenía que descargar su vejiga. ¿Qué hacer? ¿Despertar a Gonzalito e ir juntos al baño? El pobre estaba absolutamente reventado y dormía profundamente. ¿Orinar en un momento en la base de uno de los pinos cercanos a la tienda? ¿Ir sola rápidamente al baño dejando al niño solo en la tienda?

Ninguna de las opciones le parecía bien. Optó por la última. Con cuidado salió de la tienda. Cerró bien la cremallera del cubículo y la segunda cremallera del porche. Esperó un minuto temiendo en cada segundo que su hijo la llamara asustado. Se mordió los labios para no orinarse encima. No sucedió

nada. El camping entero parecía dormir. Incluso se escuchaban ronquidos lejanos. Corrió todo lo veloz que pudo sin hacer ruido hasta el aseo, que estaba vacío. Ya en el aseo, descargó la cerveza y el agua todo lo deprisa que su fisiología le permitió. Pero descargar su vejiga le llevó tiempo y no quería cortar la orina para no tener que volver dentro de unas horas a repetir el viaje al baño dejando a Gonzalo solo. Allí sentada, con el único sonido del chorrillo que ella misma provocaba, sintió de una forma abrumadora y aplastante la soledad, impotencia y amargura que significaban las palabras de la recepcionista. Un adulto y un niño.

En cuanto terminó, volvió a la carrera, haciendo más ruido del que hubiera gustado. Iba con la cabeza ladeada, escuchando como una loba cuando se acerca a la madriguera después de ir de caza y de tener que dejar a sus cachorros solos. Cómo entendía ahora a las lobas... Ningún sonido salía de la tienda de campaña. Con cuidado abrió la cremallera del porche. Escuchó. Nada. Volvió a sentir la terrible soledad de un adulto solo con toda la responsabilidad de cuidar ella sola de un niño. Abrió con cuidado la cremallera del cubículo. No hacía falta encender la linterna. Gracias a la luz que se filtraba, vio a Gonzalo profundamente dormido. No se había enterado de nada. Cuando María se metió en el saco de dormir, creyó que, con la angustia que había pasado, tardaría en quedarse dormida. Pero la respiración tranquila de su hijo tuvo un efecto inmediato. Ambos soñaron con olas revoleadoras.

Capítulo 12

UN EXTRAÑO SENTIMIENTO

A la misma hora a la que María comenzó a dormirse, arrullada por la respiración de Gonzalo, una Nieves nerviosa seguía dando vueltas en la cama. Su nueva vida como madre trabajadora exigía cambios de horario y de costumbres. Tenía que pensarlo todo muy bien. Sobre todo, el tema de Pedrito y el colegio. Ella ya no podría llevarlo ni recogerlo. Tendría que recurrir a María como hacía Bárbara muchas veces con Alejandra. Pero Nieves no era de pedir favores pudiendo ordenar, y una idea le rondaba la cabeza. Era una idea loca, extraña, que estaba intentando descartar, pero que cada vez tomaba más forma en su cabeza. «Piensa en modo normal, anda, que tú puedes», le decía de vez en cuando Bárbara. En modo normal. No sabía qué era pensar en modo normal. Ella pensaba como pensaba. Como la habían educado sus padres. Con los deberes de madre de toda la vida en Castilla la Vieja. Tenía que dejar de ver la serie de Isabel la Católica.

No supo cuándo se durmió, pero a las 8:13 ya estaba con una taza de café en la mano. Ella era más de té o de café descafeinado, pero esta vez se preparó un cortado en su Nespresso. Lo que tenía que hacer y decir lo tenía que hacer y decir con mucha fuerza. Se aseguró de que Pedrito seguía dormido como un bendito. No esperaba que se despertara hasta las 9:00. Se fue a la habitación más alejada del dormitorio de su hijo por si había que gritar, y buscó en sus contactos al que tenía como alias «El Cabrón»... o sea Borja, el padre de

Pedrito. Era temprano, pero le encantaba llamarlo a horas intempestivas para pillarlo con alguna zorra, y así joderle la jodienda.

—Sí, dime.

—¿Borja? —Muy despierto estaba este. Sabía que no entraba hasta las 9:00 en la concesionaria donde vendía coches de segunda mano y siempre se imaginaba que se despertaba a las 8:55.

—Sí, ¿ocurre algo? ¿Pedrito está bien?

—Sí, está bien, ¿Por qué no iba estarlo? Está con su madre, que es como mejor puede estar el niño.

—Vale, vale, es que, como es temprano, pensé que le podía haber pasado algo.

—¿Y qué le podía pasar, eh? ¿Qué estás insinuando? ¿Que conmigo le pasan cosas? Mira, Cabrón, con quien está mal es contigo, que ya mismo estoy cogiendo la puerta y me voy a ir a ver a la juez y le digo que no vuelves a ver al niño en tu vida.

—Vale, cálmate. Y, por favor, no insultes.

—Yo estoy muy calmada. El que se tiene que calmar eres tú. Y deja de gritarme o te cuelgo. —La única que gritaba era Nieves. Gritaba bajito para que no se enterara Pedrito; era una forma de grito en el que Nieves se había especializado.

—Vale. ¿Entonces qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? ¿Tienes prisa? Estás con alguien, ¿no? ¿Acaso te molesta que la madre de tu hijo te llame para un asunto de tu hijo? ¿Pero tú qué clase de padre eres?

—No estoy con nadie, y no me molesta que me llames. Me ha sorprendido por la hora que es, nada más. Si tienes algo que decirme con respecto a Pedrito, te escucho.

—Sí, claro que tengo algo que decirte. Aunque sea algo que tú como padre deberías saber y que no te lo tenga que decir nadie. Pero, claro, tú de padre no tienes nada.—Realmente, a Nieves se le había ido la idea de por qué había

llamado a Borja. Le encantaba echarle esas broncas por móvil a horas intempestivas. Le sentaba mejor que tres horas en el gimnasio, que dos años del mono y un *gin tonic*. La dejaban relajada y feliz para el resto del día—. Por tu culpa el lunes empiezo a trabajar.

—Ah, no lo sabía. Enhorabuena.

—¿Encima te cachondeas?

—No.

—¿Te estás cachondeando de mí?

—No. Me alegro de que hayas encontrado un trabajo. Es algo bueno.

—Lo que tenías que hacer como padre responsable es no dejar de pasar la pensión. Es lo que haría cualquier padre.

—La pensión de Pedrito te la paso todos los meses y no he fallado ni un solo mes. La pensión compensatoria te la pasé durante dos años, como dijo la jueza.

—Un padre responsable no dejaría a la madre de su hijo sin dinero. Eso es maltrato.

—Vamos a calmarnos. No te dejes sin dinero. Te pasé la pensión compensatoria dos años para que te diera tiempo de reciclarte en el mercado de trabajo.

—¿Pero tú te crees que yo soy un tetrabrik para tener que reciclarme?

—No. Yo creo que eres una mujer muy inteligente con una carrera de empresariales y que te habías oxidado por cuidar del niño y por no trabajar. Para estar formada y preparada para el mercado de trabajo, necesitabas reciclarte.

—¿Me estás llamando *vieja*, pedazo de hijo de puta?

—No... y, por favor, no insultes.

—Me has dicho que estaba oxidada. No mientas.

—Laboralmente.

—Bueno, mira, que no quiero hablar con alguien como tú. Que paso.

—¿Pero qué querías decirme?

En este punto de la conversación, Nieves solía colgar sin despedirse. Pero eso era antes. Ahora era distinto. Apretó los labios y habló sin gritar... o casi.

—Que el lunes empiezo a trabajar.

—Sí, bien.

—Y que ya no podré llevar ni recoger a Pedrito del colegio por tu culpa.

—No es mi culpa.

—Que no me interrumpas cuando hablo.

—Vale.

—Que tú, que eres su padre y tienes obligaciones, tienes que llevarlo y recogerlo del colegio.

Se hizo un silencio. Nieves escuchaba a Borja pensar. «Jódete, cabrón — pensó Nieves—, si mi mundo cambia, el tuyo se derrumba. Se te acaba el chollo, se te acabaron las zorritas, se te acabó el hacer lo que te diera la gana. Ahora vas a tener un horario y no me refiero al del trabajo, sino un horario de verdad. Un horario de madre». Nieves empezaba a dudar de si Borja seguía al otro lado. Por fin se escuchó la voz del cabrón con un tono que Nieves identificó como de alegría contenida. Pero no podía ser. Le estaba jodiendo la vida y no alegrándosela.

—Vale. De acuerdo.

—¿Cómo que no?

—He dicho que sí, que vale, que de acuerdo. Yo lo llevo de tu casa al colegio y lo devuelvo a tu casa cuando termine.

—Y, como falles un solo día, escúchame bien, uno solo, me voy a la juez y no vuelves a ver a Pedrito en un año. ¿Te has enterado?

—Sí.

—Ya te mando un wasap con los horarios. —No esperó respuesta, y colgó. El cabrón no se merecía una despedida. Nieves tenía muy buena educación. Era de las que siempre saludan y se despiden, pero no al cabrón.

Con el móvil en la mano se acercó al dormitorio de Pedrito. Seguía durmiendo. No se había enterado de nada. Durante el desayuno le explicaría

que su padre lo llevaría y lo recogería del colegio. Seguro que le gustaba la idea. Al niño nunca le hablaba mal de su padre. Por nada del mundo le haría daño a su hijo a propósito. Por putear al padre alguna vez, algún fin de semana, algunas vacaciones, Pedrito se había quedado sin ver a su padre. Pero eso eran daños colaterales que ella había visto en la televisión. Lo que ella quería era dejar al padre sin ver a su hijo. Se había quedado muy a gusto después de la conversación. Por dos motivos: el primero, porque disfrutaba echándole broncas a su ex; y el segundo, porque había resuelto el problema del horario del colegio. Una sensación de alivio comenzó a invadirla... unida a un extraño sentimiento de agradecimiento hacia Borja. Pero el odio de años, un odio añejo, bien entrenado y motor de su vida, detectó inmediatamente al extraño sentimiento y lo asesinó sin piedad.

Capítulo 13

A SUS ÓRDENES, MI COMANDANTE

Cuando Nieves le preguntó una vez, a mala idea, si no se cansaba de coleccionar penes, Bárbara lo pensó un segundo. No porque no supiera la respuesta, sino porque ya ni recordaba cuándo había sido la última vez que había escuchado la palabra *pene*. «No —respondió—, de lo que sí me canso a veces es de escuchar las tonterías que dicen los que llevan penes». Esa tarde Bárbara no estaba para escuchar tonterías. En el mismo bar de la última vez, con un café en las manos, llegó a la conclusión de que la única persona de la que recordaba que seguía usando la palabra *pene* era Nieves. El camarero la miraba sonriente cada vez que entraba, y ella no tenía ni qué pedir ya que, camarero veterano de la vieja escuela, su café cargado le llegaba a la mesa cinco minutos más tarde de haberse sentado.

Esta vez la cita la había conseguido por Meetic, y había sido ella quien le había entrado a [masterandcommander45](#). Le encantaba esa película con Russell Crowe, al que adoraba desde *Gladiator*, haciendo de capitán Jack Aubrey. La foto no estaba mal. Se veía a un tipo maduro, pelo cortado al estilo militar de color negro, pero ya tirando a gris por las sienes, de rasgos duros, con mirada muy intensa. El perfil era el estándar: un hijo, divorciado, etc. Le hizo gracia la petición del muchacho: «Busco reinas, abstenerse princesas». Muy bien. Un tipo directo y que no quería niñas de cuarenta años. A ver qué te parece una reina de treinta y algo o muchos o pocos. Bárbara le entró, y el tipo fue directo

a la cita en persona. Nada de eternas conversaciones. Vale. Aquí estamos. A ver qué pasa.

Cuando entró, enseguida lo reconoció. Era igual que en la foto. Bien. Ni calvo ni bajo. Sería de su misma estatura. Botas Panama Jack, vaqueros azules, camiseta roja y cazadora negra. En el primer vistazo, ya se había ganado unos buenos puntos. El tipo se fue a la barra, pidió y, con un café en la mano, se fue donde estaba ella y le dio la mano. No dos besos, sino la mano. ¿Mal educado? ¿Izquierdoso igualitario? ¿Alguien que solo se relaciona con mujeres a través de Internet? Las dudas quedaron resueltas en cuanto hablo con voz grave y profunda.

—Hola, Bárbara, soy Javier. Perdona. Soy militar y en mi trabajo la costumbre es dar la mano, aun entre hombres y mujeres. Está mal visto darle dos besos a tu coronel.

—No te preocupes. —Directo, gracioso, militar. Bárbara estaba sumando puntos y este ya había superado la media en el primer minuto—. Te iba a preguntar a qué te dedicas, pero si eres militar...

—Bueno. En el ejército hay muchos oficios. ¿Tú eres analista?

—Sí. Analista informática.

—Mi hija está en tercero de la carrera de ingeniería informática.

—¿Tienes una hija mayor?

—Bueno, tiene 20 años. Yo no la veo muy mayor, aunque ella ya se cree una adulta.

—¿La tuviste muy joven?

—No. Con 25. Ahora tengo 45.

—No los aparentas.

—Ah.

—Era un cumplido. Ahora es cuando tú me dices que yo tampoco aparento la edad que tengo.

—No sé qué edad tienes. Eres muy guapa y, realmente, da igual si tienes treinta o cuarenta años.

—¿Tú me echas cuarenta? —Los puntos empezaron a bajar. «Arréglalo pronto; compadre que esto está cayendo en picado. Este tío no sabe tratar a una mujer».

—No. Te echo treinta y cinco.

—Exacto. Buen ojo. —Podría haber dicho treinta y dos, y todos contentos. Al menos no estaba usando la táctica del bombardeo por saturación de piropos que tantos usaban y que tampoco efecto tenía ya en Bárbara.

—Es necesario en mi oficio.

—¿Eres reclutador de modelos de lencería femenina para el ejército?

—No. Ojalá.

—Piloto de caza.

—Sí. Pero no.

—O lo eres o no lo eres. —Bárbara estaba poniéndose un poco nerviosa. Se estaba saliendo de su zona de confort, donde ella dominaba siempre las citas. Ella era la *master* y *commander* de las citas. Ella era el regalo y la otra parte contratante quien se lo tenía que ganar. Tuvo un momento fotográfico con la foto de Tom Cruise en *Top Gun* con la cara de Javier. Tragó saliva. Esta cita estaba siendo muy distinta a todas las demás.

—Siempre se es piloto de combate cuando se ha sido piloto de combate, pero ahora no es mi oficio en el ejército.

—¿Has sido piloto de combate?

—Sí.

—Has disparado con tu avión, tu caza. ¿Un F16?

—Un F18. Sí.

—¿Puedo preguntar dónde has combatido o si me lo cuentas tendrías que matarme?

—Sucedió hace mucho y, si no te lo cuento, no tendría que hacer nada contigo que no quisiéramos hacer los dos.

—Ahora mismo no me apetece mucho que me mates. —Bárbara sonreía. Un militar con esa esgrima dialéctica... de nuevo comenzaba a sumar puntos. No

recordaba la última vez que un hombre le había gustado tanto en la primera cita—. ¿Alguna pista para saber tu oficio actual?

—Mi nick en Meetic.

—¿Masterandcomander45?

—Sí.

—Eres maestro y comandante y tienes cuarenta y cinco años.

—Buen análisis. Comandante es mi rango actual y soy instructor de vuelo para los cadetes de la academia del ejército del aire. Ahora estoy destinado en Cuatro Vientos. Voy y vengo a León, donde está la academia.

—Vaya. Impresionante. —Bárbara no supo qué decir por primera vez en mucho tiempo. Una alarma se encendió en el panel de control de su cabina de vuelo. Ese tipo le estaba gustando demasiado. Decidió accionar el botón de eyección que lanzaría su asiento por los aires, lejos del peligro, para aterrizar más tarde cómodamente gracias al paracaídas. Se lo pensó, pero por fin soltó la bomba de efectos autodestructivos—. ¿Quieres follar?

—Claro. Pero nunca en la primera cita. Además, he quedado con mi hija para ir al cine.

—Ahm. —El tipo en esa respuesta había acumulado todos los puntos. Bárbara se sabía indefensa y desarmada. Ahora era cuestión de que el comandante no se diera cuenta.

—Todos los años mi hija y yo tenemos la costumbre de ir al estreno de la película que sacan de *Star Wars*. Somos fans. Llevamos diez años con esta tradición. De hecho, debería ir yéndome. Te paso mi móvil. Hablamos por wasap y quedamos otro día para cenar. ¿Te parece bien?

—A sus órdenes, mi comandante —dijo Bárbara mientras se llevaba la mano a la sien imitando el saludo militar.

—No se saluda así sin gorra —le dijo Javier con una sonrisa. No era un reproche, sino un dato informativo. Bárbara notó cómo se ponía colorada.

El intercambio de números de móvil fue rápido y eficaz. Al despedirse, Javier no le dio la mano, sino un pequeño beso en los labios a Bárbara. Sin

lengua. Apenas un roce. Al parecer el piloto de combate sabía acelerar. Bárbara se pidió otro café antes de subir al trabajo. Quería analizar qué había pasado en esa cita y, sobre todo, quería dejar de sonreír como una gilipollas.

Capítulo 14

AFORO MÁXIMO

Al despertarse, María se sintió muy bien. Aún estaba cansada, pero había dormido profundamente. Gonzalo a su lado seguía dormido, y María no pudo evitar mirar a su hijo. La paz y tranquilidad de su rostro era un alimento de energía pura para María. Gonzalito se sintió observado y abrió los ojos.

—¿Nos vamos a la playa?

—Sí. Pero primero vamos a desayunar.

—¿Cereales con leche y zumo de naranja como siempre?

—Zumo de naranja, sí, pero vamos a comer tostadas con aceite.

—¿Solo con aceite?

—Sí. Está muy rico. Andalucía es el país del aceite.

Había una pequeña cola en el bar, pero María imaginó que el grueso de los desayunantes vendrían más tarde. Los camareros eran rápidos y eficaces. A las 11:30 ya estaban camino a la playa. El mar seguía helado, pero apenas había olas. Tampoco había ni rastro del hombre alto de nombre raro que María aún no se atrevía a preguntar a Gonzalo. Lo pasaron muy bien esa mañana, pero a las 13:30 el sol ya achicharraba y la arena quemaba. Optaron por una retirada estratégica. María empezaba a cogerle el punto a los horarios y supuso que el bar estaría lleno a partir de las 14:30. No se equivocaba, y ellos tuvieron que esperar de nuevo cola, pero tampoco mucha. A cambio disfrutaron de un menú a base de macarrones con tomate, pescado a la plancha y fruta.

—¿Vamos a la playa?

—No. Ahora hace demasiado calor y el sol es peligroso.

—Me echas crema.

—Aun así.

—Me echas mucha crema.

—Que no. Ni te imaginas lo que duele que te quemes por el sol. Ahora a la tienda a echarnos la siesta. A las cinco vamos a la piscina y luego a la playa.

—Qué rollo. No tengo sueño.

—Pues ve una película en el portátil.

—Está casi sin batería.

—Pues mira vídeos en Youtube en mi móvil.

—A tu móvil le queda una rayita de batería.

—Entonces no.

—Me aburro. La siesta es para niños pequeños y mamás.

—Lee.

—Eso es por la noche.

—Los libros no necesitan electricidad.

—Me voy a aburrir.

No se aburrió. María entró en un duermevela pero Gonzalo, terminadas las aventuras de Robinson Crusoe, acompañó a Robin Hood durante sus aventuras en el bosque de Sherwood y no se aburrió en absoluto. A las cinco se fueron a la piscina. Era una piscina circular al lado del bar pero, cuando llegaron, la piscina había desaparecido. Donde debía estar la piscina había más de cien personas chapoteando con dificultad. Dentro del recinto vallado, María leyó «Aforo máximo: 150 personas» y juraría que allí había 148. Tras la ducha reglamentaria, bajaron con cuidado la escalerilla. Nada de tirarse si no quería uno aterrizar en la barriga de un bañista o en la calva de un nadador. Gonzalo tenía las gafas de bucear e insistió en bucear en la piscina. ¿Cómo? Al final María iba caminando, a veces de lado, mientras que Gonzalito la seguía bajo el agua. Parecía la guardaespaldas de un pequeño youtuber abriendo paso a la

celebridad entre una avalancha de admiradores. Algunos niños pequeños saltaban a la piscina pese a las advertencias de sus madres, que siempre intentaban atraparlos sin éxito. Normalmente acababan estrellados unos contra otros en el aire o unos saltadores contra unos nadadores o unos saltadores contra unos buceadores. María llegó a ver una colisión triple entre un saltador de no más de tres años con una nadadora de unos cuatro y con un buceador de cinco. Todos lloraron, y sus respectivas madres se enzarzaron en una discusión a ver quién tenía la culpa. Se pusieron de acuerdo en que la culpa era del socorrista. Un tipo sin afeitar de unos veinte años, con cara de amargado, que lo veía todo de una silla alta y estaba resignado a ganarse todas las broncas de todas las madres. María supuso que tendría un plus de peligrosidad en la nómina, y no por la profundidad de la piscina de metro cincuenta en su parte más profunda.

Su límite de rozamientos con señoras y señores desconocidos, y además en traje de baño, había superado con creces el récord anual cuando María decidió que ya era hora de irse a la playa. Gonzalo protestó:

—Yo me lo estoy pasando bien.

—Me alegro. Vamos a la playa, pero en el supermercado te voy a comprar una cometa.

—¿Una qué?

María tomó nota mental de que debía introducir en la vida de Gonzalito más actividades que no necesitaran electricidad. El estar acampados sin electricidad había comenzado siendo un problema, pero estaba empezando a ser una oportunidad para desintoxicarse de tanto cacharro.

La tarde en la playa fue muy bien. No hubo olas revoleadoras. Gonzalo jugó durante horas. Haciendo castillos de arena. Con la pelota. Con la colchoneta... pero estaba entusiasmado con la cometa. Entusiasmado y feliz. María, con disimulo, intentó localizar al hombre alto, pero no lo vio por ningún lado. Pensó durante un buen rato cómo sacarle el nombre del hombre alto a Gonzalo, pero no se le ocurrió ninguna buena idea. Cuando el sol tocó el horizonte,

María recogió la sombrilla y colocó todo en la bolsa de Ikea pese a las protestas de Gonzalo, que quería quedarse más tiempo. Las protestas cesaron en cuanto María le recordó las colas en las duchas. Había que irse pronto para evitarlas.

Aunque la operación ducha no fue tan lenta como la noche anterior, el camping se estaba llenando de sevillanos que huían desesperados de las altas temperaturas de la ciudad. Esa tarde-noche, la llegada masiva de refugiados climáticos convenció a María de que al día siguiente debían marcharse. Iban a estar tres días en la playa, pero con dos era suficiente. Le costó convencer a Gonzalo.

—No quiero volver a Madrid. Me gusta la playa. Quiero vivir aquí.

—No vamos a Madrid todavía. Primero vamos a ir a un albergue en un pueblo que se llama *El Bosque*.

—¿Y eso dónde está?

—En la sierra de Cádiz, a dos horas de aquí.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—Vivir una gran aventura.

No se imaginaba María lo certero de sus palabras. Esa noche después de cenar, pasó por recepción y pagó la estancia. Durante la cena bebió lo menos posible y, antes de dormir, se obligó a orinar todo lo orinable. De todas formas, a las 3:33 de la madrugada tuvo que repetir la misma operación de salida nocturna. Gonzalito tampoco se enteró de nada.

A la mañana siguiente tenía prácticamente recogido el campamento antes de desayunar, por lo que a las 10:00 salieron del camping. Fue muy buena idea haber pagado la noche anterior. Colas de desesperados sevillanos luchando por entrar y encontrar algo de sombra en el camping hacían presagiar que la amable recepcionista iba a estar muy ocupada esa mañana. Se despidieron del mar y enfilaron rumbo a Sevilla, donde de nuevo se quedaron atascados en el Puente del Quinto Centenario. De nuevo todos los presentes estaban recordando poco amablemente la familia del responsable de ese cruce Norte-

Sur, Este-Oeste y la poca previsión que hacía que todos los días se formara un gran atasco en ese puente. Pobres sevillanos.

Les llevó poco más de dos horas llegar al pueblo de El Bosque y fue como llegar a otro mundo. Nada que ver con la costa ni con los campos de olivos y trigos que habían atravesado. Aquello era una sierra frondosa. El albergue estaba al pie de un río. De hecho, era un antiguo molino. El pueblo de El Bosque hacía honor a su nombre de tanto árbol como lo rodeaba. Dejaron el equipaje en la habitación, con cuarto de baño. Bien. Se sonrieron al ver una piscina enorme y sin apenas gente. Bien. Llenaron las cantimploras y María se echó al hombro una pequeña mochila que había conocido mejores tiempos. Se sentía de nuevo scout y a punto estuvo de ponerse al cuello la pañoleta típica de su grupo. Había pensado hacer el camino del río hasta el pueblo de Benamahoma, unas cuatro horas. Pero se lo pensó mejor. Tenía en la mochila un pequeño libro de senderismo por la sierra de Grazalema, que era donde se encontraban, y había leído sobre una ruta un poco más potente, de unas seis horas. Pero eran las 12:00. Tenían luz de sobra. Así que se montaron de nuevo en el coche y en media hora aparcaron en una zona de merenderos un poco más arriba de Benamahoma. Estaban en el corazón de la sierra. María sacó el libro con las rutas, la brújula, unos prismáticos, y le explicó a Gonzalo en qué consistía ese camino que iban a hacer. Era un sendero circular. Siempre había que ir hacia la derecha, y en unas horas estarían de nuevo en el coche. Incluso María le indicó a Gonzalo por dónde aparecerían dentro de unas horas. Una puerta de una valla que impedía que las cabras payoyas, las cabras típicas de la sierra de Grazalema, que pastaban libres y salvajes, se escaparan e hicieran autostop camino de la playa. El niño estaba encantado. Una verdadera aventura por la sierra. Como las que hacía su madre cuando era joven y acerca de las que tantas veces le había contado. Aunque María le había contado muchas de sus aventuras de cuando era scout, se había guardado mucho de contarles aquellas en las que no todo era divertido. Pronto no iba a tener que hacerlo, ya que Gonzalo iba a experimentar lo que era una aventura nada

divertida.

Capítulo 15

EL CAMINO DE LAS CABRAS

María llevaba dos bastones de caminante con una hermosa punta de acero. Se repartieron uno para cada uno y comenzaron el camino siguiendo un riachuelo sierra arriba. Estaban dentro del típico bosque de galería que en su mayor parte era un frondoso quejigal, helechos, aulagas, madroños, etc. María iba leyendo la reseña en el libro de senderos que se había llevado. Entre sus habilidades scout no se encontraba el reconocimiento de árboles. Al poco de caminar vieron a su derecha un edificio abandonado y semiderruido. Gonzalo decidió explorarlo, aunque María le prohibió entrar porque medio techo estaba caído. Muchos pájaros entraban y salían de la casa abandonada. Vencejos y pinzones en su mayor parte. María tampoco contaba entre sus habilidades scout el reconocimiento de aves así que, sin pudor alguno, lo leía del libro. Mas arriba el camino se bifurcaba.

—Siempre a la derecha —dijo María—. Es un sendero circular, siempre a la derecha y daremos una vuelta completa hasta el aparcamiento de donde hemos salido.

—¿Tardaremos mucho? —preguntó Gonzalo, que había asumido el papel de explorador e iba siempre delante de María.

—No. Un rato. Tengo comida y agua en la mochila; paramos cuando quieras. ¿Estás cansado?

—No. Es que quiero ir a la piscina.

—Disfruta, enano. Este momento es increíble; ya habrá tiempo de piscina.

—Mamá.

—¿Qué?

—Que no me llames *enano*. Soy un niño grande.

—Vale. Tira por el camino de la derecha, explorador.

Así que tomaron el camino de la derecha. Siempre a la derecha. El camino de tierra daba paso a un camino de piedras. Un empedrado humano irregular que, según leía María, se debía a que aquel era el camino de Grazalema a Arcos de la Frontera. Un camino de mulas usado desde los tiempos de los romanos.

—Este camino lo hicieron los romanos.

—Venga ya.

—Que sí. Lo pone en el libro.

—Guay. ¿Los romanos son los del acueducto de Segovia?

—Sí.

—Guay.

Estaban ganando altura. El camino era cuesta arriba, y ya veían mucha sierra a sus pies. Pasaron al lado de un enorme pinsapo. María se detuvo y le explicó a Gonzalo que los pinsapos eran una especie de abeto muy rara que solo crece en la sierra de Grazalema. Que no los hay en el norte de España, que es donde más abundan los abetos. Gonzalo miró al pinsapo sin darle mayor importancia. Justo a su altura pasó un águila enorme, que giró la cabeza para verlos mejor.

—Mamá, ¿has visto ese pájaro? Es enorme y va superrápido. ¿Qué pájaro es?

—Un águila. — No hacía falta ser una experta en aves para saber que aquella era un águila. María también estaba asombrada y encantada. Había pasado a cinco metros a su izquierda, a su misma altura, y la mirada había sido brutal.

—¿Y qué estaba haciendo?

—Cazando, supongo.

—¿A nosotros?

—Si pudiera, sí. Pero somos demasiado grandes para ella.

—Y peligrosos —dijo Gonzalo a la par que empuñaba el bastón de caminante como si fuera una lanza.

—Sí, y peligrosos.

—¿Hay más animales peligrosos aquí? ¿Lobos y osos?

—No. Lo más peligroso aquí son los perros salvajes. Perros abandonados que se unen en una jauría y se vuelven salvajes. También los perros de las fincas con cabras. Pero esos deberían estar atados. Quizás haya jabalíes. Pero lo que sí hay son zorros y murciélagos.

—Los zorros no son peligrosos, y los murciélagos solo salen de noche y son pequeños.

—Pues atento, entonces, a las águilas y a los perros salvajes.

—Vale.

Gonzalo estaba encantado. Estaba viviendo una verdadera aventura. Con animales peligrosos. Caminos perdidos de antiguas civilizaciones. Era un explorador aventurero, valiente y fuerte. No estaba en el salón de su casa o en el parque imaginando una aventura. Estaba viviendo una aventura real en un sitio real donde pasan las aventuras reales.

—Mamá, he encontrado una huella de un animal peligroso —dijo Gonzalo a la par que se quedaba muy quieto, cual perro de caza, señalando con su bastón de caminante, alias «la lanza», a una huella en el suelo.

—Parece la huella de una cabra.

—Las cabras no son peligrosas.

—Depende. Si una mamá cabra está con su hijo cabrito y te acercas, te puede atacar con sus cuernos para defenderlo. ¿Por qué te ríes?

—Has dicho *cabrito*.

—Sí. El hijo de la cabra es el cabrito.

—Cabrito, cabrito, cabrito, cabrito.

—Vale.

—Es que entonces Pedrito es un cabrito.

—No digas eso. ¿Por qué dices eso?

—Es que la mamá de Pedrito llama a su papá *cabrón*, que es el papá del cabrito, ¿no?

—Sí, no, más o menos. Normalmente se lo llama *macho cabrío*.

—Ah, pues así nunca ha llamado la mamá de Pedrito a su papá.

—Ya imagino. Bueno. A ver, explorador, viendo esta huella, ¿para dónde crees que iba la cabra cuando pasó por aquí? —Entre las habilidades scout de María sí estaba el rastreo. Especialmente de huellas de animales. Podía identificar una decena de especies diferentes solo por su huella.

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Mirando la huella. Se llama *rastrear*. Es la ciencia de aprender a ver en la naturaleza, y así obtener información.

—Eso suena a deberes del colegio, mamá, y estamos de vacaciones.

—De hecho se cree que es la primera muestra de ciencia del ser humano. Cuando éramos prehistóricos y vivíamos en cuevas, aprendimos a rastrear de una forma científica, para aprender dónde estaban los animales para cazarlos.

—¿Vamos a vivir en cuevas? ¿Vamos a cazar? ¿Vamos a ser «prehistorios»?

—Prehistóricos. No. A lo mejor vemos alguna cueva. Aquí hay muchas. Pero no vamos a cazar. Vamos a abrir los ojos y ver las huellas de los animales y aprender que nos dicen esas huellas. Esa huella de cabra dice para dónde iba la cabra.

—Venga ya.

—Que sí. Mira. ¿Ves que son como dos dedos pero que por una parte está más en punta y la otra más redondeada?

—Sí.

—La punta es la parte delantera de la pezuña de las cabras.

—Entonces la cabra iba hacia adelante en el camino.

—Sí. Buen explorador.

—Voy a seguir buscando huellas, mamá.

—Sí, pero no te pares mucho. Ya verás cómo encontramos un montón. Además, busca no solo huellas, sino otras pistas para rastrear: ramas rotas, piedras sueltas. Algo que no sea natural y que esté en el campo es una buena pista para rastrear.

El explorador detective prehistórico se adelantó unos metros. Lo miraba todo. El suelo, el cielo, los árboles. No tardó en hacer un gran descubrimiento.

—Acabo de encontrar una pista importante y que da información muy clara.

—¿Qué información?

—Que aquí ha cagado una cabra. La cabra de antes que vino por aquí tenía ganas y ya está. Aquí hay un montón de caca.

—Vale. Buen explorador. ¿Pero sabes que por la caca también se puede saber que tipo de animal es el que ha estado aquí y cuánto tiempo hace que pasó por aquí?

—¿Y esta caca de qué es?

—De cabra.

—Lo sabía.

—Sigamos, anda, que vamos muy lentos.

Alcanzada la cota más alta, comenzaron un suave descenso hasta llegar a la carretera que va de Benamahoma a Grazalema. Con cuidado la cruzaron y se encontraron con una cancela y con una valla. En el libro de senderismo se decía que había que buscar una angarilla o portilla a la derecha de la cancela. Efectivamente, había como una especie de ventana enrejada que se levantaba a medio metro del suelo, con un sistema de bisagras para alzarla. Imposible de levantar y sostener para una cabra. Difícil para un humano.

—¿Vamos a entrar a robar?

—No. Viene en el libro. Esto es tierra común. No es de nadie en particular. De hecho se puede entrar. Pero la valla es para que no se salgan las cabras. Las cabras de aquí se llaman *payoyas* y dan un queso muy rico, pero están en libertad. O casi. Las vallas son para que no salgan a la carretera.

—Cabras salvajes peligrosas.

—Sí.

El camino ya era completamente de tierra y se volvía ancho. Por ahí pasaban vehículos a motor. Gonzalo se entretuvo identificando las distintas huellas de los distintos neumáticos. Pasaron al lado de algunas granjas de cabras sin granjeros, pero con perros que les ladraban al pasar. Llegaron a uno de los puntos clave del sendero. Una pareja de eucaliptos. Árboles australianos. Extranjeros que contrastaban en aquel entorno de bosque mediterráneo. Allí se pararon a comer barritas energéticas y zumo. María se entretuvo en enseñarle a Gonzalo el uso de la brújula; llevaba dos: una para cada uno. A Gonzalo le encantó eso de que siempre señalara al norte y de cómo poder orientarse con una brújula y un mapa. Entre las habilidades scout de María, la orientación siempre había sido una de sus mejores cualidades. Una vez descansados y alimentados, continuaron. Ya era mediodía y, aunque hacía algo de calor, era soportable gracias a la sombra de los árboles y a la brisa serrana. Entonces llegaron a un cruce de caminos, aunque de camino tenía poco. Más bien sendero de cabras.

—Qué raro —dijo María.

—¿El qué es raro, mamá?

—Que el camino es circular. Siempre hay que ir a la derecha. Según la brújula, hemos ido desde hace rato hacia el oeste y ahora deberíamos ir al norte. En este cruce de caminos de cabra, habría que ir a la derecha.

—Mi brújula dice que el norte es a la derecha del camino. ¿Y la tuya?

—El norte es el norte. Todas las brújulas señalan hacia el mismo sitio.

—Pues ya está. ¿Qué es lo raro?

—Que el libro del sendero dice: «En ese cruce continuaremos por la izquierda».

—Entonces hay que ir por la izquierda.

—Pero...

—Lo dice el libro. Lo que dice el libro se ha ido cumpliendo siempre.

—Ya, pero...

—Mamá, ¿quién va a saber más? ¿Tú, que es la primera vez que vienes, o el que ha escrito el libro?

—La brújula dice que el norte es por la derecha; según el mapa, ahora deberíamos ir al norte. El camino es circular siempre por la derecha.

—Mamá. El tío del libro no se puede equivocar, o no le dejarían escribir un libro.

—Ya. A lo mejor más adelante es cuando hay que ir a la derecha.

—Yo quiero irme ya a la piscina. Ha sido una buena aventura, pero quiero bañarme.

—Vale. Le haremos caso a lo que dice el libro. Vamos por el camino de la izquierda.

Ese momento lo recordarían los dos toda su vida. El camino de las cabras sería la aventura que marcaría ese viaje. También en ese momento el autor del libro acababa de enviar por e-mail a la editorial las correcciones para la segunda edición. Donde, entre otras erratas, en la página 160 rectificaba la frase errónea: «En ese cruce continuaremos por la izquierda» por la frase original y correcta. «En ese cruce continuaremos por la derecha». Él había enviado bien el texto, pero en la última corrección de la editorial debió bailar un «izquierda» por un «derecha». El autor confiaba en que nadie se hubiera perdido por ese error. En ese instante una mamá y su hijo se estaban perdiendo por un error de corrección.

Capítulo 16

NO ESTAMOS PERDIDOS

—**E**stamos perdidos.

—No, Gonzalo. No estamos perdidos. Es solo que no estamos donde deberíamos estar.

—¿En qué parte del mapa estamos?

—En el libro solo aparece un mapa pequeño con una parte pequeña de la sierra. Solo la parte del sendero que teníamos que hacer.

—Bueno, ¿y en qué parte del sendero estamos? ¿En qué parte del mapa pequeño estamos?

—Nos hemos salido del mapa. Tenemos una colina a la izquierda y una colina a la derecha. Según el mapa, no tendríamos que tener una colina a la izquierda, sino un valle.

—Estamos perdidos.

—Que no. No estamos perdidos. Es solo que no estamos donde deberíamos estar. Estamos a un dedo a la izquierda del mapa. Ahora saldrá un camino a la derecha y en quince minutos estaremos en el coche.

—Eso dijiste hace media hora.

—Camina.

Había pasado una hora desde que en el cruce por el que había que ir a la derecha fueron a la izquierda siguiendo las indicaciones erróneas del libro. En contra de la brújula y del sentido de orientación de María. El camino que

siguieron era un camino de cabras, más tarde sendero y, en ese momento, apenas un hilillo de tierra entre arbustos y árboles. Seguían un cauce seco de un arroyo y se estaban llenando de arañazos y polvo. El cansancio se les acumulaba, y María comenzaba a racionar el agua, que llevaba en abundancia. Gonzalo iba a la cabeza, pero ya no se detenía tanto a rastrear, sino que seguía caminando dando algún que otro traspié en el terreno irregular.

—Mira, mamá. ¿Esto qué es? ¿Una tumba?

Lo que Gonzalo acababa de descubrir en un recodo del sendero era una cruz de piedra del tamaño de un hombre. En la base de piedra se podía leer: «Aquí murió Ezequiel González, 02/03/85».

—¿Aquí hay un muerto, mamá? —preguntó Gonzalo tras leer el texto en voz alta.

—No. Qué va. Ahí pone que aquí murió. Pero no que está aquí enterrado. Eso está prohibido. Los muertos se entierran en los cementerios. Esto es como un recuerdo de que alguien murió aquí.

—Alguien no. Ezequiel González.

—Sí. Ezequiel González.

—¿Y de qué murió? ¿Lo asesinaron? ¿Lo devoraron los animales peligrosos?

—No. No lo pone, pero seguro que era un viejecito y se murió de viejecito.

—Yo creo que lo mataron los animales peligrosos.

—No. Yo estoy segura de que no. Anda, sigue a ver si encontramos ya el desvío hacia la derecha.

Vaya ocurrencia poner esa cruz en mitad de un camino. Menos mal que eran las cuatro de la tarde, y no las doce de la noche, porque el susto hubiera sido importante. En cualquier caso, aquella aventura empezaba a no ser divertida. Hacía más de media hora que debían haber llegado al aparcamiento. Tendrían que haber cogido el camino de la derecha. María se dio media hora más de seguir ese sendero antes de volver por donde habían venido. Una buena scout sabe que no está perdida si puede volver sobre sus pasos a un sitio localizado.

Ella volvería atrás, hasta los dos eucaliptos que eran el punto de referencia correcto antes de seguir bien las indicaciones del libro, pero no de hacer caso de su sentido de la orientación. En ese momento a su izquierda se escuchó un ruido enorme de movimiento de matorrales.

—¿Has escuchado eso, mamá?

—Sí.

—¿Será el fantasma del muerto?

—No. Los fantasmas no hacen ruido. —María no sabía de fantasmas, pero la explicación convenció a Gonzalo. Se volvió a escuchar un ruido en los matorrales de la izquierda. Era un ruido demasiado grande para que lo hiciera un animal pequeño. María se preocupó. No le quiso explicar a Gonzalo que el animal más peligroso que te podías encontrar en la sierra era el hombre—. Espera, Gonzalo. Quieto.

El ruido se hizo cada vez mayor. Aquello que se movía hacia ellos era muy grande, incluso para ser un hombre. Los matorrales se movían a su izquierda cada vez más rápido. Lo que sea que hacía ese ruido aparecería en cualquier momento. El valiente Gonzalo agarró su bastón de caminante como si fuera una lanza. Pero María lo agarró con su mano izquierda por la camiseta y se lo colocó a su espalda sin soltarlo. Con la mano derecha empuñó su bastón como si fuera una espada. Apuntando a lo que fuera a salir por los matorrales. No era la indefensa «un adulto y un niño» del camping. Era una loba defendiendo a su cachorro. Una mujer que no iba a permitir que nada malo le sucediera a su hijo.

Las tres cabras aparecieron de golpe. Los miraron y siguieron su camino campo a través.

—¡Me cago en vuestra puta madre! ¡Cabronas! ¡Cabras de mierda! ¡Menudo susto nos habéis dado! ¡Hijas de puta! ¡Cabra puta! ¡Putra Cabra! —estalló María en un alarde de insultos muy impropio de ella.

Las cabras apresuraron el paso sin entender el enfado de la humana, ya que ellas tenían claro que no habían infringido ninguna ley caprina y creían que

tampoco ninguna ley humana. Aunque los humanos están locos y, cuando se enfadan, es mejor alejarse o se la comen a una. María soltó el bastón de caminante y se abrazó a Gonzalo, al que cubrió de besos, que el niño no rechazó. Gonzalo se estaba riendo.

—Mi niño. Eres un valiente. El niño más valiente del mundo mundial. Y encima te ríes. Eres increíble, Gonzalo. Estoy muy orgullosa de ti. ¿Pero de que te ríes? ¿No estabas asustado?

—Sí. No. Yo no tenía miedo. Es que has dicho *puta*.

—Ya.

—Putas, putas, putas, putas, putas, putas cabras.

—Vale. No digas *tacos*.

—Tú lo has dicho.

—Ya. Perdón.

—A mí no, a las cabras.

—Perdón, cabras. Anda, bebamos agua y sigamos. Queda poco de esta botella, pero las otras dos están llenas.

Las cabras escucharon las palabras de disculpa de María y respondieron con un «Beeeeee» que, traducido, quería decir: «Anda y que te den, tía loca.» No se quedaron para seguir la conversación porque creían que los humanos las entendían. Cosas de cabras que están como unas cabras.

El camino se fue estrechando aún más. Al poco, un muro de piedra y alambres los fue acompañando a su derecha. A la media hora, en el muro se encontraron una puerta cerrada con un alambre.

—Espera, Gonzalo. Vamos a seguir por aquí. No se ve que este sendero lleve al aparcamiento que debe estar a la derecha. Por esta puerta vamos a la derecha. A partir de ahora vamos a hacerle caso a la brújula, y no al libro. El tío del libro se va a enterar cuando llegue a Madrid.

—¿Por qué no miras en Internet a ver dónde estamos? Mira en Google Maps.

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué? ¿Dónde estamos?

—No hay cobertura.

—¿Qué es eso, mamá? ¿Qué es que no hay cobertura?

—Que el móvil no funciona.

—¿Pero tiene batería?

—Sí. Pero no se conecta para comunicarse. No tiene cobertura. Debemos estar en un valle sin cobertura. No hay señal en el móvil.

—Es la primera vez en mi vida que estoy sin cobertura.

—No pasa nada. No te preocupes.

—Estamos perdidos y sin cobertura.

—Que no. No estamos perdidos. En el peor de los casos volvemos sobre nuestros pasos. Tenemos mucha agua. El agua es lo más importante. Ya esta abierta la puerta. Anda, pasa y hacia la derecha.

Encontraron por fin un camino más amplio. Se notaba que aquella parte era zona de cabras. Unas huellas de neumáticos en el suelo tranquilizaron a María. Pero a su derecha seguía habiendo una inmensa colina que no conseguían rodear. Estaba segura de que tras esa colina estaba el aparcamiento pero, caminando por su base, se alejaban más en vez de acercarse. Atravesarla campo a través con Gonzalo no era una opción. Al poco vieron una casa rodeada de una valla, con sus cabras en una cerca, su perro ladrando y un coche en la puerta. Civilización al fin. Ellos estaban en la parte trasera de aquella casa de campo, que se veía muy antigua, pero no abandonada. María se apoyó en una pequeña puerta con candado.

—¡Hola! ¡Holaaaaaaa! ¿Hay alguien? —gritó María, que estaba convencida de que todo se arreglaría a partir de ese momento.

Una mujer anciana (debía tener más de setenta años) apareció por una esquina con un pequeño perro, que les ladraba a conciencia. Con el pelo blanco recogido en un moño y con la cara llena de arrugas, llevaba un vestido negro desteñido y unas chanclas. Lentamente se acercó a ellos. No dijo nada cuando se detuvo al otro lado de la puerta. Solo silbó. Un silbido corto

dirigido al perro que dejó de ladrar, pero no les quitó ojo de encima.

—Hola, señora. Buenas tardes. Verá, es que estamos haciendo senderismo y hemos dejado el coche en los Llanos del Campo. El área recreativa Los Llanos del Campo. Aquí al lado en Benamahoma. Y parece que nos hemos desviado un poco del camino. ¿Nos puede decir cómo llegamos al aparcamiento?

—Los Llanos del campo está muy lejos. Tienen que «trasmochar» por ahí —dijo la mujer señalando la colina.

—¿Trasmochar?

—Sí. No hay camino.

—Ah. Ir campo a través. Es que el niño está muy cansado; no sé si es buena idea.

—Por el otro lado de la casa sale el camino a Ubrique.

—¿Ubrique? Pero ese pueblo está muy lejos de Benamahoma. Nosotros queremos ir a Benamahoma.

—Ubrique está más cerca que Benamahoma.

—No. No puede ser. —María abrió el libro por la parte del mapa y se lo mostró a la mujer—. Por favor, dígame dónde estamos en el mapa. Lo mismo nos hemos salido un poco del mapa, pero no podemos estar tan lejos. ¿Me puede decir dónde estamos en este mapa?

—No. No sé lo que pone ahí. No sé leer.

María supo que era verdad en cuanto procesó adecuadamente las palabras de la mujer. Estaban en la Andalucía profunda. La Andalucía de campo. En lo más profundo de una sierra inhóspita. Esa mujer debía tener más setenta años, quizás ochenta. De niña debió acompañar a su madre a las tareas del campo. Ningún pueblo cerca. Ningún colegio cerca. La democracia debió cogerla con cuarenta años, así que sus primeros cuarenta años los debió vivir en la dictadura franquista. Cuando el campo andaluz vivía una pobreza endémica. Una pobreza que se pasaba de padres a hijos. Sin tiempo ni ganas para las clases para adultos, que la Junta de Andalucía había repartido por las

comarcas rurales en los años ochenta. Se había quedado sin saber leer. ¿Total para qué? Para criar cabras no le hacía falta. María miró a Gonzalo, que tenía los ojos muy abiertos. La diferencia entre ese niño y la niña que fue esa mujer era de siglos. Parecía que habían atravesado un túnel en el tiempo y hubieran salido en la mitad del siglo XIX. Ya masticaría más tarde esa historia. Ahora había que salir de allí.

—He visto un coche en la parte delantera. ¿Hay alguien en su casa que nos pueda llevar? Le pagaré la gasolina.

—No. Es de mi hija, pero está enferma.

—Ahm. ¿No podría llevarnos?

—No. Pero, si van por el camino a Ubrique, llegan en una hora.

—A Ubrique.

—No. A la carretera de Ubrique. Después media hora a Ubrique.

—¿El camino a la carretera de Ubrique está bien? ¿No tiene pérdida?

—Sí. Es un camino de coches.

—Pues vamos a hacer eso, Gonzalo. Una horita de nada andando hasta una carretera, y allí seguro que alguien nos lleva al albergue. ¿Nos puede dar agua, señora?

—Sí.

La mujer abrió el candado con una llave de un manajo que sacó de un enorme bolsillo. María agarró a Gonzalo de la mano y lo mantuvo siempre a su lado hasta que salieron de la casa. El perro los olisqueó, pero no hizo nada más. Siguieron a la mujer mientras María hacía comentarios agradables de la miserable granja, a los que la mujer no respondió. Al llegar a la parte delantera de la granja, el aspecto no mejoraba. Gonzalo se mantuvo extrañamente silencioso. Con una manguera María llenó las tres botellas de agua, aunque primero hizo que tanto Gonzalo como ella bebieran hasta reventar. De la parte delantera salía un camino de tierra amplio. Sin posibilidad de pérdida.

—¿Por ahí?

—Sí.

—¿En una hora llegamos a la carretera de Ubrique?

—Sí.

—Muchas gracias, señora. Ha sido usted muy amable. Muchas gracias.
Adiós.

—Adiós.

María estaba todavía un poco en shock tras aquel encuentro. Pero bueno. Ese camino se veía transitado y lo mismo pasaba un coche que los llevara a El Bosque. En cualquier caso, la sensación de no saber dónde estaban ya había desaparecido. Tardaran lo que tardaran, llegarían al albergue, y ya vería cómo recuperaría su coche. Comenzaron la caminata a buen ritmo.

—Había una mujer en la casa —rompió Gonzalo su mutismo.

—La mujer mayor, sí, claro.

—No. Otra mujer.

—¿Qué otra mujer?

—Sería la hija que decía la anciana. Se asomó a la ventana cuando tú no mirabas. Llevaba un camisón blanco. Te miró mucho rato y luego me miró a mí.

—Estás de broma.

—No. Te giraste y se escondió dentro de la casa y ya no volvió a salir.

—Vaya. ¿Te dio miedo?

—No. Me dio pena. —Gonzalo estaba muy serio—. ¿Es verdad que esa mujer mayor no sabe leer ni escribir?

—Sí. Sí que es verdad.

—¿No fue al colegio? ¿Tú dices que ir al colegio es obligatorio?

—Sí. Ahora sí. Pero, cuando esa mujer era niña, no era obligatorio, y muchos padres pobres no podían llevar a sus hijos al colegio. Probablemente tuvo que empezar a trabajar de niña.

—¿Como los niños de la India?

—Sí. Como los niños de la India. España no era muy diferente a la India

hace cincuenta años. Los pobres son iguales en todas las partes del mundo. Eres un niño afortunado, Gonzalo. Tienes suerte de ir al colegio, y aprender a leer y a escribir y matemáticas.

—Aprender matemáticas no es tener suerte; no te pases, mamá.

—Seguro que esa mujer hubiera querido ir a un colegio como tú y aprender matemáticas.

—Da mucha pena.

—Sí.

—¿Falta mucho?

—No.

Una hora más tarde, María estaba convencida de que ese camino los llevaría a la carretera entre Ubrique y El Bosque, pero que hacerlo en una hora andando era cosa de deportistas de élite. Gonzalo estaba agotado. Menos mal que agua no les faltaba y de vez en cuando se sentaban a la sombra de un árbol a comerse una barrita energética. Tras media hora más de caminata, llegaron a la carretera. Recuperada la cobertura en el móvil, María pudo ver por fin en Google Maps dónde se encontraban y el error de aquel cruce de caminos cuando en vez de a la derecha, como dictaba la brújula, cogieron a la izquierda, como decía el libro. Habían recorrido unos 15 kilómetros desde que habían dejado el coche. Tras un par de intentos infructuosos de hacer autostop, con un Gonzalo cada vez más agotado, María tiró de recursos del siglo XXI. En cinco minutos tenía el teléfono de un taxista de Ubrique, que tardó media hora más en dar con ellos. Ya puestos, María le indicó que los llevara a los Llanos del Campo, donde tenía el coche. Pagó gustosa los 25€ del taxi y, quince minutos más tarde, los dos aventureros, agotados y cubiertos de polvo, entraban en el albergue. Ya era de noche y, sin pararse, María obligó a Gonzalo a una ducha récord y se duchó ella misma. No dejó de hablarle para que no se durmiera antes de cenar. Gonzalo estaba muy enfadado porque la piscina estaba ya cerrada. María le prometió que al día siguiente irían a la piscina todo el día.

—Mañana nada de aventuras. ¿Eh, mamá?

—No. Mañana no.

—Esta aventura no me ha gustado. Al final no era divertido. Estoy muy cansado.

—Vamos a comer al bar que hay un poco más arriba del albergue. Vamos a darnos un homenaje que nos lo merecemos. Te has portado muy bien, Gonzalo. Estoy muy orgullosa de ti. Has demostrado que tienes fuerza de voluntad.

—¿Eso qué es?

—Eso es que, con tu voluntad, cuando quieres hacer algo, tienes la fuerza para hacerlo, aunque sea muy difícil. Como la caminata que nos hemos pegado. Muy pocos niños hubieran sido capaces de hacerlo. Pero tú lo has hecho.

—Me dolían las piernas, pero seguía andando.

—Eso es tener fuerza de voluntad. Además, eres muy valiente. Vaya susto nos dieron las cabras en el camino de las cabras y, además, después de ver la cruz del hombre que se había muerto.

—Yo no tenía miedo.

—Yo sí.

—Bueno, yo un poco.

—Es normal tener miedo. Los valientes no son los que no tienen miedo. Esos son los inconscientes. Los valientes son los que tienen miedo y lo superan, y hacen lo que tienen que hacer, aunque tienen miedo.

—Lo hacen porque tienen fuerza de voluntad.

—Exacto. Como tú. Anda, vamos a cenar.

Llegaron al bar que estaba al lado del albergue, pero estaba lleno. María no quería ni pensar tener que ir al centro del pueblo, que suponía una cuesta arriba importante.

—Anda, mira, mamá. Ahí está Tosco.

—No sé qué dices. ¿Qué tosco?

—No qué. Quién. Tosco. El hombre del camping. El del nombre raro. El

que mandaste al baño para ver por qué tardaba tanto. Se llama *Tosco*.

María dirigió su mirada hacia las mesas que había en un patio a la entrada del bar. Todas ocupadas. En una, el hombre alto del camping estaba con su hija cenando. El tipo la miraba sonriente mientras le hacía señas para que se sentaran con ellos. María sonrió, aceptó con la cabeza, cogió a Gonzalo de la mano y se dirigió directo hacia otro tipo de aventura.

Capítulo 17

ZUMO DE ESPINACAS

A esa misma hora, Nieves iba a prepararse la cena. Sándwich de pavo con lechuga y zumo de zanahorias. Había comenzado una dieta rigurosa sabiendo que ese lunes comenzaría a trabajar y que la competencia era dura. Sobre todo con mujeres como Jiménez, que parecía vivir en el gimnasio. Ella no iba a ser la gorda de la oficina. Antes de prepararse nada, sintió un nudo en el estómago. Le faltaba algo. Le faltaba su hijo, que esa mañana de sábado se había ido con su padre, alias El Cabrón, alias Borja. Le tocaba ese fin de semana, pero ella no consintió que se fuera el viernes. La conversación por wasap fue breve.

—Acuérdate de que este finde le toca conmigo. Lo recojo a las 17:00. ¿Ok?

—No. Tiene que hacer los deberes.

—Los puede hacer aquí.

—No. Contigo, o no los hace o los hace mal. El niño hace los deberes aquí y cuando termine se irá... o no.

—Como veas. ¿Puedo hablar con él?

—No. Te acabo de decir que tiene que hacer los deberes.

El niño no tenía deberes ese fin de semana porque aún estaban de vacaciones. Ambos lo sabían. De todas formas, ese sábado por la mañana, Pedrito le preguntó a su madre si podía ir con su padre. A Nieves no se le ocurrió ninguna excusa o razón para negarle a su hijo que se fuera con su

padre. Le dijo que sí, y Pedrito envió un wasap usando el móvil de su madre.

—Papá, ven a por mí.

—Voy.

Eso había sido esa mañana. A lo largo del día se había dedicado a limpiar la casa, que ya estaba limpia; a poner lavadoras, planchar, fregar, cocinar, tender, y mil millones de tareas más que una ama de casa siempre tiene que hacer. Pero ella ya no era ama de casa. Ahora era madre trabajadora divorciada. Tenía que hacer comida para toda la semana y congelarla. Tenía que tener la casa supermegahiperlimpia para que aguantara así hasta el siguiente fin de semana. Odiaba ser madre trabajadora. Odiaba su situación. Todo por culpa de Borja. Ese era el nudo en el estómago y sabía cómo quitárselo. Llamó a Borja. Tres tonos de llamada bastaron para que lo cogiera. Buen chico. Bien entrenado. A los cinco tonos, Nieves colgaba y volvía a marcar. Entonces la bronca se multiplicaba por dos.

—Dime.

—¿Ha hecho los deberes?

—¿Qué deberes? Pero si los ha hecho en tu casa y por eso se ha venido hoy sábado en vez de ayer viernes.

—Siempre tiene deberes. ¿Ves cómo contigo nunca hace nada? Tiene que repasar las tablas de multiplicar.

—Mañana nos pondremos a repasar las tablas. Se las sabe bien. Nunca falla.

—Tiene que repasarlas.

—Vale.

—¿Qué va cenar?

—Vamos a pedir una pizza.

—¿Pizza? ¿Así alimentas a tu hijo? Pizza es veneno. ¿Quieres que se convierta en un niño con obesidad mórbida? Ya sabes que está acomplejado.

—Mujer, yo no lo veo gordo.

—¿Qué sabrás tú? ¿Eso es lo que quieres? ¿Que tu hijo sea el gordo de la

clase?

—No. Pero le he preguntado y no ha comido pizza desde el sábado pasado... contigo.

—¿Me estás diciendo que alimento mal a mi hijo, cabrón?

—No. Y, por favor, no insultes.

—Las pizzas que come mi hijo las hago yo. Sanas, con verduras. No como esa porquería congelada del supermercado que tú compras para no tener que cocinar.

—Vamos a pedir las al Telepizza.

—A saber qué le echan. Bueno, que no quiero discutir. ¿Mañana qué le vas a dar para desayunar?

—Había pensado churros con chocolate. Los hacen aquí al lado y están muy ricos.

—¿Pero tú estás tonto? Eso es una bomba. Ni se te ocurra darle eso a mi niño. Que desayune lo de siempre.

—Mujer, es fin de semana. Comer algo distinto no le va a sentar mal.

—Yo sé lo que le sienta mal o no a mi hijo. Que desayune zumo de espinacas y cereales con leche sin lactosa.

—¿Zumo de espinacas?

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Que no sabes preparar un zumo a tu hijo?

—Sí. No hay problemas.

—Bueno. Y lo traes a las seis de la tarde en vez de a las ocho, que quiero repasar algunas cosas con el niño.

—Vale.

—¿Qué vais a hacer ahora? ¿Por qué no lo llevas al parque como hacen todos los padres?

—Venimos del parque. Ahora vamos a ver una película.

—¿Qué película?

—Una de Doraemon en el espacio. La ponen en Boing.

—¿No será violenta?

—Es Doraemon y es Boing.

—Bueno vale, pero que no se acueste tarde y mañana a las seis aquí.

Nieves colgó antes que Borja pudiera decir nada. Un, dos, tres... el nudo en el estómago había desaparecido. Se sentía mucho mejor. Se preparó el zumo de zanahorias y el sándwich de pavo con lechuga y se sentó delante de la televisión. Puso Boing y comenzó a ver Doraemon. Así estaría viendo lo mismo que Pedrito y su padre. Como si fueran una familia y estuvieran los tres juntos. Como lo que siempre fueron y nunca debieron dejar de ser. Mientras veía las aventuras de Doraemon y Novita, estuvo pensando en todo lo que le quedaba por hacer para prepararse para su nueva vida. Lo de las pizzas congeladas no era mala idea.

En el piso de Borja, desordenado pero limpio, también estaban viendo la misma película. Padre e hijo se acurrucaban en el sofá.

—¿Qué quería mamá?

—Nada, decirme algunas cosas sobre el desayuno de mañana.

—¿Qué cosas?

—Que, como desayunas zumo de espinacas y cereales todos los días, pues que te dé también mañana zumo de espinacas.

—No me gusta el zumo de espinacas. Está malísimo.

—Imagino. No tengo zumo de espinacas. Mañana desayunarás zumo de naranja y cereales.

—¿Y churros con chocolate no?

—Churros con chocolate también.

—¿Y si me pregunta mamá? Casi siempre me pregunta qué he comido cuando estoy contigo.

—Le dices la verdad. Nunca le mientas a tu madre.

—Te echará la bronca.

—Lo sé. No te preocupes. Vamos a ver la película.

Capítulo 18

NO TENGO NOVIO

En casa de Bárbara habían estado jugando a la play. Alex era una campeona y siempre le ganaba a su madre en los muchos juegos en los que competían. Sus preferidos eran el Just Dance y el FIFA. Habían estado jugando toda la tarde. Alejandra era buenísima jugando al fútbol en la vida real y con la consola. No permitía que su madre ganara nunca, aunque Bárbara ya había adquirido bastante habilidad. Sabía mover bien a su equipo. Jugaba como cuando dirigía a un equipo de programadores, sin perder de vista a ninguno mientras que Alex era más de jugadas individuales.

Esa noche tocaban palomitas y película. En Boing ponían una de Doraemon. Ninguna de las dos aguantaba a ese gato gordo ni al insufrible de Novita. Ejemplo claro de lo estúpido que un niño puede llegar a ser, y más cuando andaba por medio la empalagosa Shizuka. Niña perfecta en un manual franquista de los años cincuenta. Odiosa en el siglo XXI. En otro canal ponían una de *Star Wars*. «El despertar de la fuerza». Esa verían. Con las palomitas en un gran cuenco en el centro del sofá, madre e hija a ambos lados esperaban el inicio de la película cuando Bárbara tuvo un recuerdo sobre una alerta que le había saltado el otro día en su cabeza. Miró a Alex, que ya estaba en pijama. Su hija ya estaba empezando a cambiar. Siempre había sido muy niña, muy femenina, pero en un par de años iba a terminar de ser niña para ser adolescente. En fin. Seguro que sabrían cómo solucionar cada problema

conforme se iba presentando. De todas formas, no era mala idea ir viendo futuros problemas.

—¿Alex?

—¿Qué?

—¿Tú tienes novio?

—No.

—Si tuvieras novio, ¿me lo dirías, verdad, hija mía del alma, que sabes que eres lo que más quiero?

—Sí, mamá de mi corazón, que sabes que eres lo que más quiero. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—No. Por nada. Cuando tengas novio, pues hablamos de cosas que las niñas tienen que saber de los novios.

—¿Lo de la polinización o el acto sexual?

—Somos científicas. No creemos en metáforas.

—Lo sé todo del acto sexual.

—Bueno. Tú me avisas y hablamos, que seguro que todo, lo que se dice todo, no lo sabes.

—«Los viejos desconfían de la juventud porque han sido jóvenes».

—Nunca debí haberte regalado las obras completas de Shakespeare.

—«No hay tinieblas sino en la ignorancia».

—¿Te aprendiste las obras completas de Shakespeare solo para vacilarle a tu madre?

—Las obras completas me las leí todas, pero no me las aprendí de memoria. Al final del libro hay una recopilación de frases célebres. Muy bueno. Muy útil. Madre a la que adoro, competir con hija no puedes.

—Querida aprendiz de caballera jedi, el diablo sabe más por viejo que por diablo.

—Eso no es de Shakespeare.

—No. Es del refranero español. Me lo decía tu abuela y tenía razón. Empieza la película, silencio absoluto, apaga las luces. Esto es cine.

La película estaba bien. Una protagonista femenina que no tiene que ser rescatada, sino que se vale por sí misma y se enfrenta a los malos. Muy bien. Era el tipo de película que quería que viera su hija porque, en la vida que le esperaba, se iba a tener que enfrentar a los malos. De la chica llamada *Rey* era de quien su hija tenía que aprender, y no de Shizuka. A Alex le iba a tocar ser una guerrera en un mundo de hombres. En un intermedio, Alejandra aprovechó para ir al baño y Bárbara, para consultar su móvil. Tenía un wasap de Javier.

—De comandante en vuelo a centro de control. ¿Te apetece un cine este miércoles?

—Aquí centro de control. Sí. Yo elijo película y tú eliges restaurante para cenar después.

—Aquí comandante en vuelo. Ok. ¿Alguna alergia conocida?

—Aquí centro de control. Sí. Al aburrimiento.

—¿Te gusta la comida peruana, centro de control?

—Nunca la he probado.

—Yo tampoco. Peruano entonces. He encontrado un restaurante en una calle imposible de aparcar y de difícil acceso.

—Menuda aventura.

—Aburrirte conmigo no podrás.

—Soy muy exigente. Y tengo dos poderosas razones para elegir bien mis aburrimientos.

—Yo solo tengo una, pero seguro que tan poderosa como las tuyas.

—¿Estamos hablando de sexo?

—No lo sé, es por seguirte el rollo.

—Vale. Te mando wasap con la hora y el cine.

—A sus órdenes.

A Bárbara no se le quitó la sonrisa cuando apareció Alex y volvieron a ver la película. Alex la miró de soslayo.

—Mamá, ¿tú tienes novio?

—No. No tengo novio.

—Qué raro.

—¿El qué es raro?

—Que siempre que te pregunto si tienes novio me respondes que sí y que se llama *Mitrabajo*.

—Mira la película, que nos la estamos perdiendo. ¿Ese Finn quién es entonces?, ¿uno de los buenos o de los malos?

—De los buenos. Es un *stormtrooper*, pero se ha vuelto bueno y ahora es de la resistencia.

—Parece lelo.

—Sí.

—Un *lelotrooper*.

—¿Vamos a ver la película en silencio o con comentarios, madre a la que le guardo devoción absoluta?

—En silencio, hija a la que adoro con todo mi ser.

—Pues mejor, madre en cuyo cuerpo viví nueve meses.

Bárbara siguió viendo la película. Sufrió con la muerte de Hans Solo, aunque se la esperaba por los malditos *spoilers*. Le encantaba Harrison Ford en *Star Wars*, pero era insuperable en la serie de *Indiana Jones*. También le estaba encantando mucho Javier. ¿Qué poderosa razón sería esa en la que estaba pensando? Ella se refería a sus pechos, poderosos y hermosos, y la idea era descolocar a Javier con sus comentarios, pero la descolocada era ella. ¿Se refería Javier con esa razón poderosa a su pene? ¿Estaba pensando en el miembro de Javier como en un pene? Estaba empezando a preocuparse. También estaba deseando que llegara el miércoles. Elegiría una película de terror. No le gustaba especialmente el género de terror, pero quería poner a prueba al comandante.

Capítulo 19

EL SOL DE LA TOSCANA

El hombre alto del camping se acercó y le dio la mano a Gonzalo.

—Hola, Gonzalo.

—Hola.

—Hola, me llamo Tosco. Nos conocemos del camping de Isla Cristina — dijo dirigiéndose a María y dándole dos besos.

—Hola, yo soy María.

—Se os ve cansados. Sentaos con nosotros, que no hay mesas libres. Los madrileños por el mundo debemos ayudarnos.

—Vale. Gracias. ¿Tanto se nos nota que somos madrileños?

—El acento nos delata, y más en Andalucía. Nosotros somos de Vallecas. Ella es mi hija Ana.

—Hola. Nosotros de Galapagar.

—Anda, qué bien. ¿Y a qué te dedicas, María?

—Soy maestra.

—Qué buen oficio; yo soy conservador en un museo. Bueno, y algunas cosas más también —dijo Tosco.

Tanto Ana, de unos 12 años, como Tosco llevaban ropa de camuflaje. María se fijó que en una silla al lado de la mesa había una cámara de fotos con un enorme teleobjetivo. Ana tenía los ojos oscuros, duros, con una mirada que no era propia de una niña, sino de un adulto. Tras pedir la cena (choco con

patatas y zumo de piña para Gonzalo, solomillo al whisky y cerveza para María), Gonzalo comenzó a explicarle a Ana la aventura del día. María se fijó que padre e hija no cenaban cada uno de un plato, sino que compartían tres que había en la mesa. Ensalada, albóndigas y chipirones. Coca-Cola para ella, cerveza para él. Ana hablaba poco. Le hacía preguntas breves a Gonzalo para entender bien la historia, pero normalmente comía callada mirando muy fijamente cómo Gonzalo explicaba la aventura. Ahora utilizando la brújula y decidiendo entre el rumbo que marcaba la brújula o lo que venía en el libro, ahora con la lanza en las manos, ahora imitando a las cabras, ahora haciendo de viejecita. La aventura empezaba a tener un carácter épico conforme la iba contando. Cuando terminó de contarle todo, se echó en falta el aplauso de los allí presentes. Todos los que estaban en el bar deberían haberse puesto en pie y haber aplaudido al niño aventurero, por lo interesante de la aventura y por lo bien contada, pero cada uno iba a lo suyo.

Muy buena aventura —dijo Ana con voz tan tenue que apenas se la escuchaba—. Nosotros también hemos tenido una aventura.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —preguntó Gonzalo, que no parecía defraudado por la pérdida de protagonismo, sino entusiasmado de haber conocido a una camarada aventurera.

—Hemos estado fotografiando águilas en el Simancón.

—¿Eso qué es?

—Un monte altísimo que hay en Grazalema. Cuesta mucho subir. Allí hay nidos de águilas. Pero hay que tener cuidado porque te atacan.

—Pota cabra.

—Gonzalo.

—He dicho: «pota», mamá.

—Vale, pues ni eso.

—Ana, cuéntales la aventura —pidió Tosco.

—¿La parte de la escalada donde casi te matas también, papá? —preguntó Ana con mucha guasa.

—Sí. A tu madre no se lo cuentes o me veo en el juzgado, pero a estos amigos sí... y no estuve a punto de matarme. Estaba todo controlado.

—Te quedaste colgando de una mano.

—Es una técnica nueva que estamos practicando en mi grupo de escalada.

—Sí, ya.

—Cuéntamelo, Ana, por favor —pidió Gonzalo a la par que terminaba con el último choco del plato.

La aventura que contó Ana incluía la subida al monte Simancón, de 1500 metros, búsqueda de nidos de águilas, una escalada con resbalón incluido, unas pasadas y gritos de alerta de mamá águila, que ellos tomaron como prudente advertencia y no se acercaron más al nido, un sol importante (que en aquellas cotas no hay sombra) que la caliza reflectante potenciaba, un zorro huidizo, varias cabras montesas, técnicas de camuflaje y un saldo final de 300 fotos.

Gonzalo estaba encantado. Convencido de que el águila que vieron en el sendero era la misma que había visto Ana, quiso ir al día siguiente al Simancón.

—¿No estás cansado, Gonzalo?

—Sí. No. Mañana vamos a subir el Simancón y pasado pasamos el día en la piscina.

—Mañana no es buena idea, compañero —dijo Tosco—. Dan subida de temperatura. Llegaremos a los 40 grados, y eso en la cima es mucha temperatura. No hay sombra, y las rocas rebotan el calor del sol. Es como estar en una sandwichera. Te tuestas por abajo y por arriba.

—Gonzalo, mañana cuando nos levantemos, decidimos. Permíteme que os invite, Tosco. —A María le encantaba ese nombre tanto como le estaba encantando ese hombre—. Me he quedado sin dinero, mañana sacaré del cajero, pero aquí se podrá pagar con tarjeta, ¿no?

—No. Me temo que esto es un pueblo de la sierra. En este bar solo dinero. Yo te invito.

—Gracias.

—¿Vamos al albergue? Ana tiene que hacer unas grabaciones para su canal de Youtube.

—¿Tienes un canal de Youtube? —preguntó un entusiasmado Gonzalo sin rastro del agotamiento de hacía unas horas.

—Sí. Las aventuras de Ana y su mula.

—La mula soy yo —informó Tosco.

—Es que siempre llevas unas mochilas enormes. Demasiado peso.

—Una mochila que no pesa no es mochila —explicó Tosco.

—Es lo que yo siempre digo —añadió una sonriente y asombrada María—. ¿Has estado en los scouts?

—Hummm no. ¿Tú sí?

—Sí. Lo preguntas como si no te gustaran los scouts.

—No tengo nada en contra de los scouts. Ahora no. Hacen un buen trabajo llevando niños urbanitas al campo.

—¿Ahora no? ¿Antes sí?

—Mi padre y su grupo de salvajes se iban a la sierra cada vez que podían cuando eran jóvenes —intervino una sonriente Ana—, allá por la época de los romanos. Cuando veían un grupo de scout acampados, los fastidiaban.

—¿Fastidiabas a los scouts?

—No. Bueno. Es que iban disfrazados de militares. Además, con esos sombreros de la policía montada del Canadá, nos hacían gracia, pero no los fastidiábamos. Bueno, alguna noche les destensábamos las cuerdas de las tiendas de campaña y poco más. Éramos jóvenes y salvajes. ¿Vamos al albergue? Gonzalo puede hacer de operador de cámara para el canal de Ana.

—¿Puedo, mamá?

—Sí.

Tras pagar la cuenta, los niños se adelantaron. Tosco y María caminaron juntos en silencio. Ya en el albergue se sentaron en uno de los bancos de las mesas de madera que había repartidos por una gran zona de comedor al aire

libre. Vieron a los niños ir de un lado a otro. Ana, como intrépida locutora, comentaba las aventuras del día y Gonzalo, cámara de video en mano, la seguía encantado. Una urgencia urinaria de Gonzalo fue aprovechada por Ana para acercarse a los adultos, los cuales no habían intercambiado ni una palabra desde que salieron del bar.

—Me encanta tu hijo, María.

—Gracias.

—Tengo una hermana pequeña por parte de madre pero, si tuviera un hermano pequeño, me gustaría que fuera así.

—No le digas que es pequeño o se enfadará —respondió María anotando mentalmente ese «por parte de madre».

—Ya. Hombres. Son tan simples...

—Perdón. Los hombres no somos simples. Somos como somos, ni mejores ni peores que las mujeres —aclaró Tosco fingiendo un aire de ofendido que nadie se creía.

—Iguales, pero diferentes —Ana matizó antes de salir corriendo hacia donde Gonzalo ya preparaba la siguiente toma para el video.

—¿Te has enfadado porque de joven era un «scoutterrorista»? —preguntó Tosco a María.

—No. Me ha hecho gracia. A mí tampoco me gustaba mucho eso de ir de uniforme militar y, realmente, aquellos sombreros de la policía montada del Canadá eran ridículos. Tu nombre es muy raro, ¿no?

—Sí. En realidad es Toscano, pero nadie me llama así. Solo Tosco. Mis padres, que eran unos jipis graciosillos y se fueron de luna de miel a la Toscana en Italia. Allí me fabricaron bajo el sol de la Toscana, al parecer literalmente, y en homenaje al acontecimiento me llamaron Toscano. Siempre cuentan que el funcionario del registro civil decía que, si no estaba en el santoral, no podía ser un nombre cristiano. Eran otros tiempos. Mi padre se inventó un santo italiano. San Toscano. El del registro consintió en joderme la vida. Siempre tengo que dar explicaciones.

—Es un nombre bonito y Tosco también. No se olvida. ¿Ana vive contigo?
¿Es decir, contigo y con tu esposa?

—Sí, vive conmigo y sin mi esposa. Mi ex. Estamos divorciados. Yo tengo la custodia de Ana.

—Vaya. Yo me acabo de divorciar y hemos acordado custodia compartida.

—Joder, ¿tú has acordado la custodia compartida con tu ex?

—Sí.

—Acabas de ganarte un fan, un admirador y un rendido servidor. Eres de las pocas mujeres que conozco que aceptan la custodia compartida.

—Bueno. Hay casos y casos. Dependerá del padre y de la madre. En mi caso creo que es lo mejor para Gonzalo.

—¿Puedo decirte ya que te adoro?

—Aún no. No es nada raro lo de la custodia compartida.

—¿Tú conoces más casos?

—Bueno, tengo dos amigas que están divorciadas... y las dos tienen la custodia exclusiva de sus hijos... pero seguro que hay más.

—Seguro.

—Pero lo tuyo sí que es raro. ¿Tú tienes la custodia de Ana? ¿Un hombre?
Es raro.

—Y más en esta España salvaje que nos ha tocado vivir. A caballo entre el catolicismo integrista de los Reyes Católicos y el neoliberalismo de una Unión Europea que no nos creemos.

—¿Y cómo fue? ¿Qué pasó?

—Uf, es una historia complicada. ¿Tienes tiempo?

—Sí. Al parecer mi hijo aventurero acaba de encontrar una hermana mayor aventurera y youtuber. Creo que tardará en irse a la cama.

Capítulo 20

NIÑA A LA FUGA

La historia que Tosco le contó a María, más que la historia de Tosco, era la historia de su hija Ana. La niña era la protagonista. Como introducción, todo comenzó con un noviazgo desde el instituto de dos jóvenes enamorados, muy jóvenes y muy enamorados. El joven Tosco terminó la carrera de Historia del Arte y aprobó unas oposiciones de Conservador del Ministerio de Cultura. Acabó en su idolatrado Museo del Prado. Un tipo feliz. La joven Clara terminó la carrera de Económicas y acabó trabajando en el Banco Santander, una tipa feliz. Se casaron y al año nació la bebé Ana.

Como no es lo mismo ser funcionario, ni en horario ni en sueldo, que ejecutiva agresiva de un banco, a Tosco le tocaba cuidar de la niña Ana. Encantado de la vida. Surgió un vínculo entre el papá y la hija realmente fuerte. La mamá Clara apenas aparecía por casa. Nunca iba a las reuniones del colegio. No llevaba a la niña al médico, y del horario de vacunación de su hija sabía tanto como del horario del metro de Moscú.

Cuando Ana cumplió los seis años, la situación era insoportable. La mamá Clara había tomado al papá Tosco por un criado. El encargado de la limpieza. El cuidador de la niña. El chico de los recados, etcétera. Como si estuvieran en los años cincuenta y ella fuera la cabeza de familia y él, la sumisa ama de casa que tiene que ponerle las zapatillas y tener preparado el whisky... Bueno, en los cincuenta sería el coñac. Tosco, de naturaleza tranquila, protestaba por

el trato sin darle motivos serios a mamá Clara para cambiar el *statu quo* de la casa. De la protesta a la protesta enérgica pasó un año más. Las palabras *separación, divorcio, y hasta aquí hemos llegado que no soy tu esclavo* salían en las discusiones que ya alcanzaban la categoría de broncas.

Tras otro año, directamente adjetizable como infernal, Tosco descubrió que mamá Clara se acostaba con otro. Tenía un amante. Le ponía los cuernos bien puestos. No era sospecha infundada. Es que mamá Clara llegó a casa de una cena de empresa a las tres de la mañana borracha y sin bragas. O sea. Blanco y en botella... o en este caso blanco y en vagina. Lo peor es que la señora, muy digna, lo confesó todo y con alardes. Que no había sido solo esa noche, sino muchas noches, y no solo con el afortunado del momento, sino con otros muchos afortunados. Había perdido la cuenta de cuántos afortunados habían añadido un cuerno a la cornamenta de Tosco. Según calculaba Clara, de ser cornamenta real, la cabeza de Tosco no cabría por la puerta de la catedral de Burgos.

A la mañana siguiente, una hermosa mañana de un hermoso domingo de mayo, Tosco le dijo a su esposa que lo mejor era que se divorciaran. Pero en plan bien. Civilizadamente. Custodia compartida. Cuenta de gastos comunes para la niña. Protección absoluta de la niña frente a los problemas del divorcio. Ella sonrió y estuvo de acuerdo. Le dijo que no se preocupara por nada, que ella en el banco conocía a uno que sabía de un bufete de abogados que lo arreglaban todo muy civilizadamente. Tosco confió en la que todavía era su esposa. Una semana más tarde recibió una citación para vista preliminar de juicio por divorcio contencioso y toma de medidas cautelares. Preguntada la cónyuge al respecto, su respuesta para esa y otras cientos de preguntas que siguieron fue «Habla con mi abogado. Yo no tengo nada que decirte». El abogado en cuestión, en escueto e-mail, le dijo que él defendía los derechos de su clienta y que no tenía relación alguna con él. Tosco buscó un abogado en tiempo récord, que le auguró malas consecuencias a tamaña traición de su ex.

El juicio duró 5 minutos. Custodia exclusiva de la niña para la madre, que

esto es España, y las madres son las que más saben de niños. Tosco fue obligado a salir de la casa en 48 horas sin llevarse más que su cepillo de dientes y su ropa. Régimen de visitas de un fin de semana cada dos, la mitad de las vacaciones escolares, etcétera, y el 30% de su sueldo de funcionario como pensión de alimentos. Nuestro pobre Tosco entró en shock y le costó adaptarse a su nueva vida. Piso de alquiler en Vallecas; no se volvió a afeitarse en un año, insomnio, pobreza brutal, adicción a la cafeína, etc., etc., etc.

Un efecto curioso de la sentencia, que desligaba al esposo Tosco de su esposa Clara, como ambos deseaban, fue que también separaban al papá Tosco de su hija Ana como nadie quería. Ni siquiera mamá Clara, que no sentía por su hija más afecto que por su portátil. Pero la niña era la llave de la casa. Quien se quedara con la custodia exclusiva de la niña se quedaba con el usufructo de la casa. Comprada en gananciales y pagada con ambos sueldos. Así que, si mamá Clara quería la casa, se tenía que aguantar con una pequeña inquilina. Tampoco le supuso a mamá Clara mayor trauma, ya que con la pensión de Tosco contrató a una mujer que se ocupaba de su hija Ana. Todo lo que antes hacía papá Tosco (colegio, médicos, parque, cumpleaños) ahora lo hacía una señora que necesitaba ese dinero para dar de comer a sus propios hijos, que eran cuidados por otra señora.

El duro golpe que sufrió Tosco solo era comparable con el duro golpe que sufrió su hija. Ana no se quería divorciar de nadie, y lo que menos quería era separarse de su padre, al que quería con locura, ya que él había asumido los papeles de padre y madre durante toda su infancia. Ana no quería que su madre ejerciera de madre porque ni siquiera se lo creía. La mamá Clara representaba su papel en Navidad con la familia, en los cumpleaños y cuando había gente delante pero, en cuanto se quedaban a solas, se quitaba la careta y asumía el papel de madrastra malvada más que de madre. Las tareas de la niña Ana eran interminables, desde limpiar hasta cocinar. Además, mamá Clara la apuntó a todo lo apuntable, desde clases de violín hasta chino mandarín, desde natación hasta aikido. Ni quería ni sabía cuidar de su hija. Curiosamente sus

afortunados amantes ya no abundaban tanto. Que una cosa era tener sexo con señora casada, un aquí te pillo aquí te follo sin consecuencias, y otra con divorciada con niña que seguro que andaba buscando anillo de boda y compañía los domingos por la tarde. No es que sus compañeros de banco fueran machistas: es que parecía que el machismo lo habían inventado ellos. La ejecutiva Clara solventó el problema del sexo adoptando a un pobre. A ver, que lo que contaba a sus amigas era que había iniciado una relación de amor incondicional con un empleado del escalafón medio bajo del banco, pero que el amor era el amor, y ella creía en el amor. Bueno. Sí. En el amor de ella para con ella. El caso es que el tipo en cuestión se mudó a la casa de Clara, antes casa de Tosco también, y aguantó los cuernos que Clara le ponía. Ahora que Clara estaba de nuevo en el mercado de las mujeres con pareja, ya no tenía problemas para sus «compis» ejecutivos. El pobre empleado no tenía muchas opciones. Clara, además de su pareja, era su jefa.

Anita nunca soportó al empleado. Cuando su madre quiso que lo llamara *papá* (porque ese era su nuevo papá según su mamá), Ana hija le dijo que no y se llevó una sonora bofetada. Más que dolorosa fue sonora. En plan PLAFFFFFF. Ana miró a su madre y supo que tenía que irse de esa casa. Tenía nueve años y ya había adquirido esa mirada dura que tanto había llamado la atención de María. La mamá Clara algo intuyó, que tonta no era, mala sí, tonta no, y encargó a su empleado, alias el amor de su vida, que vigilara a la niña. El empleado, sin vocación de policía pero obediente, procedía a registros ocasionales del cuarto de la niña, donde eran requisados móviles que el padre le compraba para estar en contacto, libros que el padre le regalaba; hasta ropa y un cartel de los One Direction fueron confiscados.

Una tarde, mientras el empleado fregaba los platos y la mamá Clara dormía una merecida siesta tras una noche de copas, Anita se levantó de la mesa donde en su cuarto hacía los deberes. Abrió la puerta de su cuarto y sigilosamente se dirigió a la puerta de la calle que, afortunadamente, no estaba cerrada con llave. La abrió con mucho cuidado de no hacer ruido y salió a la

calle. Con paso lento y mucho miedo se dirigió andando al piso de su padre, que estaba tres barrios más lejos. Fue interceptada rápidamente por una mamá Clara enfurecida y por un asustado empleado.

Otra tarde, en la academia de chino mandarín, Anita alegó que tenía que ir al cuarto de baño. El profesor le dijo: «Hao de, ni you wo de xuke», que viene a ser en español algo así como «Vale». Anita se fue para el cuarto de baño y en cinco segundos se plantó en la puerta de la calle. Pero el empleado la esperaba al otro lado, obligado por su jefa a montar una guardia aburrida pero eficaz.

Tras varios intentos infructuosos más, Anita dedujo que necesitaba cómplice para la fuga. Tras elaborar un plan, sencillo pero eficaz, y sin decirle nada a nadie, aprovechó otra de las siestas de su madre (esa mujer trasnochaba mucho) y que el empleado estaba enganchado a una telenovela venezolana, para salir a la calle a una hora tan intempestiva como las cuatro de la tarde de un julio especialmente caluroso. Lo tenía todo pensado. Dejó una nota para su madre en su almohada que ponía «Estoy con papá» y salió sigilosamente de la casa dirigiéndose directa hacia la única cabina telefónica pública que todavía resistía la invasión de los móviles. Curiosamente situada en un supermercado. Marcó el número de móvil de su padre.

—¿Sí?

—Papá, soy yo, estoy en el supermercado de la esquina. Me he escapado de casa. Ven a por mí.

—No te muevas de ahí.

Tosco jamás había corrido ni correría tanto en su vida al volante de su coche. La recogió en un estado de nerviosismo alarmante. La llevó a su piso y la tranquilizó. Imposible mandar un wasap o llamar a la madre, ya que lo tenía bloqueado desde el divorcio. Al poco recibió una llamada de la comisaría de Vallecas, que le preguntaron si sabía del paradero de Ana. Tosco confirmó que la niña estaba con él y que estaba bien.

—¿Algo más? ¿Puedo saber por qué me han llamado?

—No. Si quiere saber algo más, preséntese en la comisaría.

—Está bien. Voy para allá.

Tosco dejó a Anita con unos amigos y se presentó en la comisaría. Antes pasó por su casa y cogió un cepillo de dientes, que no sabía cuando saldría de allí. Se temía el típico caso de detención de gilipollas al que ni siquiera hay que ir a por él, sino que el muy idiota va solito a comisaría. En la comisaría un enfadado policía, a punto de jubilarse, le explicó que su ex había estado allí con su «actual esposo» y que quería poner una denuncia por secuestro, desaparición de una menor y varios delitos más. Todos muy graves y muy de tener en cuenta para alertar a todas las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado. Pero el policía no notaba el natural estado de alerta y ansiedad en la madre ante hechos tan graves. Buen policía, mala madre. Poco a poco, pregunta a pregunta, contradicción a contradicción, llegó a tener en sus manos la nota de despedida de la niña. La madre y su empleado (alias *ahora es mi esposo*) tuvieron que salir rapidito de comisaría ante la posibilidad de enfrentarse a una acusación cierta de inventar delitos falsos.

—¿Entonces no van a hacer nada? —preguntó Tosco.

—De momento no. La niña está con usted. No hay delito, si acaso incumplimiento de régimen de visitas. Aunque, yo que usted, movía ficha: esa mujer es una sicópata.

—Lo sé.

Tosco se presentó con Anita a las nueve de la mañana del día siguiente en el juzgado donde había sido dictada la sentencia de divorcio y régimen de visitas. Por si acaso seguía llevando el cepillo de dientes en un bolsillo, que nunca se sabe por dónde te va a salir un juez. No se movieron de allí hasta que el juez, otro juez distinto del que lo sentenció (estos piden traslado continuamente) lo atendió. Le pidió muy secamente que esperara fuera del despacho, que quería hablar a solas con la niña. Al salir del despacho, el juez estaba blanco como la pared. Le dijo a Tosco que cualquier acusación de la madre por lo penal quedaría paralizada, pero que tenía que cambiar la

sentencia de divorcio para otorgarle la custodia al padre y que ese procedimiento lo tenía que iniciar el padre.

Con negociaciones entre abogados, sus tiras y sus aflojas, sus procuradores y todo el infierno judicial español, Tosco tardó seis meses en conseguir una vista para un juicio dentro de un año para resolver la custodia de la fugitiva. Anita vivía feliz con su padre y poco a poco se recuperaba del infierno que había vivido con su madre y el empleado. Durante el año y medio que pasó entre la fuga de Anita y el juicio, la madre ni siquiera intentó verla y ni hablar de visitas de fines de semana ni vacaciones. Por fin, cinco minutos antes de celebrarse el juicio, llegaron a un acuerdo. La custodia para el padre, pero a cambio la madre se quedaría con la casa en usufructo durante diez años. Era lo que la madre quería: la casa, y además sin niña. La madre pasaría una pensión de alimentos. Eso sí, no pagaría ni un euro del año y medio que había tardado en celebrarse el juicio y durante el cual no había puesto ni un céntimo para alimentos y cuidado de su hija. Durante el juicio, nada que cambiar si las partes están de acuerdo, la fiscal de protección de menores, con pinta de acabar de salir de misa, le echó la bronca a la niña, que no pudo dejar de escapar unas lágrimas duras. Que si madre no hay más que una. Que era una niña desagradecida. Que Dios lo ve todo. Que ya se arrepentiría, pero sería tarde. El juez, otro distinto del que los atendió en el despacho y ya van tres, bostezó un par de veces, que el pobre había salido de guardia esa mañana, antes de que la fiscal vomitara toda su miseria en la niña que tenía que proteger. Más que fiscal de protección de menores parecía fiscal de protección de madres sicópatas.

—Hace dos años de aquel juicio —terminó Tosco su relato ante una María emocionada y a punto de darle un abrazo al padre y otro a la hija—. Ya hemos conseguido que Ana pase algún fin de semana con su madre. Se casó de verdad con su pareja y tienen una niña de un añito. Ana dice que ella protegerá a su hermanita.

—Debe ser muy duro para Ana volver a esa casa.

—Sí, pero era lo mejor. Lo peor fue el año y medio que su madre no quiso saber nada de ella. Además, incluyó en el lote de ausencias a los abuelos, tíos, primos, etc., de su familia. Es una mujer muy dominante en su familia. Le obedecen como corderitos asustados. Ana perdió a la mitad de la familia durante un año y medio. Ya al menos la llevan a cumpleaños y Navidades... aunque no siempre. Es mejor. Ana sabe quién es su madre... y sabe dónde está su casa. La madre también sabe que el juego ha cambiado. Ya veremos, cuando haya que negociar la venta de la casa, cómo lo resolvemos. Mal, supongo.

—Mamá, tengo sueño. —Gonzalo apareció por sorpresa y apenas se tenía en pie. Había llegado a su límite.

—Vamos a la cama.

—Mañana nosotros nos vamos muy temprano. Desayunaremos a primera hora —dijo Tosco—. ¿Nos vemos en el desayuno?

—Sí, claro.

Curiosamente, sus habitaciones estaban una en frente de la otra en el albergue, con lo cual recorrieron juntos el pasillo de los dormitorios y se despidieron muy educados con un «Buenas noches, hasta mañana», que repitieron en cuarteto.

Al día siguiente María abrió los ojos y consultó su móvil. Eran las once de la mañana. El horario de desayuno había terminado. El camino de las cabras había resultado agotador. Cuando preguntaron a la recepcionista del albergue, les confirmó que Tosco y Ana ya se habían ido.

—Me caía bien Ana, mamá, era como una hermana mayor y youtuber. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Lo primero, buscar un cajero y sacar dinero después desayunar, y yo creo que hoy nos vamos a quedar todo el día en la piscina.

—Pota cabra.

—Que no digas eso.

Capítulo 21

EL ARROZ DEL MISIONERO

Había pasado un mes desde la aventura en el camino de las cabras. Era sábado por la mañana, y las tres amigas estaban en la grada del Club de Fútbol Alcobendas viendo cómo dicho club apaleaba inmisericorde al Galapagar Fútbol Club. Ya llevaban 13 a 1, aunque el entrenador del Galapagar había hecho el intento de que no subieran más goles a partir del duodécimo. Para el entrenador del Alcobendas, esas cosas eran de perdedores y, si marcaban 120 goles, los 120 tenían que subir al marcador. Pedrito, Gonzalito y Alex estaban en el banquillo castigados por su entrenador. Querían pensar que por eso iban tan mal y en parte era por eso y en parte porque su castigo había afectado a todo el equipo.

Durante el último entrenamiento, un compañero de educación medieval se había encarado con Alejandra y le había dicho aquello de que las niñas no deberían jugar al fútbol, que eso era de niños y que ella era lesbiana. Gonzalo se fue hacia él y lo miró como aquella águila del camino de las cabras lo había mirado a él. Calculando si podía comérselo. Pedrito se acercó un poco más prudente a reforzar al trío. De todas formas, fue Alex quien atacó primero. «Sabemos lo que somos, pero no en lo que podemos convertirnos». El niño no había leído a Shakespeare, ni lo leería nunca, pero aquello le supo a insulto y de los gordos, con lo que intentó darle un puñetazo a Alex. Gonzalo ya había previsto la reacción y empujó con toda su fuerza al niño, al que golpeó en el

aire mientras caminaba de espaldas intentando no caerse. Pedrito dejó un pie distraído en la trayectoria del niño, que tropezó y cayó de espaldas. Aquello era tarjeta roja de manual si hubieran estado jugando un partido. El entrenador no vio ni oyó nada durante la acción. Solo vio al niño en el suelo. Tampoco quiso oír ni ver nada más y ni mucho menos no se sabía qué había dicho un tal «Chespir», del que supuso que era jugador del Manchester. Fueron castigados los supuestos agresores con no jugar el próximo partido. Fue recompensado el niño caído, que casualmente era hijo del concejal de Juventud y Deportes, con los galones de capitán.

Los tres amigos sufrían por la paliza que estaba recibiendo su equipo, pero interiormente les reconfortaba saber que ellos tres eran el tridente de oro del Galapagar Fútbol Club. Para amenizar la situación, Gonzalo estaba contando por enésima vez su aventura del camino de las cabras a sus amigos. Curiosamente estos no se aburrían de escuchar a Gonzalo cómo había luchado contra águilas cazadoras, pasado por cementerios con cruces de piedra, enormes rebaños de cabras salvajes y cuernos puntiagudos, ancianas hechiceras que hablaban con los animales mediante silbidos, fantasmas con camisón blanco, etc., etc., etc.

Las tres madres estaban en las gradas más aburridas que otras veces. Una viejecita encantadora en otro momento estaba hecha un demonio en ese momento. Su nieto era el portero del Galapagar y la abuela insultaba a cualquiera que se acercara por la portería. A la pobre se le había caído ya tres veces la dentadura postiza.

—A la abuelita hooligans le va a dar un infarto —comentó Bárbara.

—El año pasado se la tuvieron que llevar en ambulancia cuando a su nieto le pitaron aquel penalti —informó María.

—Yo creo que fingía para ganar tiempo —aseguró Nieves.

—Nieves, tú te has hecho algo, ¿no? Te noto distinta —preguntó Bárbara.

—No sé por qué lo dices.

—Porque llevas el pelo suelto. Estas más delgada, pero con curvas. Estás

hecha una macizorra. Tienes puestos vaqueros y deportivas, igual que nosotras, cuando tú siempre has venido a los partidos como quien va a una comunión. No llevas maquillaje, pero tienes buen color. ¿Sigo?

—Hija, cómo se nota que eres analista. Pareces Sherlock Holmes.

—¿Aparte de que te va bien en tu nuevo trabajo hay algo más que quieras compartir con nosotras? —Bárbara tenía una sospecha, pero quería confirmación. Una buena confesión vale más que una mala prueba.

—Bueno. Sí. Tengo una gran noticia que daros. Esperaba a que fuéramos al McDonald's pero allí va. La jefa de personal me llamó el jueves a su despacho y me ha ofrecido un puesto de asesora financiera en el departamento de contabilidad. Se acordaba de que yo era buena con los números y se ha producido un traslado. Una chica de veinticinco años se ha trasladado a nuestra sede en Berlín, así que me lo ofreció a mí y acepté. Son 2000 euros netos al mes.

—Hala. Eso sí que es una subida salarial, y no lo que nos hacen a los maestros. La última vez que me subieron el sueldo fueron cinco euros.

—Tú te callas, novata —dijo Bárbara.

—Me llamo *María*.

—Ahora vamos contigo, novata, pero primero sigamos aquí con la contable.

—Asesora financiera.

—Qué bonito título. Has ascendido en la empresa. De ordenanza a contable.

—Asesora financiera.

—Muy bien. Eso es genial. Asesora financiera, o mejor en inglés: *financial advisor*. Pero eso no es todo, ¿a que no?

—No sé por que dices eso. Esa es la gran noticia.

—Mientes muy mal. Tú sabrás de números, pero de mentir no sabes una mierda.

—Bueno, esa es la noticia. Eso es lo que quería contaros.

—Exacto. Eso es lo que querías contarnos, pero hay algo más. No se consigue ese color de cutis por un ascenso. Ni se viene en vaqueros, ni se

suelta el pelo. Tú has follado.

—Pero mira que eres ordinaria cuando quieres.

—Y cuando no también. ¿A que has follado? ¿Te has tirado al conserje? ¿Al portero del edificio? ¿A un ejecutivo que está cañón?

—Yo no tengo nada que decir de eso, y yo nunca follo. Yo hago el amor si acaso, pero tampoco voy a hablar de eso aquí.

—O sea que sí.

—Eso es genial, Nieves. Ya era hora —la animó María.

—Novata, ahora hablamos contigo y de tus novatadas de novata. —Bárbara estaba en su salsa. En parte porque disfrutaba con la situación. En parte porque no quería confesarles a sus amigas que se estaba enamorando de Javier. Así que, atacándolas a las dos, y al parecer había munición de sobra para atacar, evitaba que ellas le preguntaran por su comandante—. Entonces, querida Nieves, ¿has follado?

—Yo no hago eso.

—¿Y si en vez de decir que has follado te pregunto si «has hecho arroz» con un hombre? Soy científica y odio las metáforas, pero puedo hacer un esfuerzo. Acuérdate: hacer arroz es igual a follar.

—No sé por qué estamos hablando de mí cuando María está enamorada de ese Bosco.

—Tosco.

—Ese.

—Ahora vamos con María, pero primero una pregunta, querida Nieves, ¿tú has hecho arroz con un hombre?

—No voy a contestar.

—Eso es un sí. Joooooooooooder, Nieves. Ya era hora. ¿Desde cuándo no echabas un polvo? Creo que desde que te divorciaste. Con razón se te ve tan bien. Tan guapa.

—¿Tú crees que estoy más guapa?

—Y tanto.

—¿Y tú, María?

—Sí, cariño. Estás mucho más guapa. Te ha sentado muy bien el sexo. ¿Entonces has conocido a alguien en el trabajo?

—Sí, claro. He conocido a mucha gente. Tengo muchos amigos y amigas nuevas en Facebook.

—Cariño, te está preguntando si te has follado a alguien del trabajo. — Bárbara se lo estaba pasando en grande.

—Yo no follo.

—Qué cansina eres. Que si has hecho arroz con alguien del trabajo — preguntó Bárbara, que se lo estaba pasando en grande.

—No. Yo nunca haría arroz con un desconocido.

—Hostia. Te has follado a Borja.

—Que yo no follo.

—Has hecho arroz con Borja —metaforeó Bárbara.

—Cariño, ¿te has acostado con tu ex? Pero si lo odias... —María estaba asombrada.

—Bueno, sí. Lo confieso. He hecho arroz con Borja.

—¿Y has hecho arroz por delante y por detrás o solo el arroz del misionero? — Bárbara no podía dejar de reír.

—Qué graciosa.

—Bueno, Nieves. Está bien. Odiar no es bueno. Mientras tú tengas claros tus sentimientos... —apoyó una María en plena tormenta emocional.

—Es que acababa de conseguir el ascenso. Borja se está portando muy bien llevando a Pedrito al colegio. Parecemos un equipo. Nos llamamos si alguno va a llegar tarde. Nos apoyamos. Además, tiene esa cara de perrito apaleado que me da pena. Pero sobre todo es que el jueves conseguí el ascenso y no podía celebrarlo con nadie. Ayer viernes vino porque le pedí que me arreglara un atasco en el fregadero.

—Un atasco. Un atascooooo. Qué clásico. Dios mío, pero si esto parece una película porno. Pero qué antigua eres, hija. Hasta para buscarte excusas.

—No era ninguna excusa, que sí que tenía un atasco.

—Y llamas al desatascador. «Desatasqueitor», ven y me desatascas la tubería — Bárbara estaba mondándose de risa.

—¿A que no lo cuento?

—Vale, perdón, sigue —la animó Bárbara, tapándose la boca para disimular las risas.

—Pues eso, que vino, lo arregló y, cuando terminó, lo invité a una cerveza. Era lo menos que podía hacer. Pedrito se había quedado a dormir con Gonzalo. Estábamos solos. Una cosa llevó a la otra. El pobre tenía una cara de asombrado que le duró hasta que se fue esta mañana. No sé. Ya no lo odio tanto. O no lo odio. No sé.

—Me alegro por ti, cariño —le dijo María acompañando las palabras con un beso.

—Yo también. Borja no es mal tipo. Un capullo, como todos, que no pudo evitar meter el coche en el garaje de la secretaria, pero yo creo que está más que arrepentido. Ese no lo vuelve a hacer. Cada coche en su garaje.

—No lo he perdonado, ¿eh? Es solo que lo odio menos.

—Mujer, anoche cuando lo cabalgabas tenías que odiarlo muy poco.

—Yo no hago esas cosas.

—Lo sabía. Solo el arroz del misionero.

—No sé. Estoy confusa. El trabajo me está encantando. No tengo tiempo para nada, pero tengo dinero. Mi dinero. El dinero que yo gano sin que nadie me lo dé. No es el dinero de mi marido, ni el sueldo de mi marido, ni la pensión de mi ex, ni la subvención del Estado. Es mi sueldo. Mi dinero. Mi trabajo. Me siento bien. Tenía que haber hecho esto antes.

—Bienvenida al siglo XXI. Acuérdate de no traerte nada del siglo XVI, donde ha vivido vuestra merced tanto tiempo.

—Me gusta el siglo XXI.

—Y follar también, ¿a que sí?

—También. Pero yo no hago eso.

Capítulo 22

NOVATA

El partido acabó mal, 22-3, aunque el resultado ya se esperaba. El problema fue que, en cuanto terminó, a la abuela hooligans le dio un arrechucho. Uno de verdad. El enfermero del campo de fútbol haciéndole el boca a boca. La Policía Local separando a las hinchadas que se echaban la culpa del arrechucho. La ambulancia que tardó 40 minutos porque no encontraba el campo de fútbol. Vamos un final de los que se recuerdan. Nada más llegar al McDonald's, las tres amigas mamás tomaron posiciones en una mesa, mientras que los tres amigos hijos hacían lo propio en otra. Justo al sentarse, con sus bandejas repletas de comida, recibieron wasaps del grupo de mamás del equipo con una foto de la abuela hooligans haciendo la señal de victoria con los dedos en la ambulancia, llegando al hospital, abrazada a un médico, con la sonda puesta. La cara sonriente y la señal de victoria eran las mismas; lo único que cambiaba era la situación y el acompañante.

—Creí que esta vez se nos moría —dijo María—. Yo pensaba que estaba fingiendo pero, cuando el enfermero del campo le hizo el boca a boca y no reaccionaba, ya me temí lo peor.

—Pues se lo está pasando en grande en el hospital —comentó Bárbara—. Por cierto, ¿cómo se llamaba el canal de Youtube ese que tenía la hija de tu amor?

—No sé qué estás diciendo.

—Tu enamorado. Su hija tenía un canal de Youtube. ¿Cómo se llamaba?

—Las aventuras de Ana y su mula —aclaró Nieves.

—Qué buena memoria, chica. —Sonrió Bárbara, que puso su móvil en el centro de la mesa para que todas pudieran verlo—. A ver. Sí, aquí está. Esta es la niña. Muy guapa. A ver el último video subido: «Aventura en el Simancón con un padre resbalón». Tiene gracia. A ver si aparece el padre, o sea la mula... aquí no, más adelante tampoco. Aquí. Pausa. A ver. Hala, es muy alto. Dile que se afeite. Bueno. No está mal. Tiene un polvo. Y entonces, resumiendo, novata, ¿te lo encuentras en el camping en la playa, te lo encuentras en el albergue en la sierra, te mojas las bragas por el tío este y no le pides el número de móvil? Novata.

—No me mojé las bragas y creí que nos veríamos en el desayuno. Me quedé dormida y Gonzalo también. Estábamos reventados del camino de las cabras. Hacía años que no dormía tanto —explicó María.

—Bueno pues búscalo en las redes sociales. Tendrá Facebook, Twitter, Instagram. Con ese nombre debe ser fácil de localizar.

—Sí. Lo he encontrado en Facebook y en Instagram. Al parecer, además de trabajar en el Museo del Prado, también vende fotos en agencias de bancos de imágenes en Internet y hace reportajes fotográficos para empresas. Desde luego, la cámara que tenía era profesional.

—¿Y le has pedido amistad y ya has quedado con él?

—No.

—¿No?

—No.

—Novata. ¿Y no has ido al Museo del Prado?

—Sí, bueno. He ido porque me gustan Goya y Velázquez.

—Ya. ¿Y lo viste?

—No. Debe trabajar en la parte no expositiva del museo.

—¿Preguntaste por él?

—No.

—Novata.

—Me da corte. No sé qué pensará. No soy una salida que va buscando un polvo.

—Eso es. —Nieves apoyaba a María por varios motivos. Uno de ellos era que se sentía culpable y feliz por el sexo con Borja, y lo último que quería que pensaran sus amigas era que ella era una salida en busca de sexo—. Las mujeres debemos esperar a que sean los hombres los que den el primer paso. Si ese Bosco...

—Tosco.

—Eso. Si ese Rosco...

—Tosco —dijeron a la par María y Bárbara.

—Si ese hombre estuviera interesado, ya te habría encontrado. Son los hombres los que tienen que actuar, y nosotras las que tenemos que esperar. Los hombres son leones, y las mujeres somos gacelas. Ellos son los que tienen que cazarnos y nosotras, huir o dejarnos cazar por el león que queramos. Las mujeres que buscan a los hombres son unas zorras. Nosotras no queremos sexo, queremos amor; el sexo viene después... si tiene que venir.

—¿Has escuchado algo? —preguntó Bárbara a María. Ignorar a Nieves cuando retrocedía varios siglos era un juego que les hacía mucha gracia.

—No. ¿Por?

—Nada, es que me ha parecido escuchar un viento del siglo XVI. Olía a hoguera de la inquisición, brujería, y a que todas las mujeres son o monjas o putas.

—Sí. Algo así he escuchado yo. —María hizo como que se ponía una mano en la oreja para escuchar mejor—. Espera, escucho algo más. Como si alguien del siglo XVI estuviera llamando a un tal Ador... sí, lo escucho... hay una mujer del siglo XVI llamando a un tal *Desatascador*.

—Vale. Hablad más bajo. Que están los niños al lado —pidió Nieves.

—Estos ni se enteran —dijo Bárbara entre risas, casi atragantándose con una patata—. Desde que Gonzalito tiene móvil, se pasan todo el día

grabándose para su canal de Youtube.

—¿De verdad que Gonzalito tiene un canal de Youtube? —preguntó Nieves.

—No. Le he comprado el móvil para estar siempre en contacto. Cuando está con su padre, nos escribimos muchos wasaps, sobre todo emoticonos, pero no tiene canal en Youtube. Me da no sé qué. De momento solo hace videos que veo yo. Soy su única suscriptora. Pero no lo hace mal. Además, está desarrollando un lenguaje y forma de hablar que le va a venir bien en el futuro. Parece un conferenciante. ¿Puedo contaros algo que me hace sentir culpable y de lo que solo me di cuenta cuando volvimos a Madrid?

—Sí.

—Sí.

—¿Me juráis que no se lo vais a contar a nadie?

—Lo juro —dijo Nieves llevándose la mano derecha al corazón.

—Que sí, pesada. Cuenta —apremió Bárbara.

—Al principio del viaje, pues pensaba en el divorcio. En lo que estábamos haciendo. Si estaba bien. Si estaba mal. Aquel momento, en el cuarto de baño del camping a las tres de la madrugada de la primera noche, me agobié de verdad.

—Eso ya nos lo has contado; ve al grano —exigió Bárbara.

—Pues que, cuando el camino de las cabras empezó a ir mal...

—Te perdiste —puntualizó Bárbara.

—No me perdí.

—Sigue.

—Pues eso. Sobre todo desde que vimos la cruz aquella y nos llevamos el susto con las cabras. Luego la señora mayor que no sabía leer. El camino aquel que no se terminaba. El reencuentro con Tosco.

—Nieves, ¿esta chica ha dicho *reencuentro*?

—Sí.

—Qué romántico.

—Sí. Es el destino.

—Seguro.

—Ya os vale. Pues eso. Que más o menos desde que hicimos el camino de las cabras hasta que llegamos a Madrid...

—¿Qué? Joder, cuéntalo, ya que me he comido todas mis patatas de la ansiedad. — No era exactamente así. Bárbara se había comido todas sus patatas porque le encantaba comer patatas fritas.

—Pues que en todo ese tiempo no me acordé para nada de Julio.

—¡Anda, coño! —exclamó una realmente sorprendida Bárbara.

—Bueno, cielo. Es normal. No te sientas culpable. Con tantos problemas. Con tantos agobios —justificó Nieves.

—No. No es normal. Con ese hombre he vivido 10 años y sin contar el noviazgo. Nos divorciamos. Me voy de viaje y no me acuerdo de él. Era como si Gonzalito y yo fuéramos una familia monoparental de toda la vida.

—No es raro. Yo sé lo que te ha pasado. Es de manual, amiga novata. Tu caso viene perfectamente tipificado en el manual de divorcios varios, sus tipos y sus causas.

—¿Eso es un libro? ¿Lo puedo comprar en Amazon? —preguntó Nieves.

—Debería serlo. Quizás lo escriba yo algún día, que con la cantidad de divorciados que he conocido tengo material para trescientas páginas. A ver, cariño. Lo que te ha pasado es que tú te habías divorciado de Julio hacía años. Solo que ahora lo has hecho real. Pero ya no tenías vínculos con él más allá del que se tiene con un compañero de piso con el que follas de vez en cuando. Perdón. Con el que haces arroz de vez en cuando. Al salir de viaje, dejaste atrás a un matrimonio muerto que se incineró él solito, y sus cenizas fueron esparcidas a los cuatro vientos.

—Algo de razón debes tener. Gonzalito me contó ayer que su padre tiene novia.

—No pierde el tiempo el colega. ¿Te afectó? ¿Te sentiste mal? ¿Celos?

—Me alegré por él.

—Si mi Borja se echa novia, lo capo —se le escapó a Nieves.

—María, ¿has escuchado algo?

—Sí. Otra voz del siglo XVI. Algo sobre una dama enamorada de su doncel al que llama «mi amor», «mi capón», o algo así.

—¿Tú te escuchas, Nieves, cariño? —Bárbara no quería ser demasiado dura con su amiga.

—Bueno. Es normal. O sea, a nadie le hace gracia que su marido, su ex, se eche novia antes que una.

—Nieves, hazme caso. —El tono de maestra de María no admitía réplica—. Plantéate muy seriamente volver con Borja. Perdónalo. Supéralo. Tómate todo el tiempo del mundo. Años si hace falta. Pero ve hacia donde el corazón te está diciendo que vayas. Serás más feliz tú y también tu hijo. Pero sobre todo hazlo por ti. Piensa en lo que tú quieres de verdad. Habla contigo misma. Escucha a tu corazón. Creo que las divorciadas y los divorciados somos como náufragos a los que una tormenta ha destrozado el barco en el que viajábamos en la vida. El barco de nuestra familia. Como náufragos en una balsa en mitad del océano estamos solos, muy solos. Cuando la vida nos pone a otro naufrago cerca, lo mejor es intentar construir un barco con los restos de nuestros naufragios. La mayoría encontrarán náufragos a los que no conocían de nada. En tu caso, el otro naufrago era parte de la tripulación del barco de tu familia anterior, pero ahora es un naufrago igual que tú. Yo creo que puedes construir un barco nuevo con los restos del naufrago del anterior. Con la misma tripulación... Borja, Pedrito y tú, aunque será un barco distinto.

—Lo... lo pensaré... pero porque tú me lo dices y por Pedrito.

—Sí, cielo. Porque yo te lo digo. Por Pedrito. Pero, sobre todo, hazlo por ti. Bárbara, esas son mis patatas.

—No te las ibas a comer. Por cierto, apunta estos dos detalles sobre náufragos. Hay algunos a los que es mejor tirarles piedras antes de que se acerquen demasiado a tu balsa y otros a los que las novatas no les piden sus números de móviles y los ven alejarse en la noche poniendo cara de gilipollas. Pero sigue, que estás muy mona dando consejos.

—Con Nieves es fácil. Es una mujer buena que tiene dudas y les cuenta a sus amigas sus problemas y novedades.

—Buena chica.

—Sí. Hablando de buenas chicas y amigas que les cuentan sus novedades a sus amigas, tu hija Alex es un encanto.

—Sí. Será la primera presidenta del Gobierno de España y de la Unión Europea. — Bárbara estaba terminándose las patatas de María y no la miraba a los ojos porque intuía que su hija había recitado a Shakespeare donde no debía.

—Nunca miente.

—No. No le hace falta. Es una crack.

—Qué bien. Porque el otro día me dijo que tenías novio. ¿Tú sabes por qué diría eso tu hija?

—No tengo ni idea. Nieves, ¿te vas a comer tus patatas?

Capítulo 23

PUEDE DARSE EL AMOR SIN CELOS, PERO NO SIN TEMORES

Una semana más tarde era sábado a la hora de cenar cuando alguien llamó a la puerta de la casa de Bárbara, que recordó las palabras de María. Sí, claro que Bárbara sí sabía por qué su hija dijo que tenía novio. Pero no quería reconocérselo a sus amigas. Todavía no. A Bárbara no le costaba nada abrir sus piernas, pero sí le resultaba muy difícil abrir su corazón. Su relación con Javier iba muy rápido. Estaba muy sorprendida de descubrir a un hombre así. Era una máquina en la cama, sí, sin duda. Pero sobre todo encajaban a la perfección también fuera de la cama. Podía estar horas hablando con Javier y riéndose con él. No era solo en el sexo, con el que alcanzaba cotas de placer increíbles, sino en el resto del tiempo, en que Bárbara sentía que ese hombre era único y especial. Único y especial para ella. No lo veía ni con su amiga Nieves ni con su amiga María. Pero a ella le encantaba Javier.

Una tarde de cine, cena y cama, estaban en la cena en un restaurante. Bárbara pidió un filete con patatas y Javier pidió lo mismo. Por enésima vez Bárbara creyó que era el típico movimiento de machito para complacerla, adularla, halagarla. Había conocido a muchos hombres cuya estrategia de conquista consistía en convertirse en unos sumisos. En unos síes a todo. En unos sinsabores que solo querían acostarse con ella. En el caso de Javier, se

equivocaba. Cada prueba fue superada por el comandante con honores y banda de música. El caso es que Javier también estaba encantado con Bárbara, e igual de sorprendido por ese encuentro en el espacio y en el tiempo. Era un hombre que no quería ser otra cosa que él mismo. En esa cena le apeteció un filete con patatas y lo pidió, sin medir consecuencias ni afinidades y, por supuesto, sin pretender pedir lo mismo que Bárbara solo para agradecerla.

Cuando trajeron sus respectivos platos, Bárbara optó por el sabotaje. Se metió dos patatas en sendos orificios de la nariz y siguió comiendo como si tal cosa. Javier la miró. No cambió el semblante y se colocó también dos patatas en sus orificios de las orejas.

—Está muy bien probar cosas nuevas —dijo y siguió comiendo.

Bárbara estalló en una carcajada que fue seguida de otra de Javier al ver cómo las patatas de la nariz de Bárbara salían disparadas. El carcajeo de Javier solo tuvo como consecuencia que las patatas de sus orejas se cayeran con menos gracia, aunque a ambos les pareció la repanocha. Al resto de comensales no les hizo tanta gracia, pero es lo malo de comer fuera de tu casa.

Cuando esa noche sonó el timbre de su casa, Bárbara sabía quién era el que llamaba. Se había arreglado, no mucho, pero sí lo suficiente. Tenía la casa impecable y a su hija Alejandra esperando en el salón con la cena preparada. Abrir la puerta era un gesto sencillo. Llave, picaporte, giro, etc. Realmente fácil para un humano de tamaño medio. Pero el gesto físico no era lo que a Bárbara tanto le costaba, sino el emocional y simbólico. Aquella casa era territorio femenino. Era el reino inexpugnable de la reina Bárbara y de la reina Alejandra. Ambas odiaban el término *princesa* por lo que de dependiente supone. Eran reinas absolutas. Sin rey. Solo permitían entrar a Gonzalito y a Pedrito como excepción y por sus probadas dotes de caballeros del reino.

En muchos momentos, sobre todo cuando Alex pasaba unos días con su padre, Bárbara tenía la casa para ella sola, pero jamás había invitado a ninguno de sus amantes. Ni a aquellos con los que llevaba años de amistad con derecho a sexo. No eran muchos, y ya tenía con ellos muy buena amistad, pero

no habían sido invitados nunca al reino. Jamás varón alguno traspasó esa puerta. El sexo fuera de casa. En un hotel, en la casa de sus amantes o sitios que prefería no recordar, pero nunca en su casa. Ni siquiera Marcos, el padre de Alex, entraba en su casa.

Por eso, cuando Bárbara abrió la puerta y vio a un sonriente Javier, supo que lo que estaba a punto de hacer le cambiaría la vida.

—Por favor, pase a nuestro reino, insigne caballero. Tiene usted nuestro permiso.

—Me siento honrado por tan galante ofrecimiento, que no se me ocurriría rechazar ni por toda la riqueza de El Dorado.

Otra de las cualidades de Javier que Bárbara adoraba. Cambiaban de lenguaje, de idioma, de siglo, de personalidad, y el tipo no solo le seguía el juego, sino que lo mejoraba y la obligaba a esforzarse. Aún recordaba aquella vez en un restaurante árabe donde ella, por impresionar y fastidiar, le dijo las dos palabras árabes que sabía *asalamu aleikun*, que debe ser como *Buenos días*, a lo que el comandante le soltó una perorata en árabe que ella no pudo seguir. Punto para el caballero. Otra cuestión era el inglés, francés o alemán que ambos dominaban.

Bárbara no pudo dejar de fijarse en el paso firme y decidido de Javier al entrar en su casa. «Esto lo cambia todo», pensó, aunque al comandante no le había contado nada del extraordinario momento que acababa de protagonizar. Una chica no debe contárselo todo a su pareja, solo a sus amigas. Al día siguiente tenía una llamada obligada a María y a Nieves. Temía y sentía una enorme curiosidad por la reacción de Alex. De nuevo, el comandante le dio la mano. Nada de besos. Alex sonrió. Bárbara supo que todo iría bien, aunque no sería fácil. Aquella era la primera vez que un hombre entraba en su casa y la primera vez que presentaba a un hombre-amante a su hija. Javier le había traído a Alex un regalo: una camiseta del Real Madrid. Bien jugado.

—«Conservar algo que me ayude a recordarte sería admitir que te puedo olvidar» — dijo Alex.

—Shakespeare, ¿verdad? —preguntó Javier.

—Muy bien. Pocas personas sabrían que es una frase de Shakespeare — aprobó Alex.

—No, qué va. No lo sabía. Tu madre me dijo que siempre estás recitándolo.

—Ah. Vaya. ¿Entonces no has leído a Shakespeare?

—Sí. Mejor. He visto sus obras en Londres. En el Shakespeare's Globe Theatre, que es donde se suelen representar. Si quieres podríamos ir algún día los tres a ver alguna.

—¿Impresionar a la hija de tu novia tú quieres?

—Claro, caballera Jedi. Pero es que «el que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho».

—Eso no es de Shakespeare —dijo Alex, aunque no estaba segura.

—No. Es de Cervantes, de *El Quijote*. ¿Lo has leído?

—Está en mi lista de lecturas.

—Te va a gustar.

—Madre que ahora trae extraños invitados a cenar, ¿no te unes a este duelo de saberes?

—Yo soy más de Cormac McCarthy.

—Es muy bueno. Pero aún no para Alex.

—No. Aún no.

—Soy muy mayor. A ver, mamá, ¿que diría algún personaje de ese McCarthy?

—Diría: «Jódete, niña, y vamos a cenar».

—Vaya, un tipo duro, ¿eh? —comentó Alex.

—Ni te imaginas, Alex, a mí *La carretera* me dejó sin dormir. Cuando tengas dieciséis y el permiso de mamá, te dejo la novela. Es buena pero dura. No tiene un final feliz —aclaró Javier.

Y así comenzó la cena que a los diez minutos ya tuvo su primera carcajada. Bárbara sabía que Javier y Alex se llevarían bien, pero verlos hablar le encantaba. Ahora de aviones de caza, ahora de la última película de Marvel,

ahora de las consecuencias de que el continente América se llamara *Colombia* como debía haber pasado, ahora de las posibilidades de que hubiera lagos subterráneos en Marte. Eran un no parar de hablar. A veces Bárbara dejaba de intervenir en la conversación y veía cómo aquellos dos no la necesitaban para montar conversaciones de lo más divertidas a la par que intrincadas. Se estaban cayendo bien.

Tras la cena un café, pero nada de quedarse a dormir. Era lo acordado. Para eso faltaba un tiempo aún. En la puerta los dos amantes, ahora ya novios, pareja, algo más, remolonearon un poco. No querían despedirse. Parecían adolescentes en el portal de la novia que llegaba ahora a su casa, pero no quería entrar todavía. En este caso no quería que el comandante se fuera. Por fin, un beso furtivo puso fin a la cita. Bárbara regresó al salón como en una alfombra voladora. Le faltó poco para ponerse a bailar y a cantar en plan musical de Hollywood de los años sesenta. Alex la esperaba en el sofá.

—Me cae bien el comandante.

—Tú a él también le has caído bien.

—Lo sé. ¿Te puedo hacer una pregunta, madre que todo lo sabes y a la que veo en una nube?

—Pregunta lo que quieras, hija que no deja que su madre saboree momentos especiales debido a su insaciable curiosidad.

—¿No te da miedo enamorarte a tu edad?

Bárbara sabía que su hija no se lo preguntaba por maldad, ni por fastidiarla, ni quería llamarla *vieja pelleja*, ni nada de eso. Realmente, era curiosidad científica y preocupación de hija. Alejandra quería saber si su madre tenía miedo de enamorarse a su edad porque estaba preocupada por ella.

—«Puede darse el amor sin celos, pero no sin temores».

—Este Shakespeare vale para todo.

—Ya te digo.

Capítulo 24

YO INVITO

Nieves había pasado una semana dura en el trabajo. Había aprendido el sistema contable de la multinacional a marchas forzadas. Estudiando en su casa los enormes manuales. Su jefe era un chaval diez años más joven que ella. Un ejecutivo nato. De los de traje chaqueta con la marca bien visible hasta para jugar al pádel. Un pijo con gomina y reloj de los que costaban un mes de sueldo del ejecutivo. Lo que vendría a ser dos meses de sueldo de una técnica en gestión contable, que era oficialmente la denominación del nuevo puesto de Nieves, o asesora financiera, como ella prefería llamarlo. Pero no era tonto. Nieves supo, porque se lo dijo el muchacho nada más presentarse en su despacho para incorporarse a su nuevo puesto, que a su jefe no le importaba si era mujer u hombre, joven o vieja, rubia o morena... lo único que le importaba era una palabra que repetía constantemente: eficacia. Si demostraba eficacia, bien; si no, hablaría inmediatamente con la jefa de personal para que la reasignaran a un puesto de más acorde a sus capacidades.

Los primeros días fueron un tormento para Nieves. Ahora que tenía engrasada la maquinaria de horarios, comidas, meriendas, deberes, etc., se veía en una situación donde tenía que estirar las horas de oficina. Llegaba a su casa absolutamente agotada mental y físicamente. Cuidar de Pedrito se había convertido en un objetivo secundario frente a conseguir afianzarse en su nuevo puesto. «Es algo temporal», se repetía con la terrible sensación de ser una

mala madre. Afortunadamente, Borja siempre estaba allí. Adecuó su horario de comercial a las necesidades de Nieves. Perdió algunas ventas. Se ganó alguna mala cara de su jefe y las burlas de sus compañeros vendedores, que jamás se habían ocupado de sus hijos. Pero, siempre que Nieves lo llamaba para que se quedara más tiempo con Pedrito o lo llevara al médico, o a los entrenamientos, Borja solo le preguntaba los datos necesarios, horario, lugar, etc. Jamás le preguntaba por qué sí o por qué no. Nunca un reproche ni una queja. Funcionaban como un equipo. Como una familia que, más que desestructurada (Nieves odiaba el término «desestructurada»), era alargada: con dos casas, un papá, Borja, y una mamá, Nieves, trabajadores ambos, y todo girando en torno a su hijo, Pedrito. Sobre el arroz del misionero, Nieves prefería no pensarlo mucho. Solo tenía dos cosas claras. Le había gustado mucho ese arroz y ya no odiaba a Borja. No sabía muy bien qué sentía, pero odio no era.

La semana había sido dura, pero ese viernes Nieves ya no se sentía mal. Sus compañeros eran todos muy listos y muy profesionales, pero ella tenía la sensación de que estaba consiguiendo su respeto. También tenía la seguridad de que pronto estaría al mismo nivel que ellos. La contabilidad era un mar de números donde ella navegaba bien. Las hojas de cálculo eran mapas sin ningún misterio para Nieves. Le encantaban esas pantallas llenas de números, fórmulas, gráficos. Además, ese viernes tenía una novedad en su puesto de trabajo. En vez de una pantalla tenía dos. Se lo había visto a Bárbara en el despacho de su casa. Dos pantallas conectadas al mismo ordenador. Lo que en la práctica era como tener una pantalla el doble de ancho en cuanto te acostumbrabas. Cuando esa mañana de viernes empezó a trabajar con las dos pantallas, se dio cuenta de que era fácil adaptarse y de que realmente era una mejora.

Conseguir que le pusieran una pantalla extra había sido muy curioso. El jueves a última hora localizó en el organigrama la situación del departamento de informática. En el sótano, cómo no. Cuando ya se iba a las 18:00, en vez de

parar en la planta baja, pulsó el sótano. Al abrirse las puertas del ascensor, se encontró con una sala enorme con muchos puestos de trabajo, todos con dos pantallas y con decenas de informáticos aporreando teclados a una velocidad endiablada. Curiosamente, la sala estaba muy silenciosa. Nieves también descubrió que todos y cada uno de los informáticos tenían unos auriculares conectados a sus respectivos ordenadores. Otro detalle que a Nieves le hizo mucha gracia es que allí no parecía ninguno de los presentes un ejecutivo agresivo como su jefe. Ni tenían una vestimenta acorde al nivel de la empresa, media etiqueta mínimo. Al parecer, los informáticos estaban exentos de esa norma, y todos sin excepción vestían una amplia gama de ropa con el denominador común que parecía sacada de la sección de caza y pesca de Decathlon. Pantalones caqui, incluso alguno directamente de camuflaje, con muchos bolsillos. Chalecos sin manga, igualmente con muchos bolsillos. Gorras militares. Más que la zona de informática, parecía el cuartel general de los marines de los Estados Unidos de América a punto de entrar en combate. Unos marines con una forma física pésima. Otro denominador común era que, aunque la edad variaba entre los 20 y los 50 años, todos estaban medio calvos. Nieves observó que todos eran hombres; no había ninguna mujer. También coincidían en lucir distintos tipos de barba: desde la típica de tres días hasta uno cuya barba le llegaba hasta la cintura.

Ninguno miró a Nieves cuando salió del ascensor. Ella salió, dio unos pasos tímidamente, pero no había nadie a quien dirigirse. Todos estaban mirando sus pantallas como si lo que estuvieran viendo fuera lo más interesante del mundo. Al final optó por acercarse al tipo que estaba más cerca. Un chaval de poco más de veinte años con cara de niño. Tosió un par de veces y por fin el informático salió de su concentración dando un bote en la silla, como si hubiera visto un fantasma; lentamente se quitó el auricular de una oreja.

—Hola. —Nieves sonrió. El informático no hablaba—. Quería pedir un favorcito si es posible.

—Los usuarios no vienen al sótano.

—Ya. Pero es que solo es un favor y quería ver si era posible. —Nieves observó que varios informáticos, cual suricatos en la estepa africana, levantaban la cabeza de sus pantallas, mirándola con la boca abierta.

—Los usuarios tienen un formulario en la intranet para hacer peticiones.

—Sí. Lo sé. Solo te quiero hacer una pregunta y ya me dices si es posible o no, ¿sí? ¿No? —Los suricatos informáticos comenzaron a levantarse y acercarse a Nieves, que había presidido demasiadas reuniones de padres de alumnos para sentirse intimidada—. ¿Te puedo hacer la pregunta?

—Espero pregunta —dijo el chaval en un tono entre robótico y acojonado.

—¿Es posible que, en vez de una pantalla, tuviera dos, sincronizadas como un escritorio horizontal, con la barra de herramientas en el monitor izquierdo que haría de monitor principal? —Nieves se lo había aprendido de memoria. Antes de bajar había llamado a Bárbara y ella era la que le había dicho lo que tenía que pedir. Los suricatos informáticos se movieron inquietos y sonrientes. Un usuario que no era torpe... por fin... un usuario avanzado. Los suricatos formaron un círculo alrededor de Nieves y el chaval. Todos lo miraron en cuanto Nieves formuló la pregunta. Nieves pensó que estaban conectados entre ellos por un chip que les permitía comunicarse telepáticamente y le estaban diciendo lo que tenía que responder.

—Sí.

—Muy bien. Mañana te hago la petición por el formulario de la intranet.

—Sí. No. No hace falta. Haremos una autopetición.

—Bueno. ¿Te doy mis datos? ¿Te digo dónde está mi puesto?

—No hace falta. Eres la usuaria NHJ356.

—Sí. Vaya. Bueno me voy. Gracias. —Nieves iba a dirigirse al ascensor cuando los suricatos informáticos comenzaron un movimiento nervioso, como ondulante, y miraban fijamente al chaval. Algo se estaban comunicando telepáticamente—. ¿Ocurre algo?

—Sí. No. Sí. No. No. Sí.

—¿Eso es código binario? —No era mal chiste, pero lo que brotó del grupo de suricatos fue una risa colectiva muy rara y un poco excesiva. Nieves creyó escuchar entre susurros: «Usuario avanzado, casi de los nuestros».

—No. Solo queríamos darte una info, usuario NHJ356.

—Mi nombre es Nieves.

—Sí. Lo sé. Verás, usuario NHJ356. Los viernes vamos al bar de la esquina a tomar unas cervezas, por si algún día quieres ir.

—Vale, lo tendré en cuenta. Adiós —saludó Nieves.

El chaval sonrió como si le hubiera tocado la lotería. El resto de suricatos informáticos también. «Así que a esto se refería Bárbara cuando decía que todos los hombres son idiotas. Bueno era saberlo», pensó Nieves. Los suricatos volvieron silenciosos a sus puestos de trabajo sin dejar de mirarla. Nieves se fue directo al ascensor, entró y miró al suelo. Justo antes que se cerraran las puertas, levantó la vista y sonrió a toda la sala, haciendo un barrido con la mirada que taladró los pobres corazoncitos solitarios de los suricatos informáticos. Nieves escuchó unos ruiditos muy extraños provenientes de la manada de suricatos conforme se cerraban las puertas. Ese truco de mirar al suelo y luego taladrar con la mirada también era de Bárbara. Buena amiga.

Al día siguiente tenía las dos pantallas y Nieves trabajaba feliz cuando apareció su jefe a su lado. Su jefe siempre llegaba una hora más tarde y se iba una hora antes que el resto.

—¿Dos pantallas?

—Sí.

—¿Por?

—Es más eficaz.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Hay que rellenar un formulario en la intranet.

—Bien. Eficacia. Bien. ¿Te puedes quedar hoy más tarde? Van a entregar un informe a última hora y quiero que me hagas una gráfica de previsión con las

cifras.

—Sí.

—Bien.

En cuanto su jefe se fue, Nieves le envió un wasap a Borja.

—Me tengo que quedar hasta tarde, ¿puedes quedarte con Pedrito hasta que llegue?

—Sí. Pero este fin de semana le toca conmigo. Como hoy es viernes, mejor me quedo ya en el piso y te lo llevo el domingo a las 20:00. ¿Ok?

—Ok.

A Nieves no le hacía gracia no ver a Pedrito, pero realmente era una buena solución para todos. Ella estaba más tranquila. De nuevo esa sensación de agradecimiento que esta vez no fue asesinada por ningún sentimiento de odio. La sensación se movía a gusto en el corazón de Nieves. Había mucho sitio allí tras la desaparición del odio. Mucho sitio para que lo ocuparan otros sentimientos que nada tenían que ver con el odio, sino todo lo contrario. Era un buen corazón el de Nieves. El veneno del odio lo había deformado, estrujado, ennegrecido... sin rastro del odio, el corazón de Nieves recuperó su verdadera forma, su buen color y un latir alegre. No había nada bueno en ese odio. Nieves se sintió serenamente feliz por haberse desprendido de tan negativo, tóxico y dañino sentimiento. Tanto daño le había hecho directamente a Borja... como indirectamente a Pedrito y a ella misma... Sin odio, la primera en beneficiarse fue la propia Nieves.

Cuando terminó su trabajo, a punto estuvo de pasarse por el bar de los suricatos. Otro día. A esa hora solo encontraría suricatos borrachos. Lo primero que hizo al llegar a su casa fue darse una larga ducha. Estaba contenta. Había hecho bien esa gráfica de previsión a la que le había añadido una tabla dinámica. Con esa hoja de cálculo su jefe estaría entretenido un buen rato. Sacó una pizza del congelador, se la preparó y se comió la mitad con una cerveza. Iba a mandarle un wasap a Borja para ver cómo estaba Pedrito, pero se quedó dormida en el sofá. No supo cómo había llegado a la cama, con

media pizza en la mano, cuando al día siguiente se despertó tarde, descansada y con una energía enorme. Así que se dedicó a limpiar la casa y preparar comida para toda la semana siguiente. Después de comer se quedó dormida en el sofá viendo una película. Cuando se despertó, se preparo un café cargado. Por la noche, a eso de las 21:00, llamó a Borja.

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo está el niño?

—Bien. Ahora vamos a ver una película. *Scooby doo y el fantasma de la ópera*.

—Vale.

—La ponen en Disney, así que es para niños.

—Sí. En el canal Disney ponen buenas películas para niños.

—Sí.

—Oye, gracias por recoger a Pedrito.

—No me tienes que dar las gracias por eso. Soy su padre.

—Ya. Bueno. Te avisé con poco tiempo. No sé si tienes problemas en tu trabajo con el horario y eso. Es que en el mío tenemos unas tarjetas de control horario y son muy estrictos.

—Lo entiendo. A mi jefe no le gusta esta nueva situación, pero aun así sigo vendiendo. No soy el número uno de la empresa, como antes, pero tampoco soy el peor. No te preocupes.

—Bien. ¿Entonces *Scooby Doo* en el canal Disney?

—Sí.

—Bien. ¿Y mañana qué vais a hacer?

—Mañana por la mañana vamos a ir al cine. Aún no sabemos cuál vamos a ver y después no tenemos planes.

—El cine. Qué bien.

—Sí.

—Sí.

—Nieves.

—¿Sí?

—¿Quieres venir al cine mañana con nosotros?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Yo invito.

Cuando terminó la conversación, se sintió bien. Ir al cine un domingo por la mañana con su hijo y Borja era lo que quería hacer. Se dio una larga ducha, tras la que se secó el pelo y se lo recogió en una cola de caballo con una gomilla. Por si acaso, se iba a guardar otra gomilla que siempre son útiles para arreglarse en la oficina. Se le ocurrió que el mejor sitio para guardarla y tenerla siempre a mano sería colocársela en la muñeca. Cuando la vio allí, tan eficaz, tan a mano y tan útil, sonrió. Ahora comprendía a esas madres con sus gomillas para el pelo en la muñeca. Ya era oficialmente del club de las madres divorciadas trabajadoras.

Capítulo 25

EL CONQUISTADOR CONQUISTADO

María releyó lo que acababa de escribir en su portátil:

«La situación en la recién fundada ciudad de Santa Fe de Bogotá era curiosa. Corría el año 1539 cuando tres expediciones coincidieron en lo que después sería llamada *Colombia* y que en ese momento era conocida por los españoles como Nuevo Reino de Granada. Aquello fue lo de encontrar una aguja en un pajar, pero a lo bestia. En plena altiplanicie de los Andes coinciden tres expediciones españolas, sin que ninguna tuviera noticias de las otras dos hasta que se encontraron. La de Gonzalo Jiménez de Quesada, que fundó la ciudad; la de Sebastián de Belalcazar, veterano de las Guerras Incas; y la nota colorida la ponía la expedición de Nicolás Federman, un alemán al que el emperador Carlos había otorgado poderes de conquistador a cambio de perdonarle ciertas deudas al siempre endeudado Imperio español. Allí se encontraron los tres conquistadores y a punto estuvieron de entrar en pequeña guerra civil y multinacional. Con los americanos mirando a ver cómo acababa la contienda a efectos de saber contra quién guerrear para defenderse de la invasión europea.

Con mucho cuidado, muchos vuestra meced, señor hidalgo, tengamos la fiesta en paz, que nos están mirando. Los expedicionarios, de una forma excepcional en aquella época, decidieron no tirar de espada y que fuera el emperador Carlos quien decidiera a quién correspondía qué parte del

territorio. Obviamente, a los americanos que vivían allí no se los invitó al reparto. A miles de kilómetros del territorio motivo de la contienda, en España, el emperador Carlos decidió que Jiménez de Quesada fuera nombrado mariscal del Nuevo Reino de Granada, y a Sebastián de Belalcazar lo nombró gobernador de la ciudad de Popayán. Para Nicolás Federman no hubo nada; en Alemania había estallado la reforma luterana y no se querían centroeuropeos correteando por América comentando alegremente aquello de que en Europa había una reforma protestante contra el catolicismo. En América, los españoles guerreaban contra los americanos para arrebatárles sus territorios y de paso implantar la fe católica. En Europa los españoles guerreaban contra los centroeuropeos para aplastar la reforma protestante y de paso arrebatárle sus territorios. Muchas guerras para tan pocos españoles... pero estos pocos compensaban su escaso número con una ferocidad temible. La famosa furia española.

El capitán Don Alonso Luis de Sevilla, que se encontraba bajo las órdenes del mariscal Quesada, no pensaba tanto en guerrear como en amar. Diestro en el arte de la esgrima, si había que sacar la espada, no lo dudaba. Siempre seguía el lema que había grabado en su hoja toledana: “No me saques sin razón, no me envaines sin honor”. Don Alonso había combatido, y bien. De capitán pronto pasaría a ostentar un cargo más importante. Pero esa noche no le preocupaban los cargos futuros, sino el hecho de que su vida había cambiado para siempre por una sencilla conversación. En la soledad de su tienda afilaba su espada y su daga con pericia mientras pensaba y repensaba la nueva situación. El capitán prefería combatir al estilo italiano que había aprendido en las guerras de Nápoles. En la diestra, la toledana, su espada de cazoleta, y en la siniestra, la vizcaína, su daga de medio metro. Con 25 años no recordaba un día en el que no hubiera sido soldado. Enrolado a los 9 años, tenía más experiencia que otros que peinaban canas bajo sus cascos. Esa noche Don Alonso estaba urdiendo un plan de batalla. Su corazón era en sí mismo un campo de batalla. La princesa Zulía seguía prisionera o, como el

mariscal prefería decir, era invitada forzosa hasta que su padre, el cacique Zaqá, tuviera a bien pagar los gastos de alojamiento. Un secuestro y exigencia de oro a cambio de la vida de la princesa, disfrazado de toma de rehenes. Para Alonso, aquella expedición ya no era una gloriosa empresa para mayor fama del imperio y el emperador. Aquella expedición, como casi todas, era un ejercicio de invasión militar que combinaba la delincuencia organizada y el expolio legalizado. El capitán Don Alonso Luis de Sevilla era el responsable de la prisionera entre otros cientos de responsabilidades más. Todos los días se aseguraba de que la princesa estuviera bien. La cabaña donde la retenían estaba limpia; la princesa, aseada y con comida que ya quisieran para sí alguno de sus soldados. La princesa hablaba bien español; un misionero había pasado un año en su aldea convenciendo a su padre, el cacique, de las bondades de Europa en general, de España en particular y de la religión católica por encima de todo. Zulía aprendió rápido el idioma, aunque no acababa de entender la religión de los barbudos, por mucho que se la explicara el misionero. Dejó de intentarlo cuando aparecieron los primeros soldados y comenzó la guerra. Los soldados españoles no traían religión ninguna, y sí mucho acero, muchas armas de fuego y esos animales extraños y maravillosos llamados *caballos*.

Alonso y Zulía mantenían la misma conversación cuando el capitán iba a cerrar la puerta de la cabaña-prisión por la noche.

—¿Desea vuestra merced alguna otra cosa? —preguntaba el capitán antes de cerrar la puerta hasta el día siguiente.

—Sí.

—Estoy a vuestra disposición.

—Liberadme.

—No tengo órdenes al respecto de mi señor el mariscal, señora mía.

—Lo que no tenéis es corazón.

—Vuestras palabras son certeras. El que antes habitaba en mi pecho ya no se encuentra allí.

Hablaba bien el capitán. Era un guerrero ilustrado de los que tantos abundaban en ese convulso siglo XVI que habría de cambiar la historia del mundo. Repartidos por todo el planeta, la mayoría de las veces con más pena que gloria, los soldados españoles repartían tantos espadaños como versos en nombre del imperio donde nunca se ponía el sol. Zulía tardó en comprender el sentido de las palabras del capitán. Una noche soñó con él. Ambos, desnudos en una playa, repetían la misma conversación de todas las noches. Zulía se despertó empapada en sudor y conocimiento de dónde estaba el corazón del capitán. La noche siguiente, la conversación varió ligeramente.

—¿Desea vuestra merced alguna otra cosa?

—Sí.

—Estoy a vuestra disposición.

—Liberadme.

—No tengo órdenes al respecto de mi señor el mariscal, señora mía.

—Lo que no tenéis es corazón.

—Vuestras palabras son certeras. El que antes habitaba en mi pecho ya no se encuentra allí.

—Liberadme. Yo os lo ruego, ya que no puedo ordenároslo, en nombre de quien tiene más autoridad que vuestro señor el mariscal.

—¿Mi señor Don Carlos el emperador?

—Aún más.

—¿Dios?

—El amor.

—Es grande autoridad esa. Buenas noches, Zulía.

—Buenas noches, Alonso.

Con esas sencillas palabras habían establecido un vínculo que les habría de durar toda la vida. Mientras esa noche —como todas las noches— Alonso afilaba su espada, terminó de elaborar un plan. Una locura que inmediatamente su mente militar analizó y redujo a muchas pequeñas acciones. Acciones posibles que, una tras otra, llevarían al éxito. Tras años de aventuras

americanas (unas exitosas y otras no), todas a vida o muerte, él tenía suficiente oro; efectuaría el pago de la princesa con la mediación del cacique Zaqa que, aunque odiaba a todos los españoles, adoraba a su hija. Después pediría licencia al mariscal para partir a España a luchar contra el hereje alemán sin pedir nada a cambio de los servicios prestados. Que eran muchos y muy valiosos. La cicatriz de su mejilla y su media oreja que quedó en la selva lo demostraban. El mariscal estaría encantado. Menos oro para repartir. Pero también sospecharía de alguna traición y probablemente lo hiciera seguir y asesinar. En esas tierras y en esa época, los confiados morían pronto. Con más motivo sospecharía el mariscal cuando, en su regreso a la costa Atlántica, Alonso recogiera a la princesa para casarse. A partir de ahí tendrían que correr por sus vidas. El mariscal no era de los que pedían explicaciones y sí de los que ahorcaban a racimos. Árboles llenos de sospechosos lo atestiguaban. España era un destino imposible. Alonso tenía otra idea. El norte. Las tierras del Imperio mexicano recién conquistadas por Hernán Cortés. A oídos de Alonso había llegado que más al norte se habían descubierto unas tierras que llamaban *California*. Curioso nombre. *California*. La tierra de Califia. La reina de las Amazonas negras que aparece en la novela *Las hazañas de Esplendian*. Quinta entrega de las aventuras de Amadís de Gaula y que Alonso había devorado. Era un soldado, pero de los que se pasaban noches enteras leyendo aventuras de caballerías. Una caballería que se estaba perdiendo en esa invasión americana. No había mucha nobleza ni caballerosidad en secuestrar una princesa y pedir rescate. Llegar a California con la princesa iba a ser toda una aventura. Alonso ya había repasado todos los puntos de su arriesgado plan y, con la capacidad que da la experiencia de toda una vida en armas, se echó a dormir. A la mañana siguiente pondría en marcha el primer punto de su plan».

María lo leyó todo en voz alta. Menos mal que aprovechaba que Gonzalito estaba con su padre para escribir, o su hijo pensaría que su mamá estaba loca. Lo más divertido era cuando leía los diálogos porque interpretaba lo que

decía cada personaje con su voz y con su entonación. El de novelista era un trabajo que le encantaba. Cuando terminaba un capítulo, le costaba volver al siglo XXI. Normalmente se había olvidado de comer o de dormir.

La novela seguía. Había superado el bloqueo y recuperado las ganas de escribir. El divorcio quedaba atrás. Solo había un pensamiento que le cruzaba la cabeza de oreja a oreja y de nariz a nuca. Siendo sincera consigo misma, reconocía que la cara que le ponía a su personaje principal masculino, el capitán Don Alonso Luis de Sevilla, era la de un Tosco con 25 años, y la cara que le ponía a la princesa Zulía era la de ella misma. No sabía cómo resolver sus propios problemas de su propia historia de amor. Bueno a ver, amor no, o sea, que estaba interesada, sí, que le gustaría volver a ver a aquel tipo, claro, pero que aquello no era amor, amor, amor lo que se dice amor, y sobre todo que no tenía ni idea de cómo hacerlo. Al menos el capitán Don Alonso Luis de Sevilla tenía un plan para rescatar a la princesa, que ya vería el tal Alonso que de princesa sumisa nada. Que sí, que a la muchacha le había revolucionado las entrañas aquel capitán español desorejado que peleaba a espada y daga, pero era un enemigo de su raza y de su padre y ella era una princesa guerrera. Bueno, María tampoco podía poner demasiados temas en la misma novela, que luego le salían unos tochos de 600 páginas y su editora, Pepa, la reñía diciéndole que ahí había por lo menos tres novelas distintas.

La princesa Zulía, como todos sus personajes femeninos, era una mujer fuerte e independiente, pero también enamorada. A María le quedaban muchas horas de escritura por delante. Muchas páginas para ir desarrollando la historia... y mucho tiempo para intentar desarrollar su propia historia. Pero María no tenía ni idea de cómo hacerlo. O sea, situarse en la época de la conquista de América y rescatar a una orgullosa princesa del secuestro de un malvado mariscal del Imperio español por parte de un valiente capitán y llevarla de Colombia a California sí que sabía hacerlo. Lo tenía todo en su portátil con múltiples documentos, mapas, fechas, biografías, esquemas, personajes, etc. Eso sí sabía cómo hacerlo. Lo suyo con Tosco no. Ni idea.

Capítulo 26

GACELAS CAZADORAS

María no se sentía del gremio de las gacelas a las que hacía referencia su amiga Nieves. No se sentía una persona pasiva. Una penélope a la espera de que su Ulises volviera de Troya. Ella era una mujer con iniciativa. Tanto es así que fue ella la que tomó la decisión del divorcio. Pero esto era distinto. No sabía o no podía iniciar una acción para conocer a Tosco. Se sentía como si durante sus años de estudiante le hubieran quitado la mitad de las asignaturas y el primer día de clase como maestra no supiera qué hacer. No tenía recursos. No tenía entrenamiento a la hora de iniciar una relación con treinta y cinco años y con un hijo. Nunca se apuntaría a esas webs de contactos donde Bárbara conocía hombres como quien va al mercado a comprar pescado.

—Póngame un «hombrebesugo» bien grande, pero que no tenga cara de besugo.

—Señora en nuestra web de «contactospescadería» todos los «hombrebesugos» tienen cara de besugo.

—¿Pero tienen buena conversación? ¿Leen más de un libro al año?

—Señora. Son «hombrebesugos». No querrá, además, que lean y tengan buena conversación.

—Entonces un «hombresalmón».

—Los hombres salmón sí que no leen nada, solo hablan de fútbol.

—Con que esté limpio me conformo.

No. Nada de webs de contactos. María era romántica como sus novelas. Como las novelas de sus compañeras de editorial, que leía en su portátil o en su tablet. Aunque también leía de todo y siempre aliñaba sus lecturas con algún género no romántico como un buen *thriller*, histórica o alguna más incalificable. Ya había terminado *Los asquerosos* y había comenzado *Mala Letra*, de Sara Mesa. Le encantaba esa autora. No es que fuera la alegría de la huerta, pero escribía de maravilla. Con personajes muy cercanos. Muy reales. De nuevo una ráfaga de pensamiento la atravesó de oreja a oreja, de nariz a nuca. Tosco no se le iba de la cabeza. Al menos no por demasiado tiempo.

«¿Pero qué nos pasa a las mujeres? ¿De verdad que somos inactivas? ¿Gacelas en la pradera africana? ¿Miles de años de educación aplastante? ¿El terrible peso del qué dirán? ¿El miedo al rechazo? ¿La obsesión por la magia dentro del amor? ¿El amor no se busca, surge? ¿Pero dónde surge? ¿Por qué sigo pensando en Tosco?», se preguntaba María. Aquel tipo del camping y del albergue... Habían sido por casualidad los dos encuentros. Ella no los había buscado. Era el destino. El amor. Amor no. La posibilidad del amor. Se sentía más cerca de Tosco por aquella noche en la sierra de Cádiz que de ningún otro hombre. En su trabajo, todos sus compañeros del colegio estaban casados. Solo el director estaba divorciado, pero era insoportablemente machista. María dudaba de su versión de los hechos. Él decía que se había divorciado de su mujer para dedicarse por entero a su vocación docente. Ella creía que había sido su esposa quien le había dado la patada. Por machista y por gilipollas.

María no buscaba nada. Ella no estaba buscando un hombre. No buscaba el amor. El amor no se busca, se encuentra. Reconocía que le gustaría tener pareja. Sentirse enamorada otra vez. Pero estaba muy cansada tras su relación con Julio. No se había conformado con quien había sido su amor de juventud, su esposo y padre de su hijo. No se había conformado en cuanto sintió que su pareja ya no le hacía sentir como antes. Pero María creía en el amor. Lo que no creía era que lo que tenían Julio y ella al final del matrimonio fuera amor.

Bárbara lo había definido muy bien. Compañeros de piso que de vez en cuando follaban. Era cierto. Y padres de un niño maravilloso. También. Pero no pareja. No eran una pareja de amantes. María estaba convencida de que su decisión de divorciarse había sido lo mejor que había hecho en su vida. Pero no quería problemas. No quería embarcarse en aventuras amorosas de incierto final. Tenía un hijo. No era una alegre veinteañera sin hijos. Era una madre. Pero era una mujer. Mujer antes que madre, biológicamente indiscutible, pero sobre todo madre. Ahí estaba otra vez. Ese pensamiento de oreja a oreja. De nariz a nuca. Tosco.

Uno de los motivos por lo que Tosco le había gustado tanto era la relación que tenía con su hija Ana. Lo que habían pasado esos dos solo lo sabían ellos. Pero desde luego Tosco tampoco era un veinteañero. Era un hombre de cuarenta años con mucho vivido a sus espaldas. Un padre ejemplar. Un tipo que quería con locura a su hija. María se sentía estúpida. ¿Cómo lo había dejado escapar? Idiota. No, idiota no. Novata. Sin experiencia en la pradera africana, se había comportado como cuando tenía quince años. Como una gacela a la espera de que el quinceañero de turno no hiciera demasiado el ridículo a la hora de pedirle ir al cine. Seguro que en Internet había cientos de manuales en PDF para madres divorciadas. En Amazon habría miles de libros de autosuperación del divorcio y cómo iniciar una nueva relación. Pero en ese momento María no tenía ninguna gana de ponerse en *mode learning*. Novata. Al menos la princesa Zulía le había hecho saber al capitán que lo amaba. Una mujer con iniciativa. Ella no. ¿Pero cómo hacerlo? ¿Cuándo hacerlo? ¿En la puerta del cuarto de baño del camping? ¿En el albergue cuando Tosco le contaba la terrible historia de su hija y su ex?

—Oye Tosco, que todo eso que me estás contando está muy bien, pero ¿qué te parece si acostamos a los niños en la misma habitación, y tú y yo jugamos a los médicos en otra?

—Joder, ya tardabas mucho en pedírmelo... que, como te siga contando mi vida, deprimimos aquí hasta a las cabras.

Hubiera estado bien. Sobre todo por las cabras. Pero no. Ella no era así. No tomaba iniciativas. Era una gacela. No. Era una novata. Sea lo que fuere que era, no le gustaba esa situación. Tenía que cambiar. Sería una gacela, pero sería una gacela cazadora. De las que toman iniciativas y, si algo les gusta, lo dicen y van a intentar conseguirlo. Si la gacela está pastando tranquila en la pradera africana y aparece un león alto y atractivo, pues se va para él.

—Hoooooola león, bonita melena.

—Estoooooo... ¿Sí? ¿Te gusta?

—Oh, sí. Y vaya rabo tienes.

—¿Perdón?

—Tranquilo, leoncito, me refiero a la primera acepción de rabo en el diccionario *on line* de la Real Academia de la Lengua Española: «Extremidad de la columna vertebral de algunos animales».

—Ah. Que conste que la sexta acepción también se corresponde con la realidad. ¿Sabes cuál es la sexta acepción?

—Despacito, bigotes, me la puedo imaginar. Ya tendrás tiempo de demostrármelo, pero primero pedimos una pizza, ¿no?

—¿Barbacoa?

—Vegetal.

—¿Mitad y mitad?

—Tú y yo vamos a entendernos muy bien, melenitas.

El timbre de la puerta hizo pegar un respingo a María de su silla y la hizo volver al mundo real. Lejos de América y de África. Cuando se le disparaba la imaginación, se aislaba del mundo. Eran las 20:00, la hora en que Julio traía a Gonzalito después de pasar una semana juntos. María abrió la puerta, aún sonriente por la conversación entre la gacela y el león. ¿Daría para una novela esa historia o para un relato corto? Gonzalito entró a la velocidad de la luz diciendo algo acerca de ir al baño o se orinaba encima. María parpadeó cuando vio a Julio al otro lado de la puerta. ¿De verdad ese hombre había sido su marido? Empezaba a entrar en la categoría de «amigo que no me pone

nada».

—Buenas, este niño... le dije que fuera antes de salir del piso y me dijo que no tenía ganas.

—Ya. Siempre hace lo mismo. Creo que es el coche. —sonrió María—. Acuérdate de que la semana que entra está conmigo y la siguiente está contigo, y esa semana me voy a un congreso de escritoras en Benicasim. El que organiza la editorial todos los años. Volveré el domingo, pero lo mismo llego más tarde de las 20:00.

—Sí. No te preocupes. Si quieres, lo llevo yo al colegio al día siguiente. Así vienes más tranquila.

—Buena idea, quedamos en eso.

—Estupendo. Estamos en contacto. Hasta luego.

—Muy bien. Hasta luego.

Sí. La definición de Bárbara era correcta. Fueron compañeros de piso que compartían a un niño y follaban de vez en cuando. Ahora solo compartían a un niño.

Capítulo 27

ZAPATOS ROJOS DE TACÓN ALTO

Esa noche, María tuvo un sueño muy extraño. Se encontraba en el centro de un campo de fútbol, pero no un campo de fútbol de pueblo donde habitualmente jugaba su hijo. No. Era un campo de fútbol de los de primera división, como el Santiago Bernabeu o el Camp Nou por lo menos. De los de más de 80.000 asientos. Pues allí estaba María, de noche, justo en el centro del campo, iluminada por unos focos muy potentes. Vestía un precioso vestido rojo, como el que llevaba Julia Roberts en *Pretty Woman*, pero no tan largo. Le llegaba justo por debajo de las rodillas de forma que se podía ver perfectamente que calzaba unos zapatos rojos de tacón alto. Su pie izquierdo estaba firmemente asentado en el césped. Su pie derecho estaba encima de un balón de fútbol reglamentario, de los clásicos, con sus pentágonos negros y sus hexágonos blancos.

El estadio estaba lleno. Había decenas de miles de hombres, solo hombres, de pie gritándole y abucheándola. Eran hombres de todo tipo y condición. Desde gordos hasta delgados. Desde ricos enchaquetados hasta mendigos con guantes sin dedos. Desde jóvenes que apenas aparentaban la mayoría de edad hasta viejos con dentadura a lo teclas de un piano. Todos le gritaban a ella. Insultos, desprecios, tacos... de todo. El único común denominador de todos los insultos hacia ella era su condición de mujer. Todos esos hombres la insultaban por ser mujer. El ambiente era muy agresivo, y María estaba

asustada. Temió que aquellos hombres saltaran las vallas de seguridad y accedieran al césped para, a continuación, destrozarla. Un sentimiento de pánico creciente hizo que María se afanzara más en el césped. Al hacerlo, su pie izquierdo consiguió clavar un poco el tacón en el césped, y su pie derecho consiguió hundir el tacón levemente en el balón de fútbol reglamentario.

El rugido ensordecedor de las gradas disminuyó. Como si parte de la muchedumbre hubiera contenido la respiración. Aunque algunos, los más alejados y que apenas veían a María, seguían gritando. Unas decenas de miles de hombres se quedaron en silencio unas décimas de segundos, para a continuación seguir con los gritos y con los insultos a María con energía renovada.

Nuestra soñadora en la cama se removía angustiada, pero la María del sueño se dio cuenta del breve suspiro silencioso de una parte de la muchedumbre. Dejó de tener miedo. Puso los brazos en jarras. Las manos bien asentadas en sus caderas. El pecho en alto. Ladeó un poco la cabeza y miró el balón de fútbol. Después levantó la cabeza. La barbilla mirando al cielo. Era bien visible su gesto desafiante en medio de aquel campo de fútbol con todos los focos que la iluminaban. Los insultos y gritos de las decenas de miles de hombres se hicieron ensordecedores. Parecían a punto de que se les salieran los pulmones por sus enormes bocas abiertas. Entonces María puso toda su fuerza en su pierna derecha, que transmitió dicha fuerza a su pie que, a su vez, lo transfirió al tacón alto del zapato rojo, que se clavó un poco más en el balón.

Más de la mitad de la grada quedó en silencio. La otra mitad bajó el volumen de los gritos. Los hombres cuchicheaban entre ellos. Los más cercanos al césped contaban lo que veían a los más alejados. Todos miraban con preocupación el balón de fútbol. María apretó un poco más. Se hizo un silencio absoluto en todo el campo de fútbol.

María giró la cabeza a un lado y al otro mirando a todos aquellos que antes le gritaban y la insultaban, y que ahora guardaban un preocupado silencio. Una

media sonrisa se dibujó en los labios de María. Era la media sonrisa de quien tiene la situación controlada. Era una media sonrisa poderosa. La media sonrisa de la que sabe lo que está pasando y sabe lo que va a pasar.

María apretó aún más el tacón en el balón. Los hombres abrieron mucho la boca, pero no emitieron ningún sonido. Todos mudos. Todos de pie. Algunos estaban señalando el balón con temblorosos dedos índices; otros se abrazaban al de al lado; muchos levantaron las manos en señal de rendición; unos pocos las juntaron en súplica silenciosa. Nada compensó a María el mal rato pasado por los abucheos, insultos y gritos. Apretó el tacón aún más.

Los hombres, silenciosos y aterrados, abrieron mucho los ojos, abrieron mucho las bocas, dejaron caer los brazos y echaron para atrás sus cabezas.

BOOOM.

El balón de reglamento estalló. Con sus pentágonos negros y sus hexágonos blancos convertidos en miles de diminutos confetis, que se esparcieron por todo el césped. La onda expansiva de la explosión tumbó a todos y cada uno de los miles de hombres que había en la grada. Todos tirados, espatarrados, caídos unos encima de otros, en posturas indecorosas, un trasero ajeno en cara propia, una mano por aquí, un pie por allá. Abatidos y desorientados, los hombres comenzaron a ponerse de pie y a ayudarse unos a otros. Retomaron el uso del habla para consolarse mutuamente. Se palmearon la espalda y se dieron ánimos. Ninguno había sufrido heridas de consideración.

María había permanecido invulnerable al estallido del balón. Como si tal cosa, se alisó el vestido y con mucho cuidado colocó el pie derecho, el reventador de balones, junto al izquierdo, el afianzador en el césped. Con mucha y femenina elegancia levantó las palmas de las manos hacia arriba a la par que sus hombros. Sonrió ampliamente en un gesto que quería decir: «Vaya con los hombretones acojonados. Os asustáis de una mujer fuerte, poderosa, con zapatos rojos de tacón alto. Soy una mujer y soy poderosa. Temedme y adoradme».

Bueno, era el sueño de María y con un gesto podía decir 50.000 palabras si

quisiera, que para eso era su sueño.

Los hombres miraban al suelo, al cielo, al sobaco del vecino, a cualquier parte, menos a María. Estaban avergonzados. Poco a poco, el más joven comenzó un tímido aplauso. El más viejo se le unió. Pronto todos aplaudieron y, como eran hombres y no podían evitarlo, compitieron entre sí a ver quién aplaudía más fuerte, para dolor de las palmas de sus manos, que comenzaron a enrojecerse. Del silencio se pasó a un atronador ruido de aplausos, que fue acompañado de muchos gritos. Pero ya no quedaba ni rastro de los insultos, sino que las palabras gritadas eran de encomios, lisonjas, loas, apologías, enaltecimientos, cumplidos, piropos, adulaciones, ensalzamientos, halagos y encumbramientos a María. Ella abrió totalmente los brazos y los levantó por encima de su cabeza estirando los dedos de las manos para recibir toda esa lluvia de palabras y para que ni una sola cayera al césped.

A los pocos minutos bajó el volumen de los gritos. Alguno la pedía en matrimonio para enfado de otros. La situación se iba poniendo rara. El aplauso aumentó de golpe cuando del túnel de vestuario apareció Tosco, completamente desnudo, llevando una enorme copa. La copa era como el pequeño trofeo que una vez había ganado María en una competición de ajedrez en un campamento scout, pero de más de un metro de altura. Tosco caminaba rápido hacia María. Utilizaba el trofeo para taparse sus partes pudorosas delanteras, descartando hacer lo propio con las partes pudorosas traseras porque no había forma de taparse los dos pudores a la par. Alguna carcajada informó a Tosco que su trasero era objeto de burla. Al llegar al centro del campo —donde lo esperaba María—, puso una rodilla en tierra y le entregó la copa que ella, sin ninguna dificultad, levantó en alto para apoteosis de la grada. Algunos intentos de invadir el campo, en especial por los peticionarios de matrimonio, aconsejó a María ir retirándose, no sin antes coger de la mano a Tosco, que usaba la restante mano para cubrir sus vergüenzas, sin conseguirlo del todo.

María dio un paseo triunfal, lenta y segura, hacia el túnel de vestuario

llevando el trofeo en una mano y a Tosco de la otra. En cuanto entró en el túnel, se escuchó por los altavoces: «Son las siete de la mañana», acompañado de un insistente *bip, bip, bip, bip, bip*.

María abrió un ojo, localizó el móvil en la mesilla de noche, apagó la alarma e intentó dormir para volver al campo de fútbol y a Tosco desnudo, pero no hubo manera.

—Putá cabra —murmuró aún medio dormida.

—Mamá, ¿has dicho algo? —preguntó Gonzalito en su cuarto. Se ponía su propia alarma en su móvil porque decía que ya era muy mayor y se levantaba solo y, además, antes que su madre. El niño ya se estaba vistiendo cuando María consiguió salir de la cama.

—No. Ha sido el móvil.

—¿Seguro?

—Seguro. Una madre nunca miente.

Capítulo 28

NO TE ACOSTUMBRES

Dos semanas más tarde, era sábado por la noche, y Nieves libraba una dura batalla en su interior. Por un lado no dejaba de pensar en su amiga María, a la que admiraba y de la que reconocía que la tenía como una maestra, y no solo porque lo fuera de su hijo. «Sigue a tu corazón, pero hazlo por ti», le había dicho. Bien. Vale. ¿Pero eso cómo se hace? Había vuelto a tener sexo con Borja un par de veces más en su casa. Todas las veces sexo casual. Ninguna buscada. Apenas hablaban y, tras el encuentro de pieles, ella se volvía arisca, y él se marchaba rápido. Ella no hablaba con él de esos encuentros, y a Borja no se le ocurría sacarlos en ninguna conversación. Sus llamadas seguían estando motivadas por su hijo Pedrito, pero cada vez hablaban más de ellos mismos. Nieves le contaba a Borja cómo le iba en su nuevo trabajo, en el que se sentía cada vez más segura, más dueña de sí misma, más contenta. Aunque era un trabajo duro que le exigía mucho esfuerzo tanto a nivel intelectual como a nivel físico. A veces soñaba con hojas de cálculo, y algunas noches se sentía tan cansada que dejaba los platos en el fregadero sin fregar antes de arrastrarse a la cama. Eso, en una mujer como Nieves, era impensable hacía unos meses. Borja tenía poco que contar. Alguna venta de algún coche especialmente complicada. Alguna anécdota con algún cliente que venía buscando un coche eléctrico de segunda mano por doscientos euros y preguntaba dónde se compraban las pilas. (Cosas que a Nieves le hacían

mucha gracia). Se reía con ganas de esas anécdotas ya que, aunque no tuvieran mucha gracia, Nieves sí que tenía muchas ganas de reírse.

Desde la primera vez que hicieron arroz o follaron (depende de quién lo cuente), Nieves notó que ya no odiaba a Borja. Cuando se divorciaron, se juro a sí misma que lo odiaría toda la vida y que le haría la vida imposible aprovechándose del amor que Borja sentía por su hijo Pedrito. Pero ella era la madre, así que el hijo era más suyo que del padre, que esto es España, y no Finlandia. Aquello era un atraco con secuestro de rehenes, y Borja pagaría muy caro haberle puesto los cuernos y haberle roto la vida que siempre había soñado de niña. Y se lo hizo pagar... y muy caro. Le cambiaba los días de visita con motivos misteriosos que no tenía por qué explicarle. En realidad, era solo por joderle. Se inventaba gastos extra. Aunque el dinero iba siempre a parar a Pedrito en ropa, comida o cines, pero nunca hubo que pagar 50 euros por una visita al museo arqueológico. Solo eran 5. Y su favorita: le rompía las vacaciones. Ahí usó dos modalidades. La primera consistía en dejar que Borja viniera a por Pedrito el día estipulado en el convenio. Cuando Borja llegaba, sencillamente no le abría la puerta. Una de esas veces, un Borja desesperado se plantó en el juzgado y la denunció por incumplimiento del régimen de visitas. En el juicio rápido ella alegó, siguiendo instrucciones de su abogada, que estuvo toda la tarde esperándolo, pero el malvado padre no se presentó para disgusto de su hijo. La jueza dijo: «*In dubio pro reo*». O sea que, como era la palabra de Borja contra la suya, no había condena. Pero no condenó en costas a Borja, y su abogada le advirtió que eso era porque, como no había podido demostrar nada, pues no había condena, pero que le creía a él. Que tuviera cuidado, ya que la próxima vez lo mismo sí que la multaba a ella. Dejó esa modalidad de fastidio de vacaciones por otra que consistía en dejar que se llevara a Pedrito y, a los pocos días, mucho antes de que terminara el periodo que le correspondía al padre, exigía que lo devolviera al hogar materno por motivos tan sumamente cruciales como que no estaba dándole la comida que ella había decidido que comiera, que no lo llevaba al parque aunque diluviara

o, su favorita, que no hacía los deberes del colegio, aunque el niño no se llevaba los libros. Ella no se lo permitía, y Borja le juraba y rejuraba que todos los días repasaban exámenes de su curso que se bajaba por Internet. El pobre Borja, rotas las vacaciones, lo devolvía a la casa de Nieves bajo amenaza de no volverlo a ver. Nieves disfrutaba al ver la cara de Borja. Era la cara del que se rinde cuando lo están apuntando con una pistola en la cabeza y espera el disparo final.

Esa noche de sábado, Nieves estaba en plena batalla consigo misma. Dudaba. Repasar todas las maldades que había cometido con Borja en pro de su venganza le estaba revolviendo el estómago. No se reconocía en aquella mujer que disfrutaba detrás de la ventana viendo cómo Borja llamaba al timbre para recoger a Pedrito y ella no le abría. O en esa furia hecha hembra que le rompía las vacaciones al padre solo por joderlo. O en esa reina del terror psicológico que llamaba a deshoras; su llamada favorita era a las 16:00, que se joda la siesta. Cómo disfrutaba con esas tremendas broncas telefónicas que le montaba a un Borja que sabía de antemano que, dijera lo que dijera, hiciera lo que hiciera, estaba no ya mal, ni rematadamente mal, sino que, según Nieves, Borja era el equivalente humano a los cocodrilos machos que devorarían a sus hijos si no estuviera su madre para defenderlos.

Nieves había sentido mucha rabia y mucho odio por Borja y se lo había hecho pagar. Ahora se sentía mal. Siempre había protegido a Pedrito de ese odio. Cuando Borja iba a recoger al niño y ella no le abría, Pedrito no estaba en casa. Lo dejaba con María o con Bárbara, y al niño no le decía nada de horarios ni de calendarios de vacaciones. Por eso, cuando lo hacía volver del piso de su padre, le decía que era parte del acuerdo. El niño no protestaba; se lo veía triste y confuso, pero no enfadado. Ahora Nieves sabía que aquello había estado mal. Borja no era mal padre, ni punto de comparación con ella como madre, eso no: un padre jamás se podrá comparar con una madre. Hasta ahí podríamos llegar. Pero Borja estaba por encima de la media de los padres divorciados.

Nieves conocía a muchas madres divorciadas de su época como presidenta del AMPA del colegio. Sabía de muchos casos desesperantes. Padres que no pasaban la pensión para machacar a las madres y que, en cuanto les llegaba la denuncia, pagaban antes del juicio, que ya no se celebraba, para comenzar de nuevo con el mismo juego de dejar a la madre al borde de la miseria. Padres que nunca recogían a sus hijos los fines de semana que les correspondían, ni las vacaciones, y que solo se acordaban de ellos cada seis meses, lo que genera en esos niños un terrible sentimiento de abandono y desafección. Padres que al mes del divorcio se iban a vivir con otra mujer que hacía de madrastra de sus hijos cuando iban los fines de semana. De madrastra mala de los cuentos, porque a menudo esas madres tenían sus propios hijos de otros matrimonios, y los visitantes de los fines de semana de semana eran considerados intrusos como mínimo; como máximo, enemigos de sus propios hijos. Sí. Nieves conocía muchos tipos de padres divorciados que deberían pasar por un campo de adiestramiento y no salir de allí hasta pasar un examen de madurez, aunque sea con un suficiente bajo.

También conocía a madres que deberían ir a su propio campo de adiestramiento. Madres que vivían muy bien gracias al divorcio. Que invertían lo mínimo de la pensión de alimentos para sus hijos mientras que ellas iban de la peluquería a la nutricionista, de la *Personal Shopper* a la clínica de cirugía estética. Madres que se iban de viaje a hoteles de lujo con el amante de turno mientras dejaban a sus hijos con su arruinado padre, que apenas se podía permitir llevárselos de camping. Madres que, cuando los niños les correspondían a ellas en vacaciones, los dejaban encerrados en su piso porque las vacaciones con niños son un coñazo. Madres que torturaban a los padres de sus hijos no dejándoselos cuando les correspondía... como había hecho ella misma.

Aquellas guerras civiles unifamiliares le recordaban al cuadro de Goya, *Duelo a garrotazos*, donde se veía a dos hombres, enterrados hasta las rodillas en la tierra, que se golpeaban con garrotes. A la distancia justa para

poder recibir o dar un garrotazo. Sin posibilidad de huir. Sin pensamiento de defenderse. Con el odio en las entrañas. Dando golpe tras golpe al rival. Recibiendo golpe tras golpe del rival. Sin piedad ni perdón. Con el único objetivo de acabar con el otro. Así eran muchos divorcios. El padre y la madre enterrados hasta la rodilla en sentencias judiciales. A la distancia justa para poder recibir o dar un golpe. Sin posibilidad de huir. Sin pensamiento de defenderse. Con el odio en las entrañas. Dando golpe tras golpe al rival. Recibiendo golpe tras golpe del rival. Sin piedad ni perdón. Con el único objetivo de acabar con el otro. La diferencia era que, en el cuadro de Goya, los hombres usaban garrotes mientras que en los divorcios el arma eran los hijos. Cada padre y madre esgrimía a un hijo para usarlo como un garrote y acabar con su enemigo a golpes. «Dos no se pelean si uno no quiere», dice el refranero español. Entonces no hay pelea, no; lo que se produce es una paliza de uno de los padres duelistas contra el otro, que generalmente acaba muerto o casi.

Muchos de estos duelos tenían como campo de batalla los juzgados. En ellos un juez aburrido dictaba sentencias. Como en el famoso juicio de Salomón, donde una madre falsa se quería quedar con el hijo de la verdadera madre y, cuando Salomón ordenó cortar al niño por la mitad para darle a cada madre una mitad, la verdadera madre desistió en su petición. Con tal de que el niño viviera, prefería que se lo quedara la madre falsa. Viendo el detalle, Salomón le dio el niño a la verdadera madre. En España, los jueces podrían dictar cualquier tipo de sentencia en ese caso. Desde darle el niño a la verdadera madre, dárselo a la madre falsa ya que la otra había renunciado, hasta cortar al niño por la mitad y darle una mitad a cada madre. Después se olvidarían del niño y de las madres, y se irían a comer a un buen restaurante y a dormir la siesta, que impartir justicia cansa mucho.

Nieves se sentía muy mal ese sábado. Entre otros motivos, porque ya no se reconocía en esa mujer llena de odio contra su exmarido. Ya no recordaba cómo era esa sensación de odio tan abrumadora que le hacía, en momentos

extremos, incluso desear la muerte de Borja. No, ya no era así. Nieves había cambiado. Se notaba más fuerte, más madura, más sabia. Borja le había roto la vida, pero en ese momento Nieves sabía que nadie, nunca más, podría volver a hacerle lo mismo. Borja le había roto la vida al engañarla con aquella zorrilla y haberla obligado a divorciarse, pero porque su vida dependía de Borja. Ella era ama de casa, madre abnegada, esposa ejemplar... pero nada más. Con el divorcio se quedó sin ser ama de nada; se convirtió en una madre obsesionada que dañaba a su hijo con esa obsesión y dejó de ser esposa. A la Nieves actual, con su trabajo, su sueldo, su dinero, su independencia, sus compañeros de trabajo y sus amigas, le podían hacer daño, pero no le podían romper la vida.

Nieves seguía batallando en su interior. Era otra Nieves distinta, pero no tan distinta. Ella era una mujer tradicional y la primera mujer de su familia que trabajaba. Estaba en territorio desconocido, donde los consejos de la abuela, de la tía Julita y de mamá no servían. Todos esos consejos, que tan bien le habían venido en su vida de casada, no le servían ahora porque ninguno estaba dirigido a una mujer divorciada, madre trabajadora, independiente y fuerte. El consejo de María sí le servía, pero era difícil hacerle caso a su corazón. Llevaba toda su vida haciendo lo correcto y, desde el divorcio, haciendo caso al odio. El odio como argumento, el odio como maestro de ceremonias, el odio como director de orquesta, señalando con su batuta qué instrumento tocar para joderle la vida a su ex.

Ahora no sentía odio. Ahora quería hacerle caso a su corazón, pero no sabía muy bien cómo hacerlo. El otro viernes, incluso se permitió un experimento. Con la excusa de hacerle caso a su corazón, se fue al bar de los suricatos informáticos con la idea clarísima de tener sexo con alguno de ellos. Unas cervezas, unas risas, un hotel discreto pero limpio, y ya está. No se iba a convertir en Bárbara de la noche a la mañana, pero sí iba a hacer algo para lo que ninguna de sus *ancestras* había sido preparada, ni ninguna había hecho jamás: tener sexo con más de un hombre en su vida.

Allá fue. Bragas de repuesto y preservativos de colores en el bolso. Bárbara siempre decía que había que llevar bragas de repuesto en el bolso, aunque Nieves no sabía el porqué. El bar estaba lleno de suricatos informáticos en diversos grados de borrachera. Rápidamente fue rodeada y agasajada de forma torpe y rimbombante. Juraría que escuchó eso de que se había escapado un ángel del cielo y de que se parecía a una tal Kalesí de la serie *Juego de Tronos*, que ella no veía porque había mucho sexo. Los suricatos se rieron porque no le creyeron. Todo el mundo ha visto *Juego de Tronos*. Era como la Biblia de los informáticos. A esa observación le siguió una discusión acerca de si los libros eran mejor que la serie o viceversa. Casi llegan a las manos. Los libros eran la verdadera Biblia: esa fue la conclusión. Pobres suricatos. En *Juego de Tronos* no habrían durado ni dos páginas... o dos secuencias.

Incluso uno de los suricatos, un divorciado con barriga cervecera que parecía menos friki que los demás, le cayó bien. El tipo le juró que estaba leyendo a su idolatrada Marie Kondo y su libro *La magia del orden*. Al poco tiempo confesó (la cerveza le hizo ser demasiado sincero) que lo había comprado por Amazon, pero que no lo había leído. Nieves descubrió que no se acostaría con ninguno de los suricatos. Ni con el falso lector de Kondo. Se lo pasó bien, se rio mucho; aquellos tipos agarraban unas borracheras impresionantes. Pero ninguno le hizo sentir nada parecido al deseo. Volvió a su casa con las mismas bragas puestas y con las mismas bragas en el bolso. Los preservativos de colores los guardó en su mesita de noche.

Por distraerse de su batalla interna de esa noche de sábado, Nieves comprobó que los preservativos seguían allí. En ese momento, Nieves sí sentía deseo. Lo sabía. Lo reconocía, y lo peor de todo era que el hombre a quien deseaba era su exmarido. María le había recomendado que siguiera a su corazón, pero ahora era lo que tenía entre las piernas lo que le gritaba que llamara a Borja para tener sexo. Su corazón estaba en paz, ninguna objeción. Ni rastro del odio. Era su mente la que no paraba de encontrar problemas. El

primero era cómo hacerlo. Ella era una gacela; Borja, un león. Borja debería llamarla para convencerla, seducirla, engañarla con palabras, aunque los dos supieran de lo que estaban hablando. Pero Borja no llamaría. Ese fin de semana a Pedrito le tocaba estar con ella, y Borja no llamaría. Pero Pedrito se había ido a pasar la noche con Alex... Alex, Bárbara y Javier. El novio de Bárbara. Ese militar tan guapo que Bárbara le había presentado en su casa esa mañana de sábado. Tan formal. Daba la mano en vez de dos besos. Había jornada de puertas abiertas en los cuarteles, y Javier los iba a llevar ese sábado a ver aviones de combate. A Pedrito le encantaban los aviones de combate. Tenía varias maquetas en su cuarto. Volverían tarde, así que Pedrito se quedaría a dormir en casa de Bárbara y ya lo traerían el domingo. Pero eso Borja no lo sabía. No iba a llamar.

Nieves estaba sola ese sábado por la noche con ganas de estar con Borja, pero no tenía forma de hacer que ese encuentro sucediera. Bueno, sí. La gacela iría al encuentro del león, a ver si el león la cazaba. Llamó a Borja.

—¿Sí? ¿Ocurre algo? ¿Pedrito está bien? —respondió un Borja sorprendido.

—Sí. Está con Alex, Bárbara y su novio, Javier, que se los han llevado a un cuartel a ver aviones de combate.

—Ah. Qué bien. Eso le gustará a Pedrito.

—Es que Javier es coronel o algo así.

—Anda, qué bien.

—Sí. Bárbara está encantada. Le sienta bien tener novio, y Javier parece tan formal...

—Bueno. Seguro que hacen buena pareja.

—Sí. ¿Pero te estoy interrumpiendo? ¿Estás haciendo algo?

—No. Me iba a preparar una pizza y a ver una película. Ha sido una semana dura. ¿Por? ¿Querías algo?

—Bueno no, a lo mejor mañana, es tarde. Es que se me ha atascado el fregadero otra vez. —Mentira: el fregadero estaba perfectamente.

—Vaya. Bueno, si quieres, voy ahora a ver qué puedo hacer.

—Puede esperar hasta mañana. No quiero molestar.

—No es ninguna molestia. De veras. Me pongo unos vaqueros y voy para allá.

—Una cosilla.

—¿Sí?

—La pizza que te ibas a preparar, ¿de qué era?

—Pepperoni.

—Tráetela, ¿no?

—Claro.

—¿Y unas cervezas?

—Vale.

—¿Cuánto tiempo tardas? ¿Media hora?

—Sí. En media hora estoy ahí.

—Bien, hasta ahora.

—Hasta ahora.

Nieves aprovechó ese tiempo para darse una ducha rápida, maquillarse un poco y ponerse ropa interior nueva. Tras pensarlo mucho, colocó otro cepillo de dientes nuevo al lado del suyo en el cuarto de baño. Estaba feliz y con muchas ganas de hacer arroz.

A la mañana siguiente hicieron más arroz nada más despertarse y más arroz aun después del desayuno. No se cansaban de hacer arroz. Sus cuerpos se tenían ganas. Borja se lavó los dientes con su cepillo nuevo, pero no le dijo nada a Nieves, lo cual ella agradeció. No quería poner en palabras lo que estaba sucediendo. Ambos querían proteger a Pedrito de una situación de la que todavía no sabían dónde los llevaría. Desde luego, nunca hacia atrás. Cuando Bárbara le envió a Nieves un wasap diciéndole que ya iba a llevar a Pedrito, solo tuvieron que mirarse para que Borja iniciara una retirada estratégica, que ya no era huida. En la puerta mantuvieron las distancias antes de despedirse. Nieves le dio dos besos y un consejo: «No te acostumbres».

Capítulo 29

AVIONES DE COMBATE

El día en la base aérea había sido agotador. Bárbara se sentía cansada cuando esa noche llegaron a su casa los cuatro. Ella, Javier, Alex y Pedrito. Pero se lo habían pasado muy bien. Javier quedó en recogerlos a todos en la casa de Bárbara a las nueve de la mañana de un sábado soleado, pero frío, de otoño. Llegó con un Land Rover color caqui que haría las delicias de los niños. Bárbara se quedó descolocada al abrir la puerta y ver a Javier con su uniforme de comandante del ejercito del aire. Con la camisa celeste y con la corbata negra, con ese pantalón y chaqueta azules, esa gorra de plato, esa estrella solitaria de ocho puntas en la manga y un montón de plaquitas de colores encima del bolsillo superior izquierdo de la chaqueta. Bárbara le dio dos besos y le susurró al oído:

—Ya podías haberte puesto antes el uniforme.

—Solo tenías que pedirlo.

Alex y Pedrito estaban en el salón ansiosos por ir al cuartel de Javier y ver los aviones.

—¿Qué son esas plaquitas de colores que tienes en el pecho? ¿Son medallas? — preguntó Alex.

—Algo así. Algunas son medallas, otras te las dan cuando has hecho un curso, otras cuando has hecho algo difícil. Pero ya ni me acuerdo de qué es cada una. Hola, soy Javier. —Saludó a Pedrito dándole la mano. Pedrito se la

dio emocionado y después hizo el saludo militar llevándose la mano derecha extendida a la frente. Javier dudó, pero Bárbara se le adelantó.

—Pedrito, cuando no se lleva gorra, no se saluda con la mano.

Aunque solo pretendía corregirle suavemente, mejor ella que el comandante, el efecto en Pedrito fue devastador. Se puso colorado y escondió la mano tras la espalda. Javier estuvo rápido. Se puso firme, se caló la gorra que se había quitado al entrar, y saludó militarmente, con la mano extendida tocando la parte derecha de la visera.

—Hay excepciones. Este soldado no lo ha hecho mal. Al llevar yo gorra, está permitido. Saluda, soldado. Muy bien. Descansa. —Pedrito había vuelto a recomponer el saludo muy orgulloso—. ¿Nos vamos, tropa?

—Síííí —gritaron los niños saliendo a la carrera, quedándose alrededor del Land Rover y comentando lo grande y abollado que estaba. Bárbara aprovechó para comentar con Javier.

—Pedrito no lo está pasando bien con el divorcio de sus padres. Tiene muy tocada la autoestima; incluso creo que está engordando, aunque ahora parece que sus padres comienzan a llevarse bien. Han sido años de guerra.

—Lo entiendo. Bueno, hoy vamos a pasarlo bien y le daremos un aumento a la autoestima del chaval. ¿No habla mucho? ¿No?

—Con desconocidos no.

—¿No venía también el otro mosquetero de la pandilla, el hijo de tu amiga María?

—Sí, pero este fin de semana le tocaba con su padre y no he conseguido ponerme de acuerdo con él. María tiene un congreso de escritoras en Benicasim y el padre, al parecer, tenía previstas actividades con el niño.

—¿Tienes una amiga escritora?, ¿no era maestra?

—También. Es maestra, pero también escritora. Ya ves... y de novela histórica romántica.

—Hala.

—Te gustaría. Sus novelas se sitúan en la época de la conquista española de

América.

—Ah. Tuve un antepasado militar que fue conquistador.

—Jooooder. ¿De verdad?

—No. Era por impresionar.

—Como las plaquitas del pecho.

—Algunas me las he ganado; otras las acabo de pegar con pegamento.

Espero que no se caigan.

—Deberíamos irnos. Mi hija quiere pilotar un avión y dispararle a algo.

—No sé si nos dejarán disparar. Hay que ahorrar. Subirse a la cabina sí que se podrán subir. Hoy es jornada de puertas abiertas. Pero creo que les quitaron las bombas ayer.

—Lástima.

—Sí.

El día transcurrió de una forma intensa y divertida. La hora que tardaron en llegar le sirvió a Javier para sacarle algunas palabras a Pedrito, tarea difícil, ya que Alex hablaba por los dos. Se diría que ejercía de hermana mayor con su amigo. En la base aparcaron dentro, y Bárbara sonreía con disimulo cada vez que Javier se cruzaba con algún soldado y este se cuadraba y saludaba. Tanto Alex como Pedrito devolvían los saludos muy serios y concentrados en imitar a Javier. Aquello era enorme, y a Bárbara le pareció muy limpio y cuidado todo, pero como muy antiguo. Se notaba que el presupuesto de Defensa no se gastaba precisamente en embellecer una base aérea construida en los años cincuenta. Los primeros helicópteros que vieron eran como aquellos de las películas americanas de Vietnam. De hecho, Javier les confirmó que España se los había comprado al ejército de los Estados Unidos allá por los años ochenta y que ya solo se usaban para entrenamiento. Los helicópteros que siguieron eran los de transporte. Unas máquinas enormes. Javier explicó que se usaban para transportar tropas, especialmente a los paracaidistas que se lanzaban desde la parte de atrás. Tuvo que convencer a Alex de que ese día no se tirarían en paracaídas porque había que entrenar

mucho, que otro día harían el cursillo. Por fin llegaron a los aviones de combate. A los niños les encantó el F5 que tenía cabina para piloto y copiloto. El tiempo que estuvieron allí, Alex hacía de piloto y Pedrito, de copiloto. Con sus cascos y sus auriculares. A Alex le costó mucho no accionar ninguno de los mandos. El final de la excursión fue el Eurofighter Typhoon. Un avión de combate como los que salen en los videojuegos. Se pasaron un buen rato turnándose por estar en la única cabina sin que el soldado que organizaba las colas le dijera nada a Javier. Ventajas del rango. Cuando ya comprendieron que estaban abusando de la paciencia de las personas que esperaban, casi tuvieron que arrancar a los niños de los mandos del caza.

A la vuelta pararon en un bar-restaurant de un pueblo cercano a Madrid y comieron hasta quedar hartos. Continuaron hasta la capital, donde vieron la última película de superhéroes Marvel y, por fin, de vuelta a la casa de Bárbara. Los niños estaban reventados; Bárbara pidió pizzas mientras los hacía ducharse por turnos. A ella no le importaba que Alex y Pedrito compartieran ducha. Aún eran muy niños, pero no quería problemas con Nieves. A cada uno según su costumbre. Se pasaron toda la cena hablando de aviones. Incluso Javier hizo una exhibición de un combate aéreo con dos trozos de pizza que acabaron en las bocas de Alex y de Pedrito. Alex quería ser piloto de caza antes de iniciar su carrera para la presidencia de la Unión Europea. Bárbara no recordaba ver a Pedrito tan relajado y riéndose tanto. Tenía que hablar muy seriamente con Nieves. La guerra que tenía montada con Borja debía acabar ya. La estaba afectando mucho a su hijo.

Con los niños acostados y en proceso inexorable de quedar profundamente dormidos (con Alex en su cama y con Pedrito en un colchón al lado, ambos dentro de sacos de dormir, los dos con sendos libros en sus manos), los adultos se dejaron caer en el sofá del salón.

—¿Van a dormir en sacos? —preguntó Javier que, sin chaqueta y con la corbata aflojada, le dio un largo sorbo a su vaso de whisky con hielo mientras esperaba la respuesta de Bárbara.

—Al parecer, Gonzalito, el hijo de María, les ha metido en el cuerpo el afán de aventuras y querían practicar para acostumbrarse a los sacos de dormir. Esos tres han estado hablando y el verano que viene hay que llevarlos a la Sierra de Cádiz a explorar no sé qué camino de cabras y no sé qué de una tumba escondida y una casa con un misterio. Tendré que comprarme botas de senderista —dijo Bárbara mientras se quitaba los zapatos que había llevado todo el día y a su vez saboreaba su propio vaso de whisky.

—Parece una estupenda aventura. Además, a mí me encanta hacer senderismo y conozco bastante la sierra de Cádiz. Hay una zona para hacer parapente.

—¿Me estás proponiendo que este verano te deje venir con nosotros de vacaciones, mi comandante? Considere usted cursada la solicitud, mi comandante.

—Creo que ya ha sido aprobada. ¿A tus amigas no les importará?

—¿A María? No. Eso sí, prepárate a escuchar historias de scouts. También vendrá Nieves, la madre de Pedrito, que es un poco tradicional y no es amiga del campo ni de la sierra ni nada por el estilo... pero, si no me equivoco, está cambiando a marchas forzadas. Su nuevo trabajo la está cambiando, o ella ya era así y ahora se está autodescubriendo. No sé. El caso es que ya no es tan rancia como antes. Además, creo que se va a terminar arreglando con su ex, el padre de Pedrito, así que puede ser que él también venga. Tampoco creo que le importe que tengamos un militar en la aventura.

—Entonces seremos dos parejas y María.

—Sí. María se quedó colgada de un tipo que conoció allí. Lo mismo nos lo encontramos y ya somos tres parejas.

—Eso sería mucha casualidad.

—¿Usted no cree en las casualidades, mi comandante? ¿En el destino que hace que dos almas solitarias se encuentren una y otra vez hasta que se enamoran?

—Los aviadores creemos en la ciencia. En velocidad, altitud,

aproximación, distancia. Las casualidades suelen ser malas noticias.

—¿Entonces no cree usted en el amor, mi comandante?

—Querida, ahora mismo solo creo en el amor.

—Será por el whisky.

—Seguramente.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Javier?

—Ops, piloto a torre de control: mi compañera va a saltar, repito, va a saltar, la aproximación ha sido muy rápida. Ruego envíen helicóptero de rescate.

—Compañera a torre de control, anulen última orden. Aquí no va a saltar nadie.

—Menos mal. Creí que ya ibas a soltarme alguna burrada para romper el encanto del momento.

—Solo iba a hacerte una pregunta.

—Ya. ¿Del tipo «¿Quieres participar en un ataque terrorista a la Casa Blanca?» o algo así? Ya sabes que no puedo hacer ese tipo de acciones, y menos de uniforme.

—Para lo que te iba a preguntar, no te hace falta el uniforme.

—Piloto a torre de control, haremos silencio electrónico durante unos minutos a la espera de la pregunta de la compañera comandante.

—Javier.

—¿Sí?

—¿Quieres pasar la noche aquí?

—¿En el sofá del salón?

—En mi cama, idiota.

—¿Y Alex?

—Tú procura levantarte antes que ella y no hará preguntas, al menos hasta que te hayas ido. ¿Qué me dices? ¿Te quedas?

—Afirmativo.

—No podremos hacer ruido en el dormitorio.

—No te preocupes. ¿Ves esta plaquita de aquí, la roja, la que está junto a la medalla al mejor cocinero?

—Sí.

—Me la dieron en un curso de silencio en dormitorios.

—Tuvo que ser difícil aprobar ese curso.

—Imagina, éramos doscientos tíos en un dormitorio de dos metros cuadrados.

—Qué aburrido tuvo que ser.

—No creas. Jugábamos al escondite.

—En silencio, por supuesto.

—Por supuesto.

Capítulo 30

BENICASIM

Ese mismo sábado a las 9:00, María ya estaba en el tren de cercanías, camino a la estación de Atocha, para coger el AVE Madrid-Valencia de las 9:40. A las 11:24 llegaría a la estación Joaquín Sorolla, donde la editorial había dispuesto un autobús para recoger a las escritoras que llegaban en ese AVE y llevarlas a Benicasim. La Feria Nacional de Novela Romántica se celebraba desde hacía años y se había consolidado como el mayor encuentro de literatura romántica en España. Confluían en Benicasim decenas de editoriales y cientos de escritoras. Iban a ser un sábado y domingo muy intensos. La Feria había comenzado el viernes pero ella, como otras muchas escritoras, trabajaba ese día y se incorporaría el sábado.

De todas formas, María estaba preocupada cuando cogió el Cercanías. Se enfrentaba a una situación nueva. A Gonzalito le tocaba estar con su padre esa semana, y a ella le venía bien para poder ir a la Feria. Julio incluso se había ofrecido a llevarlo el lunes al colegio directamente en vez de llevárselo el domingo como correspondía. Genial. Así podría llegar con calma de Benicasim. Lo que la tenía pensativa durante todo el trayecto en coche a la estación de tren de Galapagar, en la pedanía de La Navata, y desde allí en cercanías a Atocha, era otra cuestión nueva para ella. Bárbara la llamó el jueves por la noche para comentarle que Javier, su novio, amigo especial, el único con el que ahora follaba (imposible sacarle un adjetivo descriptivo que

no rechazara y que pasó a llamarse *El Comandante*, dicho con mucho morbo y retintín), los llevaba a todos el sábado a una base aérea porque era jornada de puertas abiertas. Era un plan estupendo. Irían Pedrito y Alex, y querían que fuera Gonzalito. A María le pareció un plan genial, pero esa semana Gonzalo estaba con Julio, así que lo llamó. Julio escuchó el plan, le dijo que esperara y ella escuchó cómo mantenía una conversación con una mujer, pero no pudo comprender lo que se decían. Cuando terminó, Julio le dijo que ese sábado tenían planes y que no le venía bien que Gonzalo se fuera con sus amigos. María apenas pudo despedirse de tan sorprendida como se había quedado.

Sabía que Julio tenía pareja al mes de haber entrado en su piso. Supuso que era la mujer con la que había hablado. Gonzalito le comentó que vivía con su padre una mujer que no hablaba mucho. Que se llamaba *Gloria*. A María ese nombre le sonaba de una compañera de trabajo de Julio. Una administrativa del Ministerio con el que Julio compartía aficiones a los videojuegos y a las series. No le había preguntado a Julio nada, pero no por falta de ganas. No era de su competencia saber de las mujeres con las que su ex mantenía relaciones. Sí lo era saber con quién convivía su hijo una semana de cada dos. Ella asumía que con su padre, que era el adulto responsable a quien ella le confiaba su hijo, de mala gana y del que confiaba poco, pero era su padre. Lo que no terminaba de encajar es que hubiera otro adulto en esa casa que tomara decisiones. Que pudiera ejercer de madre de su hijo. No, eso no. Eso nunca. Nadie era la madre de su hijo, más que ella. Pero la pareja de su padre era alguien importante. Alguien lo suficientemente importante como para decidir qué iban a hacer los fines de semana y si era mejor para su hijo no ir con sus amigos en vez de... ¿En vez de qué? ¿Qué iban a hacer? María se moría de ganas por saber que eran esos otros planes. Pero no quería preguntarle directamente al padre. Ni podía cambiar esos planes, ni quería ejercer de madre con mando a distancia... y, vista la influencia de la nueva pareja de Julio, tampoco la iban a dejar. Tenía que asumir que ella podía planificar y decidir sobre su tiempo con su hijo, pero no sobre el tiempo de Julio. Custodia

compartida. Era lo que había. El tiempo que Gonzalo pasara con su padre era de su padre y, por lo visto, era su pareja quien decidía lo que hacían. Era lo justo. Al revés tampoco ella lo hubiera aceptado. ¿Pero qué era más importante para Gonzalito que pasar ese sábado con sus amigos en una base aérea sobre la que estarían hablando días, incluso semanas? Llamaría a Gonzalito esa noche o le mandaría un wasap. No quería molestar, pero la semana que pasaba con su padre lo llamaba cada varios días, o se intercambiaban wasaps para ver cómo estaba. Sobre todo, estaba atenta al tono de voz más que a lo que le contaba. Buena idea la de regalarle un móvil. No quería ni imaginarse tener que llamar a Julio para poder hablar con Gonzalo y que no le cogieran la llamada.

Así que la custodia compartida también significaba que el padre decidía qué actividad realizarían en el tiempo que pasaba con él. Bien. Correcto. Pero siempre y cuando esa actividad fuera mejor que la que ella le proponía. No creía que hubiera nada mejor para Gonzalito que ir a la base aérea con sus amigos. Pero era su criterio. A lo mejor el criterio del padre y de la otra; se forzó en no pensar en la pareja de Julio como la otra; o sea, el criterio del padre y de su pareja era otro distinto del suyo, y tenía que aceptarlo.

Imaginaba la situación contraria. ¿Y si un día ella y su Tosco perdido decidían ir un fin de semana, con su hija Ana y su hijo Gonzalo, a la sierra a hacer fotos de águilas y la llamaba Julio para decirle que era la comunión del hijo del primo hermano de la cuñada de su pareja y que pensaban que Gonzalito fuera con ellos a la celebración? Ella le diría que ya tenían planes, y casi se molestaría por la injerencia en «su tiempo». En jurisprudencia, hay un concepto que consiste en que el interés superior del menor prevalece sobre el de los padres. O sea que había que pensar siempre en lo mejor para el niño, aunque no fuera lo mejor para los padres. En familias casadas, estructuradas, de postal de Navidad, no siempre se aplicaba, pero en los divorcios sí. El caso es que ese interés superior del menor era acerca de lo que ella cuestionaba que se estuviera teniendo en cuenta en la decisión de no permitir

que Gonzalo fuera con sus amigos ese sábado. Pero saber cuál es el interés superior del menor era absolutamente subjetivo y dependía de cada padre... y de la nueva pareja del padre.

Bueno, apenas habían pasado unos meses desde el divorcio. Para todos era una situación nueva. A María se le ocurrió que podría ser una buena idea mantener reuniones con Julio para hablar de Gonzalo. Los dos solos, sin la otra, ejem, sin la nueva pareja de Julio. Un adulto importante en la nueva vida de su hijo, pero no era el más importante. Solos su padre y su madre, su madre y su padre, tanto monta, monta tanto, cual Reyes Católicos. Serían como unas tutorías donde ella no ejercería de maestra, sino de madre. Bien. Buena idea. Hablar mucho. Todo el tiempo. Abiertas las comunicaciones siempre pero, además, una reunión cada dos o tres meses para charlar, para comentar, para saber cómo se comportaba el niño en una casa y en la otra. Quizás la primera podría ser la semana que viene... que ya Gonzalo le habría contado dónde había ido ese sábado; esperaba que fuera un lugar igual o mejor que el plan de ir con sus amigos a la base aérea.

Cuando María llegó a la estación de Atocha y se montó en el Ave a Valencia, ya estaba más tranquila. Quería disfrutar de la Feria y, en la cafetería del AVE, se encontró con varias de sus amigas escritoras, a las que no veía desde el año pasado. Mucho contacto en el grupo de Facebook de la editorial, wasaps y e-mails, pero en persona, aparte de algunas presentaciones y firmas de novelas en Madrid, coincidían pocas veces. Poco a poco se fue relajando entre risas y conversaciones. Más tranquila en su nueva faceta de madre divorciada con hijo, dejó atrás su trabajo como maestra y se concentró en una de sus pasiones: ser escritora de novela romántica.

Cuando llegaron a Valencia y se montaron en el autobús de la editorial, solo vio a un par de rostros nuevos, sonrientes e ilusionados, de las autoras que publicaban por primera vez con la editorial y que rápidamente fueron adoptadas por el grupo. El ambiente del autobús era más de excursión colegial que de sesudas escritoras, aunque la edad promedio estaba en la treintena.

Aquel viaje de Valencia a Benicasim le recordó las excursiones de campamento donde todos los scouts, una vez despedidos de sus papás, cantaban canciones que nunca pasaban de moda. María se atrevió con el «Un elefante se balanceaba» y todas las escritoras la siguieron a coro: «... en la tela de una araaaaaaañaaaaaaa». Iban por cincuenta elefantes cuando llegaron a Benicassim tras una hora y muchas risas en el autobús. Las dejaron en el hotel donde tenían las habitaciones y se realizarían varias de las actividades de la Feria. María compartía la suya con Yolanda Díaz de Tuesta. A última hora Yolanda le había avisado que no podría ir, pero que le dejaba su parte de la habitación pagada para que aprovechara el viaje, que había mucho italiano suelto en Benicasim. Ella y Yolanda hablaban mucho por Facebook, ya que la bilbaína escribía de maravilla y María, antes que escritora, era lectora compulsiva. Dejó la maleta en su habitación y se bajó al hall del hotel. La primera actividad prevista ese sábado era una serie de talleres de trabajo de su editorial en la sala multiusos del hotel. Allí se encontró con sus admiradas Nieves Hidalgo y Ana Álvarez. Dos de las best sellers de la editorial y auténticas maestras de la literatura. Esa tarde, Ana daría una conferencia sobre creación de personajes y Nieves, otra sobre estructura y desarrollo. No pensaba perderse ninguna de las dos. Tras muchos saludos y besos, por fin localizó a Pepa, su editora. Tenía un aire a Lauren Bacall que hacía que, desde que María la conocía, siempre esperara ver aparecer a Humphrey Bogart con su gabardina y su sombrero al lado de Pepa. Pero no. Pepa iba sola a la velocidad del correccaminos perseguido por el coyote. Hablando con todas y cada una de las escritoras. Las pastoreaba con alegría y con energía. Recordando a unas su retraso en la entrega de una novela y a otras sus éxitos de venta. Pellizcando la mente de unas, haciéndoles cosquillas a los bloqueos de otras, dejando caer ideas, cosechando propuestas para nuevas novelas. No era fácil su trabajo, pero a Pepa se la veía encantada. María intuía que su extrema delgadez no tenía nada que ver con lo poco que comía, y sí con lo mucho que se movía.

— María, cielo, me alegro de verte —le dijo Pepa mientras se daban dos besos.

—Hola, Pepa. Qué maravilla lo de la Feria. Todos los años es mejor que el anterior —le respondió María.

—Sí. Esa es la idea. Lleva mucho trabajo prepararlo todo, pero merece la pena. ¿Cómo vas con *El conquistador conquistado*? —Pepa no tenía tiempo para rodeos. María nunca sabía cómo podía acordarse de todos los títulos de sus escritoras.

— Bien. Tuve un bloqueo con el divorcio, pero lo he superado. Ya estoy en modo tecla rápida. Lo entregaré en fecha —respondió sonriente María. Era verdad y también que tenía que darse un poco de prisa. La siguiente semana que no le tocaba Gonzalo, ya llevaría a sus personajes más allá del Ecuador, camino de México, y llevaría su novela, más allá de su propio Ecuador, pasada la mitad de la historia y más de doscientas páginas, camino a terminarla a tiempo.

—Muy bien. Si necesitas más tiempo, me lo dices. Ya tengo programada la agenda de publicaciones para el semestre que viene donde sale tu conquistador, pero puedo cambiarla.

—No habrá problema.

—Lo importante es que tú estés bien, cielo. ¿Cómo llevas el divorcio?

—Bien. Adaptándome. Pero bien.

—¿Echas de menos a tu ex? ¿Has conocido a alguien?

—No y sí.

—Genial... escíbeme una novela sobre lo que te está pasando. Quiero detalles del tipo que has conocido.

—Bueno, no hay nada que contar, y ya sabes que yo soy de romántica histórica.

—Pues haz algo de romántica contemporánea. Será divertido.

—No sé si sabré.

—Yo sí lo sé. Sabrás, y más ahora con lo que estás viviendo. Escribe sobre

lo que sabes, sobre lo que vives y sientes. Los lectores son muy exigentes y saben perfectamente cuándo alguien escribe acerca de un tema que no conoce... y tú ahora sabes de divorcios.

—Mis dos mejores amigas también están divorciadas. La verdad es que es algo sobre lo que hablamos continuamente. Sobre todo por nuestros hijos... y últimamente también hablamos de hombres y de nuestros sentimientos.

—Hombres. Sentimientos. Amigas. Bien. Cielo, ahí hay una novela... pero dale un toque de humor. Los divorcios son un drama, pero dale un toque de humor. Pero esto es romántica: tiene que haber amor.

— Sí... amor hay. Bueno. Mis amigas... Creo que una va a volver con su ex y la otra ha conocido al que puede ser el amor de su vida. No sé. Pero tendría que hablar de los hijos. ¿Tú crees que a las lectoras les gustará una novela romántica donde haya hijos? ¿Una novela romántica protagonizada por madres divorciadas?

—¿Acaso las madres no tenemos derecho a enamorarnos?

—Eso me preguntó yo.

—La respuesta es sí. Termíname el conquistador y comienza la de las divorciadas.

— Bueno. Es una idea, lo pensaré.

—Tengo un hueco para mayo del año que viene.

—Voy a terminar *El conquistador conquistado* primero. Me lo pienso y te hago una propuesta con sinopsis y fecha de entrega. Se me está viniendo incluso la idea de la portada con un balón de fútbol y con un zapato rojo de tacón alto.

— Muy bien. Me gusta la idea. Tú escribe. Que sea para mayo del año que viene. Por cierto, ¿has pasado ya por el *photocall*?

— ¿Tenemos *photocall* este año?

— Oh, sí. El grupo editorial que nos ha dado un toque con el tema de las fotos de las escritoras. Algunas salen en la contraportada de sus novelas con fotos hechas con el móvil y, de otras, seguimos usando las fotos de hace años.

Es buena idea ir actualizando las fotos de las escritoras. También para las redes sociales. Hay una conferencia muy interesante sobre las redes sociales y la literatura actual. No te la pierdas. A lo que iba, el grupo contrató a una fotógrafa de Madrid, para que las chicas se sintieran cómodas posando, pero a última hora no ha podido venir y nos han enviado a un fotógrafo. Muy profesional. Se nota que está acostumbrado a trabajar con modelos. Está en la sala de al lado. Tienes que ir a que te haga un par de fotos, de momento de recuerdo de la Feria y ya vemos si la usamos para las novelas y para las promociones, ¿ok?

—Genial. Me da un poco de corte pero, si dices que es profesional... No sé si subir primero a la habitación a cambiarme antes.

—Estás guapísima. El fotógrafo es muy profesional. Tú hazle caso. Las que ya han pasado están encantadas. Además, es un tipo muy alto y muy atractivo. Con un nombre muy raro.

—¿Un nombre raro?

—Sí, nunca me acuerdo bien. Rosco, Hosco, Bosco, Tronco...

—¿Tosco?

—Sí. Eso. Tosco. Anda, ¿cómo lo sabes? ¿Lo conoces?

—Sí —se escuchó la voz de Tosco detrás de María—. Sí que nos conocemos.

Capítulo 31

PRIMERA CITA

María abrió mucho los ojos y sintió un escalofrío que le recorrió toda su columna vertebral. Antes de volverse lentamente, vio la enorme sonrisa de Pepa que había sumado dos y dos y le había salido que el tipo que había conocido María era el mismo que estaba fotografiando a sus escritoras. Pepa puso la palma de su mano izquierda a la altura de los ojos de María y con la derecha hizo como que tecleaba rápido. «Este tío es el que te gusta, ¿eh? Escríbeme una novela de todo esto» era el mensaje inequívoco. Antes de que María pusiera cara de «No sé que me estás contando», Pepa se dio media vuelta y cazó a una escritora que intentaba pasar a su lado disimuladamente.

—Cariño, me debes una novela que me tenías que haber entregado hace una semana.

—Sí. Es que ya llevo seiscientas páginas y todavía me queda. Es una historia preciosa, Pepa.

—¿Seiscientas páginas?

—Sí.

—¿Se pueden dividir en dos partes?

—No lo había pensado, pero sí. De hecho, a la mitad hay una situación que termina y a partir de ahí empieza como otra historia con los mismos protagonistas.

—Pues eso son dos novelas de trescientas páginas.

—Anda. ¿Sí? No lo había pensado. Es que, cuando me pongo a escribir, no puedo parar. ¿Dos novelas?

—Sí, cariño. Una bilogía.

—Qué bien. Entonces te puedo entregar la primera parte. Deja que la repase y la tienes en tu bandeja de entrada en una semana. Oye, Pepa, ¿y una trilogía no es mejor? Es que aún tengo mucho que contar.

—Tú envíame la primera novela y ya vamos viendo.

Pepa y la escritora se perdieron camino de la sala multiusos del hotel donde tendrían lugar los talleres de trabajo. María ya se había dado la vuelta y miraba a Tosco intentando disimular una sonrisa. Él sonreía ampliamente con sus zapatillas deportivas rojas, vaqueros azules, camisa blanca y chaleco caqui de cazador. Tenía su enorme cámara al cuello con un gran objetivo.

—Hola, María.

—Hola, Tosco.

—Me dio mucha pena no veros esa mañana en el albergue. Pero teníamos que irnos. Después pensé que debí haberte dejado mi número de móvil en recepción.

—Sí. Fue una pena. Gonzalo sintió mucho no volver a ver a Ana.

—¿Cómo está Gonzalito el aventurero?

—Muy bien. Está con su padre este fin de semana. ¿Y Ana?

—Bien también. Este finde lo pasa con su madre... o mejor dicho con su hermanita. La madre y su marido han aprovechado para irse de compras, al cine y a cenar. Dice Ana que va a estar todo el día haciendo de madre de su hermana. Mi ex ha encontrado una niñera gratis.

—¿Cómo lo lleva Ana?

—Bien. Ya no es como antes. La madre la trata de forma distinta. Me dio mucho apuro contarte nuestra historia y no vernos después. Te tuviste que quedar con mal cuerpo. Lo siento. De veras que ya estamos bien. Aquello ya pasó.

—Te mentiría si te dijera que me costó dormirme. Estaba reventada. Por eso

nos levantamos muy tarde al día siguiente. Pero sí que he pensado mucho en vosotros en este tiempo.

—¿En Ana y en mí?

—Sí.

—¿No solo en Ana? ¿También en mí?

—Sí. No solo en Ana: también en ti.

—Me alegro. Me alegra volver a verte. Es mucha casualidad vernos aquí. No sabía que fueras escritora; creí que eras maestra. Me gustaría hablar contigo sobre casualidades. ¿Vas a estar hoy y mañana?

—Sí. Ayer no pude venir. Estaba trabajando. Soy maestra y también escritora. Hoy estoy todo el día. Tengo habitación en este mismo hotel, y ya mañana me quedo hasta que termine la Feria. Nos volvemos un grupo en autobús a Valencia y después en AVE a Madrid.

—Genial. Antes que nada, el trabajo es el trabajo y debo hacerte una foto.

—Salgo fatal en las fotos. No soy nada fotogénica.

—No hay personas fotogénicas y no fotogénicas. Hay personas guapas y feas. Algunas personas feas saben sacar partido de las poses y mejoran mucho en una foto. También hay personas guapas que sabotean sus fotos y salen feas. Tus amigas escritoras son de este último grupo. Es curioso cómo les da terror posar a muchas de ellas. No lo entiendo muy bien. Son escritoras: deben estar acostumbradas a estar en público.

—Precisamente es todo lo contrario. Las escritoras somos personas solitarias. Nuestro trabajo no es estar delante de una cámara. Ni hacer promociones. Ni hablar con nuestros lectores. Estas tareas las hacemos y normalmente encantadas, pero no es nuestro trabajo. Lo que nosotras hacemos es escribir historias durante horas, días, meses... incluso años en la más absoluta de las soledades. Nosotras y el teclado. Nadie más. Muchas escritoras son muy tímidas. Nada que ver con sus historias ni con sus personajes, pero ellas no son personajes. Son mujeres escritoras. Es un mundo complicado.

—Ya veo. Lo tendré en cuenta para las fotos que me quedan. Por cierto, es tu turno.

—Pero yo... no estoy arreglada ni nada.

—Estás preciosa.

—Gracias.

—Vamos a la sala que tengo de estudio. —Entraron en la sala de al lado que tenía un fondo blanco, con un taburete en el centro; a los lados había trípodes con flashes, paraguas reflectantes, y toda una parafernalia propia de un estudio de fotografía.

—¿Todo esto es tuyo?

—Sí.

—Creía que eras conservador en el Museo del Prado.

—Y lo soy. Pero, cuando entraba en números rojos un mes tras otro, probé vender fotos en bancos de imágenes y me fue bien. Siempre me ha gustado la fotografía. Poco a poco fui comprando una cámara mejor, objetivos mejores, flashes, y todo lo que ves aquí. Ahora ya no subo tantas fotos a los bancos de imágenes porque me dedico sobre todo a fotografía de naturaleza. Principalmente aves. Pero de vez en cuando hago algún trabajo para empresas. Este lo iba a hacer una compañera, pero no ha podido venir y, como ambos trabajamos para la misma agencia, me lo pasaron a mí.

—Qué bien.

—Sí. A ver, María, te voy a hacer solo una foto, solo un disparo, pero tienes que hacer exactamente lo que te diga.

—Ya te he dicho que no sirvo para esto. No soy una buena modelo.

—Te aseguro que eres la mejor modelo que he visto en mucho tiempo.

—Seguro que eso se lo dices a todas tus modelos.

—No. De hecho, es la primera vez que lo digo.

—Vale.

—A ver. Siéntate en el taburete. Muy bien. Echa los hombros hacia atrás. Así. Espalda recta. Las piernas cruzadas. Las manos sobre las rodillas. Sin

tensión. Muy bien. No mires al objetivo de la cámara. Baja la cabeza y mira a mis pies, así, muy bien. Cuando te diga, levantas la cabeza y miras al objetivo, ¿ok?

—Ok.

—Uno, dos... Nooop, todavía no.

—Perdón.

—No pasa nada. Repetimos. Hombros atrás, espalda recta. Mirada al suelo.

Ok. Uno, dos, tres, YA.

María levantó la cabeza y miró al objetivo. Al instante la habitación se llenó con las luces de los flashes.

—Genial. Eres muy buena modelo.

—¿No hay que repetir?

—No puedo. Es que me he quedado sin carrete.

—Muy bueno. ¿Chiste de fotógrafo?

—Sí. Me encanta. Una amiga tuya se lo creyó.

—Tu cámara no parece ser analógica, sino digital, y de las buenas.

—Oh, sí. Es la cuarta cámara que tengo. Sin duda, la mejor. Pero el mérito es siempre de la modelo. Mira.

María no quería ver la foto porque sabía que iba a estar mal. Preparó su mejor cara de póquer, pero no le hizo falta. La foto era preciosa. Allí estaba ella, que normalmente hacía la payasa en las fotos, con una mirada intensa y muy hermosa. El momento había captado alguno de los mechones de su pelo al vuelo dándole volumen y movimiento a la fotografía. María estaba encantada. Tenía muy claro que esa foto iba a ser la que acompañara a sus novelas a partir de ese momento.

—Está genial. Me encanta. Eres muy buen fotógrafo.

—Qué va. Es la cámara y la modelo. El objetivo, que se ha enamorado de ti.

—Pues será el primero.

—Los demás serían objetivos tontos. Este objetivo es muy inteligente.

—Bueno. Tengo que irme a la sala de trabajo.

—Un momento, por favor. —Tosco rebuscó en una mochila negra que estaba en el suelo, al lado de un trípode, y sacó una tarjeta de visita—. Aquí tienes mi número de móvil. Por favor, no lo pierdas pero de todas formas... Tú hoy estarás liada, ¿no? ¿Tendrás comida de trabajo y muchas actividades?

—Sí. Hasta cena de trabajo tenemos.

—¿Qué te parece si, después de la cena, me dejas que te invite a una cerveza en la cafetería del hotel?

—Me parece bien.

—¿A las 22:30?

—Sí. A esa hora ya habremos terminado.

—Pues nos vemos a esa hora.

—Te mando un wasap en cuanto tenga un hueco para que tengas mi número.

—Sí, por favor. María...

—Dime.

—Me alegra mucho haber vuelto a encontrarte.

—A mí también, Tosco. Hasta la noche.

María se fue más de prisa de lo que hubiera querido pero es que temía que aquel momento se estropeará por alguna torpeza. Estaba nerviosa y muy, muy, muy contenta.

Nada más entrar en la sala, se dio cuenta de que los trabajos habían comenzado. Una conferenciante de la editorial hablaba sobre las redes sociales y su importancia en la literatura actual. María se sentó en la última fila esperando no llamar demasiado la atención. Al momento se le sentó al lado Pepa.

—¿Has quedado con él?

—¿Con quién?

—Con el fotógrafo.

—Sí.

—¿Esta noche?

—Sí.

—Después de la cena de trabajo, ¿no?

—Sí.

—Buena chica. ¿Primera cita tras el divorcio?

—Sí.

—Escríbelo todo —pidió Pepa antes de levantarse, sentarse en otra silla y susurrarle algo al oído a otra escritora, que no pudo evitar soltar una carcajada.

—Vale —aceptó María.

Pensó en enviarles un wasap a sus amigas y contarles el encuentro... y decidió que mejor se lo contaría cuando se produjera realmente la primera cita. Lo que sí hizo fue enviarle un wasap a Tosco. No se estaba concentrando en la conferencia, pero era lo primero que quería hacer. ¿Qué ponerle? Joder, parecía una quinceañera. A ver, algo sencillo y normal. Nada de emoticonos, que ella era escritora.

—Hola, Tosco, soy María, este es mi número. Estamos en contacto. Nos vemos esta noche a las 22:30 —envió María tras mucho escribir y borrar y volver a escribir y volver a borrar, y por fin volver a escribir y enviar.

—No sabes cuánto me alegra que por fin tengamos nuestros números de móviles en nuestras agendas. Es algo que debimos hacer en la sierra de Cádiz. Estoy deseando verte esta noche —respondió Tosco.

María no pudo reprimir un «¡Y yo!» en voz alta, justo cuando en la sala se había hecho un silencio, que hizo girar todas las cabecitas sonrientes de sus amigas escritoras. Su editora la miraba entre divertida y seria. Le hizo un gesto con las cejas y le indicó con la cabeza que estuviera pendiente de la conferenciante. María se sintió como una adolescente a la que pillan escribiendo wasap con el móvil en el instituto durante la clase de matemáticas. Decidió guardarlo en el bolsillo trasero de sus vaqueros e intentó concentrarse en la conferencia... No se estaba enterando de nada. María rebuscó en el diccionario de su cabeza una palabra que definiera sus emociones; la que más

se le parecía era «ilusionada».

Capítulo 32

HIGHLANDER, VIKINGOS Y CONQUISTADORES

El juez más duro. El juez más implacable. El tipo que no pasa ni una. El que si fuera juez en una película americana le daría con el mazo de madera en la cabeza al fiscal, al abogado defensor y al alguacil. El juez que todo lo ve. El juez que lo sabe todo. El juez que definitivamente NUNCA está contento con tus «Protesto, señoría» y te las denegará una a una. Ese juez es una mujer frente a un espejo.

María se estaba arreglando para la cena y su cita con Tosco, y se miraba y remiraba y no le gustaba lo que veía. Ella no era especialmente presumida, ni vanidosa; su estilo montañera casual, ropa de Decathlon y alguna monería en rebajas, nunca le había quitado el sueño. Ahora sí. Se había puesto unos vaqueros apenas usados, una camisa blanca y una chaqueta de cuero marrón con unas botas a juego, cómodas, aunque ya muy usadas. Nada. Que no. Que no se veía guapa. Probó tres peinados distintos y acabó dejándose el pelo suelto. No estaba contenta, y no estaba contenta de no estar contenta. No se sentía así de insegura desde el Instituto y sus primeras citas con chicos donde sabía que habría intercambio lingual. Pero esa noche con Tosco no iba a pasar nada. O sea... no... no tenía que mirar la cama impecablemente hecha. Vaya suerte que Yolanda no hubiera podido ir y tuviera la habitación para ella sola.

No. Un momento. Que no. Que no iba a pasar nada. Cogió el móvil y a punto estuvo de llamar a Bárbara... pero ¿qué le iba a decir?. «Bárbara, ¿a qué no

sabes a quién me he encontrado? Exacto. ¿Qué? Pues claro que me lo voy a follar; a la tercera va la vencida y este no se me escapa». No. No llamaría a Bárbara. No quería, además, sentir la presión de que su amiga supiera con quién estaría esa noche. Mejor llamaría a Nieves. «Nieves, ¿a qué no sabes a quién me he encontrado? Exacto. ¿Qué? Pues claro que le dejaré claro que me gusta. Sí. Sin decírselo. Exacto, gacelas que se ponen a tiro del león. Sí. En Madrid ya sí, eso dentro de unos meses. ¿Qué? ¿Que compre preservativos en una farmacia? Nieves, ¿eres tú?». No. Tampoco llamaría a Nieves.

Un momento. Rebuscó entre su neceser de viaje y encontró dos elementos que sorprendentemente seguían allí desde que los había colocado hacía años. No los había usado en el viaje con Gonzalito, pero ahora le venían muy bien. Lápiz de ojos y color para los labios. Con mucho cuidado, por la falta de experiencia, se señaló un poco los ojos y se coloreó los labios. Vale. Eso estaba mejor. La mujer que se miraba en el espejo se veía mejor. No guapa. «Que no, maldito juez implacable. Que yo no soy una mujer guapa», se dijo a sí misma. Qué tontería. Sí que lo era. A ver, no era una modelo de *Woman Secret*, ni tenía veinte años, pero sí que era guapa a lo Paula Echevarría. Un rostro perfilado, quizás demasiado duro, pero atractivo. Y unas curvas en su sitio. Pero ella y el maldito autocastigo a la autoestima de las mujeres, desde los 15 años hasta los 65, hacía que nada de sus valores tuviera importancia y sí todos los defectos, reales o intuidos, que el juez implacable veía o imaginaba que veía.

Qué daño hacen esas revistas de moda que colocan a mujeres con cuerpos imposibles como ejemplos a seguir. Es como si todos los hombres tuvieran que ser medallistas olímpicos y cualquiera que no consiguiera el oro es un fracasado. Y el oro solo es para uno. Menuda fábrica de insatisfacción y culpa. María no era así. Nunca lo había sido, pero esa noche quería estar guapa y, sobre todo, sentirse guapa. A ella le gustaba Tosco, y ella quería gustarle a él. Ofrecerle su mejor yo para que pudieran conectar en serio tras esas tres coincidencias. Ya tenía su móvil. Releyó la pequeña conversación de

wasap. Le encantaba el final: «Estoy deseando verte esta noche». Hala. Directo al grano. Nieves huiría asustada. Bárbara correría a su encuentro. ¿Y ella? ¿Qué iba a hacer María? María quería huir porque sentía miedo, un miedo que no era pánico, pero miedo sí que era. ¿Pero miedo a qué? Se preguntaba María mirándose en el espejo y sin gustarle lo que veía, aunque lo hubiera mejorado.

¿Miedo al rechazo? No. El tipo era claro y directo. A Tosco también le gustaba María. «Señoría que me mira en el espejo con desaprobación, esta parte contratante está en disposición de afirmar que no hay ningún elemento de su comportamiento, de palabra u obra, que indique que esta acusada de ser fea le resulta indiferente a la otra parte contratante. Por el contrario, Señoría que me mira en el espejo, ese Tosco aparte que está como un tren». «Céntrese, abogada». «Perdón, Señoría, pues eso, que ese Tosco ha dado muestras de sobra de que yo, la acusada de ser fea, le gusto». «Da igual lo que piense ese Tosco. Usted es fea. Ese tipo no sabe de mujeres, y yo sí porque soy una mujer. De hecho, soy esa mujer que la mira en el espejo».

Joder con las paranoias. María estaba muy nerviosa. No huiría como Nieves y no correría al encuentro de Tosco como Bárbara. María iría a la cita en su momento. A la hora y lugar acordados. Menos mal que primero había quedado con sus amigas escritoras en la cena de trabajo. Iban a montar una historia de amor conforme cenaban en una Jaima que la organización de la Feria había colocado en el paseo marítimo. Por turnos irían creando una historia de amor, cada una en su estilo; sería divertido. María cogió aire y lo soltó lentamente. Agarró su bolso y salió de la habitación.

Uno, dos, tres, María volvió a la habitación. Recogió algunas cosas que tenía desperdigadas. Confirmó que el cuarto de baño estaba sin rastro de bragas ni de sujetadores. Todo bien. O sea. Si tú vuelves a tu habitación con un tipo alto de nombre raro y entras, pues no hay nada que te dé vergüenza que el tipo vea... bueno... que no va a pasar, pero por si acaso.

La cena con sus amigas fue divertidísima. Inventaron una historia loca con

highlanders escoceses, vikingos, mujeres fuertes y guapísimas, y María consiguió colocar a un conquistador español en toda la ensalada de personajes. Se rieron como si les pagaran por reírse a euro la carcajada. María bebió un poco más de cerveza de lo acostumbrado y, ya al final de la cena, tenía más confianza en sí misma. Poco a poco sus amigas se fueron retirando. Ella le envió un wasap a Gonzalo.

—¿Cómo está mi campeón?

—Muy bien. Me lo he pasado muy bien. Hemos ido al Parque Warner y he visto a Batman.

—Muy bien. Me alegro mucho. Ahora a dormir.

—Estoy viendo una peli.

—Bueno. Cuando termines, a dormir.

—Sí, mamá.

A la conversación le siguió un duelo de emoticonos entre madre e hijo a ver cuál de los dos ponía más y más graciosos. Gonzalo tenía un emoticono de Batman. Así que habían ido al Parque Warner. Bueno. Tenía que reconocer que era un buen plan. ¿Al mismo nivel que ir a una base aérea con sus amigos? ¿Sí? ¿No? El caso es que el niño se lo había pasado bien. Ya pensaría en todo eso más tarde. A las 22:25 su mesa estaba casi vacía, ya que las escritoras no estaban acostumbradas a trasnochar, y algunas habían ido a la Feria con sus maridos e hijos. María se levantó, se despidió hasta el día siguiente y se dirigió a su hotel. Comprobó que en su móvil no había más wasap de Tosco que aquel primero y único. Buen chico. Nada de agobiar.

Cuando llegó a la cafetería, lo vio apoyado en la barra con una cerveza. Llevaba las mismas zapatillas deportivas y el mismo vaquero de la mañana, pero se había cambiado la camisa blanca por una negra, a la que le había añadido una americana también negra. Tosco le sonrió y se dirigió hacia ella con una cerveza en cada mano. María seguía con el turbo de la creatividad en su imaginación y, conforme Tosco se acercaba, se lo imaginó como un *higlander*, un vikingo y un conquistador español... y en todos esos personajes

encajaba de maravilla. ¿Cuántas cervezas había bebido?

—Estás muy guapa —alabó Tosco.

—Conozco a alguien que no opina lo mismo.

—Se equivoca. No le echas cuenta a quien te diga que no eres guapa. Eres muy guapa. ¿Nos sentamos?

—Claro.

Mientras María acompañaba a Tosco a una mesa, pensó en la juez implacable que habitaba en el espejo de su habitación. En realidad, esa juez habita en todos los espejos donde se mira una mujer. María sonrió. La juez de su espejo también.

Capítulo 33

UNA GRAN CASUALIDAD

Comenzaba a refrescar en el paseo marítimo, pero dentro de la cafetería del hotel se estaba bien. Se sentaron en una mesa discreta, en una esquina con un gran ventanal con vista al mar, apartada de otras mesas llenas y ruidosas. En una de estas, las escritoras de la Feria bebían, reían y pasaban un buen rato. La saludaron con miradas cómplices, a las que María respondió intentando aparentar normalidad. Tosco tuvo el detalle de apartar la silla de María y facilitarle que tomara asiento. Eso iba a cuenta del conquistador español. María sonrió, pero su lado feminista se resistía a agradecer el gesto que sería considerado de un machismo casposo en cualquier asamblea feminista que se preciara. Tosco, más que sentarse, se dejó caer cuan alto era. Levantó la cerveza en un brindis.

—Por el destino —dijo sonriendo y mirando muy fijamente a los ojos a María. La destinataria de tan intensa mirada estaba debatiendo consigo misma si el color de los ojos de Tosco eran marrones cuando lo había visto en la sierra porque ahora le parecían verdes.

—Por el destino. ¿Tú crees en el destino? —preguntó María.

—Hoy sí. ¿Tú no? Creí que era parte del género romántico.

—Hay muchos subgéneros dentro del romántico. El tema del destino y el amor predestinado es bastante importante en algunos subgéneros, pero no en otros. Por ejemplo, en contemporánea cada vez sale menos ese recurso. Las

mujeres actuales no creen en el destino, en una mano invisible, que las tiene condicionadas, hagan lo que hagan, decidan lo que decidan. Las mujeres actuales son dueñas de su vida. Toman sus decisiones y se equivocan, o no, sobre la base de su propio criterio. En el amor también.

—Vaya. No suelo leer romántica. Soy más de histórica.

—En la playa estabas con el último premio Planeta. *Yo, Julia*, de Posterguillo, ¿no?

—Impresionante. Sí. Lo terminé. Muy buena novela. Seiscientas páginas muy entretenidas y muy bien contada la historia de Julia Domna, la esposa del emperador Severo.

—Sí. A mí también me gustó.

—Vaya. Así que lees más géneros, aparte de romántica.

—Sí. Suelo leer de todo. Soy una lectora compulsiva. Todos los escritores, antes que escritores, son grandes lectores.

—Tiene toda la lógica del mundo. ¿Y tus novelas son contemporáneas?

—No. Yo escribo en el género romántico histórico.

—Anda, ¿con *highlanders* escoceses?

—No. Lo mío no son los *highlanders*. Si te gusta el género *highlander*, te recomiendo *La geek y el highlander*, de Isabel Jenner. Es una novela muy divertida y diferente.

—Ahora estoy con el último de *Juego de tronos*. Me he leído todos los libros de Martin y no voy a discutir qué es mejor. Si la serie o las novelas. Me encantan las dos.

—Yo prefiero los libros.

—¿Los has leído?

—Sí. Es un novelista brutal Martin. Los guionistas de la serie son muy buenos, pero los libros los superan.

—Sí. La serie es genial, pero es verdad que las novelas son... no se puede decir mejores porque no se pueden comparar. A ver, la serie *Vikingos* es genial, pero sí que está un punto por debajo de *Juego de tronos*, porque la

fantasía de Martin no ata tanto como la realidad histórica de *Vikingos*. Pero se puede comparar una serie con una serie, no con sus libros.

—Si te gustan los vikingos, te recomiendo *Alma vikinga*, de Nieves Hidalgo.

—Vaya, ¿vas a comisión con la editorial?

—No, pero he leído todo lo que te recomiendo y son novelas buenísimas. Y conozco a las dos escritoras: son amigas mías. De hecho, están en la Feria.

—¿Y tú entonces en qué parte de la historia centras tus novelas?

—La conquista española de América.

—Hala.

—Sí.

—Pero allí fuimos a lo bestia, ¿no? O sea, matando a todos los indios y robando todo el oro. No creo que hubiera mucho amor en esa época.

—Pues sí que hubo. Hernán Cortés se enamoró de su traductora Malinche; tuvo un hijo con ella. Balboa se casó con la princesa Anayansi, hija del cacique Careta... podría seguir así toda la noche... por no hablar de las mujeres españolas que llegaron a América siguiendo a sus maridos.

—Eres una mujer increíble, María. —La sonrisa de Tosco y el directo al corazón dejaron a María sin palabras. Sonrió y pidió dos cervezas al camarero que oportunamente pasaba por allí. Sin preguntarle a Tosco. Sin esperar que Tosco tomara la iniciativa. Con el primer trago no quiso que la situación se volviera incómoda... al menos para ella, y pasó a la acción. ¿Cuántas cervezas se había bebido ya entre la cena y las del bar del hotel?

—¿De qué color son tus ojos, Tosco? —Le encantaba pronunciar su nombre. A veces paladeaba la «s»: Tosssssco.

—Pues normalmente marrones, marrones claros, marrones oscuros según la luz, pero al lado del mar se vuelven verdosos. Qué curioso, ¿no?

—Sí. Qué curioso. Tienes unos ojos preciosos, Tosco. —María había pensado decir: «Es un color bonito», «El sol sale por el este», «Siempre llueve sobre mojado» o algo así, pero le salió esa frase que dejó a Tosco

sonriente y mudo... y a María con una sensación extraña... como hinchada, ah, bueno, que era la cerveza—. Tengo que ir al baño. No te muevas de aquí.

—No, mi señora.

María lo miró. De nuevo lo veía con el casco de conquistador español. A punto estuvo de decirle algo, pero la vejiga estaba a punto de expresar, ella misma, una obra artística nada recomendable en público. Al pasar cerca de la mesa de sus amigas escritoras, hubo carcajadas, abucheos, y María creyó escuchar un «No lo dejes solo mucho rato, que no respondo», pero no supo identificar quién lo había dicho.

En el cuarto de baño de la planta baja del hotel, tras dejar que la cerveza siguiera su curso natural hacia el mar, se arregló un poco en el espejo y consultó su móvil. Vio que ninguna de sus amigas estaba *on line* en wasap. ¿Qué estarían haciendo esas dos a esas horas? Qué ganas tenía de contarles que había vuelto a encontrar a Tosco. Que no pensaba dejarlo escapar. Que ya no era tan novata y había conseguido su número de móvil. Que la cerveza, las ganas y el destino... un momento, que esto es contemporánea... nada de destino, que las ideas claras de una mujer, que sabe lo que quiere, iba a hacer que esa noche ella fuera a tener sexo con Tosco. Las ideas claras. Sexo. Tosco. El de los ojos cambiantes. Iba a tener sexo por primera vez con un hombre después del divorcio. Se podría decir que iba a tener sexo por primera vez incluso desde mucho antes del divorcio. Que ya con Julio apenas lo hacía y, cuando lo hacía, se parecía más a masturbarse con ayuda, que a verdadero sexo entre dos amantes. En fin... no había que dejarlo solo mucho rato, que alguna de sus amigas escritoras podría pasar al asalto. Que algunas eran tímidas, pero otras no, y todas tenían muchos recursos lingüísticos como para enredar a cualquiera ¿Pero qué estarían haciendo Nieves y Bárbara? No se atrevió a enviarles un wasap. Ya al día siguiente cuando todo hubiera sucedido. Si es que iba a suceder algo... Oh, sí. Sí que iba a suceder. Ella haría todo lo posible para que sucediera porque quería que sucediera y estaba segura de que Tosco también quería que sucediera. Entiéndase «que sucediera» por «tener

sexo».

Ya que sale el tema del sexo a relucir, quizás a María le hubiera gustado saber que en ese momento Nieves estaba en el sofá de su casa besando a Borja. Bárbara hacía lo propio con Javier en su dormitorio con la puerta cerrada, tras confirmar que Alex y Pedrito estaban profundamente dormidos. Ninguna de las dos estaba pendiente de sus respectivos móviles, sino de los movimientos de lengua de sus respectivos amantes.

Cuando María volvió al bar, sus amigas escritoras estaban en la barra rodeando al único escritor, o sea un hombre que escribe, que había ido a la Feria. Un cincuentón barrigudo y calvo que, sin embargo, escribía sobre mujeres como si fuera una de ellas. «Cuatro divorcios a la espalda me dan para muchas novelas», le comentó una vez por Facebook a María. Le caía bien. Le gustaban sus novelas. Eran rápidas de leer y muy divertidas. Comedias románticas contemporáneas. Ni *highlander* ni vikingos. Algo de lo que contaba el tipo les estaba pareciendo muy divertido a sus amigas porque se estaban riendo a carcajadas.

Al sentarse vio que Tosco había pedido otras cervezas. María estaba un poco ya saturada de cerveza.

—Creo que ya he bebido toda la cerveza de mi cuota anual. ¿Te importa si me pido un *gin tonic*?

—Vale, entonces yo me paso al whisky.

—Perfecto. Perfeto. Perfect.

—Si quieres, podemos tomar un café.

—No. Quiero un *gin tonic*. Camarero, un *gin tonic* y un whisky.

—La señora sabe lo que quiere —ratificó Tosco al ver que el camarero lo miraba.

—Sí que lo sé. Me llamaste la atención en la playa, en Isla Cristina. ¿Tú te fijaste en mí? ¿O no te diste ni cuenta de que existía hasta que te abordé en los cuartos de baño?

—Claro que me fijé. Una mujer sola con un niño. Esperaba ver a tu marido

en cualquier momento. Pero no. Además, cuando aquella ola os tumbó, estuve a punto de ir a ayudarte. El whisky está riquísimo.

—El *gin tonic* también. Sabe a pepino. ¿Por qué no lo hiciste?

—¿El qué?

—Venir a ayudarme.

—Porque vi que tú no necesitabas ayuda. Eres una mujer independiente.

—Sí. Eso es. Soy una mujer independiente y no necesito ayuda. Pero vamos, que lo de la ola fue brutal... y lo del camino de las cabras, jooooooder. Aquello es para escribirlo. Vamos a ir este verano con unas amigas y sus hijos. ¿Te apuntas?

—Claro.

—Seguramente nos perderemos.

—Creo recordar que tú decías que no os perdisteis.

—¡ESO ES! No estábamos perdidos. Solo que no estábamos donde deberíamos estar, pero no estábamos perdidos.

—Me encantará hacer ese camino con vosotros, y a mi hija seguro que también. Aunque nos perdamos.

—Que no estábamos perdidos.

—A mí no me importaría perderme contigo.

Ya está. Hala. Ahí estaba la declaración de amor o de deseo o de lo que fuese. Eso era un directo. María sintió su corazón latirle a mil. Se acabaron los rodeos. Iría al grano. Además, ya no podía beber más del *gin tonic*, que sabía a pepino, porque empezaba a marearse.

—Tosco —dijo acercándose mucho a él.

—Dime —respondió Tosco haciendo lo mismo de forma que sus rostros estaban apenas a unos centímetros el uno del otro.

—Tú no eres un león.

—No. La última vez que me miré en el espejo, no tenía melena.

—Y yo no soy una gacela.

—No. Pero no tengo muy claro de qué estamos hablando.

—De esto —dijo María cerrando los ojos y besando a Tosco en los labios.

Al principio lo besó como una quinceañera tímida. Con los labios entreabiertos, pero sin atreverse a introducir su lengua en la boca de Tosco. Un pequeño roce de la lengua de él en la punta de la suya, como si fuera una invitación, abrió las compuertas de un deseo demasiado tiempo contenido. María introdujo su lengua entre los labios de Tosco como la mujer que era. Como la mujer que sabía lo que quería. Fue un primer beso de los que se recuerdan toda la vida. De esos que parece que se han apagado las luces, silenciado los ruidos, paralizado los movimientos. Tras las acometidas iniciales, sus lenguas comenzaron una serie de caricias suaves, tiernas, sencillas, que llevaron a los dos a una intensidad de deseo que, de no estar en el bar, se habrían tirado a suelo y quitado la ropa a mordiscos.

Poco a poco despegaron los labios apenas un centímetro. Un pequeño hilillo de saliva conectaba sus labios. Como un puente de plata por el que hubiera pasado todo el oro de sus sentimientos en los intensos minutos que había durado el beso. Separaron los rostros. Desapareció el puente, pero no los sentimientos. Se miraron sin tener nada más que decirse con palabras. María vio que los ojos de Tosco eran verdes en ese momento, definitivamente verdes; por encima de eso, observó que estaban brillantes. Mirando dentro de esos ojos verdes y brillantes, María supo que eran unos ojos sinceros que le estaban devolviendo una mirada llena de... María rebuscó en el diccionario de su cabeza, a duras penas por el efecto del alcohol, una palabra que definiera lo que veía en los ojos de Tosco; la que más se le parecía era «amor». En ese momento lo cogió de la mano y se lo llevó directo a su habitación.

Nada más entrar cerró la puerta, se volvió hacia él y volvió a besarlo a la par que lo abrazaba. Tosco, al abrazarla, la levantó del suelo. Los pies de María quedaban a unos centímetros de la superficie, por lo que la sensación que tenía María de estar en una nube estaba físicamente justificada, además de emocional y éticamente. Tosco avanzó con María abrazada en el aire hasta que tropezaron con la cama y cayeron sobre ella. María se incorporó y se

sentó a horcajadas encima de Tosco mientras le desabrochaba los pantalones. Era una maniobra complicada con ella encima, pero lo consiguió.

Esa noche María y Tosco tuvieron sexo al mismo tiempo que Nieves y Borja hicieron el amor y Bárbara y Javier follaron. Las tres amigas tuvieron un maravilloso orgasmo al mismo tiempo, y eso no fue gracias al destino, que esto es contemporánea, pero casualidad, lo que se dice casualidad, sí que fue una gran casualidad... o no. Porque nada de lo que hicieron las tres amigas tuvo que ver con el azar, la suerte o la magia, sino por la voluntad de cada una de ellas de hacer lo que de verdad querían hacer.

Capítulo 34

DOCTOR, ME HA SALIDO UNA MANO EN EL PECHO

Alonso Luis de Sevilla se arrodilló y clavó su espada en la tierra. Juntó ambas manos y comenzó a rezar. Era un gesto que la princesa Zulía le había visto hacer varias veces, pero que nunca dejaba de sorprenderla. Primero por el gran error de clavar una espada en la tierra que a Zulía le sabía siempre a gesto sacrílego. Además, Alonso se pasaba después mucho tiempo limpiándola. Jamás la guardaba en su vaina con el mínimo rastro de suciedad. Segundo, porque había visto pelear a Alonso. Era lo más parecido a un dios de la guerra con la espada en la mano derecha y con la daga larga en la mano izquierda. Zulía lo había visto matar sin compasión. De ahí que ese momento tan espiritual, tan calmado, tan parecido al de un sacerdote la desconcertaba. Ese tipo de situaciones convencía a la princesa de que su ya marido era un hombre extraño. Un hombre de otro mundo. Aun así, Zulía estaba absolutamente enamorada. Recordaba sus dos bodas. Con el chamán de su pueblo antes de seguir su huida al norte. Ella emocionada y Alonso muy serio, con una ceja en alto todo el rato como si no se creyera que de verdad la Madre Tierra los estaba bendiciendo. Más tarde en una iglesia pequeña de la ciudad de Tenochtitlan. Un templo mexicano reconvertido al catolicismo, donde un sacerdote español medio borracho, que tuvo que ser convencido con oro y acero, los casó con palabras que Zulía no entendía, pese a saber español. Latín era aquella lengua, la lengua del imperio que había antes del Imperio español

en Europa, según le había explicado Alonso. En esa boda fue Zulía la que estaba escéptica, y Alonso quien parecía estar en trance místico.

En ese momento Alonso dejó de rezar y se puso en pie. Zulía se colocó a su lado como durante los miles de kilómetros que ya habían recorrido. Desde aquella colina podían ver un verde valle a sus pies mientras que la expedición de más de quinientos hombres, mujeres y mulas serpenteaba a sus pies.

—¿Ves ese valle? —le preguntó Alonso.

—Sí.

—Ese valle no sale en el mapa que nos dibujó el fraile que estuvo por aquí hace años.

—Pues, aunque no salga en el mapa, ahí está.

—Sí. Estamos pisando una tierra donde en los mapas aparece en blanco. Somos los primeros hombres que estamos en esta tierra.

—Los primeros europeos querrás decir, esposo mío.

—Sí, querida. Los primeros europeos. Ya hemos hablado de esto.

—Al parecer, no lo suficiente. Que los europeos nos hayáis invadido a los americanos, ¿*americanos* nos llamáis? ¿*Indios*? ¿*Indios americanos* para diferenciarnos de los indios asiáticos? ¿Sí? Pues que nos hayáis invadido lo entiendo, pero que penséis que no existimos no lo entiendo. Es como si hubierais llegado a una isla desierta, y te aseguro que aquí hay muchos pueblos.

—Es una forma de hablar, cariño, no te pongas así.

—No me pongo de ninguna forma. Pero vale que nos invadierais, nos hicisteis la guerra y ganasteis con vuestros aceros, caballos y armas de fuego. Pero querido... que los pueblos que aquí vivíamos teníamos nuestra cultura, que está desapareciendo.

—Bueno, que tampoco es que estuvierais aquí jugando, comiendo y haciendo el amor todo el día. Que cada aldea estaba en guerra con la de al lado. El Imperio mexicano que acabamos de atravesar lo conquistó Cortés con ayuda de los pueblos oprimidos por los aztecas.

—Sí. Es verdad. Aquí siempre ha habido guerras. Porque en Europa no hay guerra, ¿verdad?

—Ya sabes que sí.

—Ah. ¿Cómo era eso? ¿El emperador Carlos está en guerra ahora contra quién?

—Contra Francia, Inglaterra y Alemania.

—¿No se aburre tu emperador?

—Ahora también es el tuyo y no, no se aburre, y menos cuando reciba las crónicas de este viaje. Ahora todas estas tierras son tuyas.

—¿Solo con mirarlas uno de sus súbditos, ya son de tu emperador?

—Sí. Bueno. Se hará una ceremonia en cuanto acampemos.

—Eso de tomar posesión de una tierra solo con mirarla me lo tienes que volver a explicar.

—Esta noche, cariño, después de cenar.

—A ver si esta vez lo entiendo... porque pronto se lo vas a tener que explicar a alguien más.

—¿A quién?

—Alonso... estoy embarazada. Vas a ser padre. Vamos a tener un hijo que será americano y español.

—¡Olé!

—Esa palabra la dices mucho, pero no sé muy bien qué significa. Es latín, ¿no?

—No, es árabe.

—Te aseguro que no os entiendo a los españoles.

—A veces creo que no nos entendemos ni nosotros, pero algún día llevaremos a nuestro hijo a Sevilla, y a los pies de la Giralda todo estará claro.

—No estoy yo muy segura.

—Que sí, mujer, ya voy a ir sacándole el carné del Betis.

María se removió en la cama. ¿Carné del Betis? Eso no puede ir en la

novela. Alonso era muy sevillano, pero el Real Betis Balompié no existía en el siglo XVI. Esos sueños con sus personajes eran muy habituales en la última parte de la escritura de sus novelas. Luego lo recordaba todo, o casi todo, y lo escribía como una posesa en el portátil. Estaba convencida de que algún día reventaría el teclado de aporrearlo a velocidad y fuerza desproporcionadas. Definitivamente, sería un buen final para ese capítulo el «Olé» de Alonso y quizás la idea de ir a España. Le pareció escuchar a su editora Pepa: «Eso da para otra novela», pero lo del carné del Betis no podría ir. Todavía pensaba llevar a sus personajes un poco más lejos, quizás hasta la fundación de la ciudad de San Diego en la costa californiana o hasta la mismísima ciudad de Los Ángeles. Ya vería. Pero el embarazo de Zulía le encantaba. Igual que esas discusiones de esposos acerca de la conquista de América. Poco a poco María se desperezó en la cama cuando se dio cuenta de que estaba desnuda. Pero a lo extraño de su desnudez se le añadía el hecho de que no es que le faltara la ropa; es que le sobraban manos. Estaba de costado en la parte derecha de la cama cara a la ventana. Había poca luz que se filtraba de la calle. No reconocía la habitación, pero desde luego no era la de su casa. Muy despacio, con cuidado de no hacer movimientos bruscos, sacó sus manos de debajo de las sábanas y las contó. Una y dos, mano derecha y mano izquierda. Muy bien. Todo en orden. Salvo por un detalle. Lo que sentía en su pecho derecho era otra mano. Para confirmarlo, levanto un poco las sabanas y allí estaba. Tenía una mano sujetando su pecho derecho. «Doctor, me ha salido una mano en el pecho. ¿Es grave?». «Depende. ¿Viene con brazo y cuerpo añadido, o es solo la mano?». «Un momento, que lo compruebo.» María, en vez de exploración visual, decidió echarse un poco para atrás para saber si la mano era parte de un cuerpo o no. Efectivamente, a dos centímetros escasos, notó cómo su culo y espalda se encajaban perfectamente en el cuerpo de un hombre. En ese momento los rastros del alcohol fueron disipándose y recordó todo lo sucedido la noche anterior. Tosco, por su parte, respondió al acercamiento y la abrazó. La mano en su pecho pasó de sujetarlo a acariciarlo. María sintió que

entre sus piernas emanaba una fuente de calor inesperada y que su sexo le pedía un encuentro antes de desayunar. En ese momento su móvil, encima de la mesita de noche, realizó el inconfundible sonido de un wasap entrante. Sin despertar a Tosco, lo cogió y vio con horror que eran las 11:00 y que sus compañeras de editorial le advertían que las conferencias de la mañana ya habían comenzado y se estaba perdiendo una de las más interesantes.

Intentó salir de la cama, pero la mano de Tosco se deslizó desde su pecho hasta su cadera y la atrajo hacia él.

—Buenos días —dijo María girándose. «Dios mío, qué guapo está este hombre por las mañanas», pensó.

—Buenos días. Dios mío. Pero qué guapa estás por las mañanas.

—Gracias. Tengo que irme. Me han avisado que ya han empezado las conferencias.

—¿Ducha rápida y un café antes de despedirnos?

—¿Despedirnos?

—Yo me vuelvo a Madrid esta mañana. Hoy recojo a mi hija de casa de su madre. Esa mujer se niega a llevarla a mi piso.

—Ah. Pensaba que te quedarías toda la mañana.

—No puedo. Además, mi trabajo terminó ayer.

—Bueno. Me pido primera para la ducha.

—Chica rápida.

—Y lista.

—Y lista... María...

—Dime.

—Para mí esto es importante. Me gustaría volver a verte.

—Para mí también es importante. Eres el primer hombre después... bueno... el único... en fin... que para mí esto es importante y sí me gustaría volver a verte.

—¿Cuándo?

—No sé... estoy muy liada. El trabajo, el niño, la novela... soy una madre

trabajadora divorciada... es difícil tener momentos libres.

—¿Mañana?

—Vale.

—Por cierto, María, yo soy bastante ecologista.

—Ah, muy bien.

—Te lo digo porque podríamos ducharnos juntos. Así ahorramos agua. Ya sabes. Hay que salvar el planeta del cambio climático y todo eso.

—Bueno. Me parece bien. ¿Solo ducharnos?

—Claro. Aunque... ya que estamos los dos en la ducha podríamos hablar de la nueva política exterior de Finlandia, que me tiene muy preocupado.

—También podríamos hacer algo que no requiera hablar.

—Bueno, si insistes, pero conste que los islandeses me tienen muy preocupado.

—¿No eran los finlandeses?

—Esos también.

Capítulo 35

EL FINAL DEL PARTIDO

Había pasado un mes desde que Tosco y María se ducharan juntos. Con gran actividad de sus respectivas lenguas, pero sin hablar. En el campo de fútbol del Galapagar, los tres amigos, Gonzalito, Pedrito y Alex, corrían perseguidos por sus rivales. Alex llevaba la pelota que le había robado a un delantero que intuyó, más que vio, que a Alex se le estaban desarrollando los pechos. Mal momento para distraerse. Alex cogió el balón, y Gonzalito y Pedrito corrieron a galope. Gonzalito, a la derecha y unos metros adelantado. Pedrito, que había cogido muy buena forma física en las últimas semanas, a la izquierda y no menos veloz. Enfrente tenían a cuatro defensas como cuatro castillos y un portero enorme. Los dos del centro corrieron a cortar el avance de Alex, y los de los laterales salieron a marcar a sus amigos. Gonzalito llegó al área pequeña y levantó la mano reclamando el balón. Un defensa lo marcaba de cerca. Pedrito se quedó un poco atrás justo en la esquina izquierda. Alex los vio a los dos; amagó con tirar a portería pero, en vez de eso, sobrepasó al primer rival. Aún quedaba otro que le cerrara el paso en el punto de penalti. El portero se adelantó previendo el disparo. El defensa encargado de Pedrito no lo consideró tan peligroso como a la niña con trenzas, con aspecto de vikinga, que estaba a punto de sobrepasar a su compañero y estaría sola frente al portero. Optó por abandonar su posición de bloqueo y corrió a interceptar a la de las trenzas. Gran error. Alex miró a Gonzalito, que sonrió y asintió con la

cabeza. Entonces hicieron una jugada ensayada que nadie se esperaba. Alex se giró un poco a la derecha, dejando claro que le iba a pasar el balón a Gonzalito pero al final, en un giro rapidísimo, se lo pasó a Pedrito que, sin detenerlo, le dio un toque suave que lo hizo rodar lentamente hasta la red. El portero se quedó en el sitio como todos; se había esperado el pase a Gonzalito y el disparo desde allí. Solo pudo ver cómo el balón traspasaba lentamente la línea de la portería y llegaba hasta el fondo.

GOOOOOOOOOOOOOOOOOOOL.

Galapagar Fútbol Club 1 - Alcobendas 0.

La celebración entre los jugadores fue apoteósica. Iban ganando. De hecho, era la primera vez en la temporada que iban ganando. Los tres amigos se abrazaron y corrieron a la banda donde Ana, la hija de Tosco, los grabó con su móvil. Al árbitro le costó muchos pitidos que volvieran a su campo para que continuara el partido. Lo que les faltaba a los árbitros eran niños youtubers que se debían a sus suscriptores.

Pero dejemos a los tres amigos, ahora cuatro, sumando a Ana, con sus celebraciones y observemos la grada donde las tres madres han saltado de alegría con el gol de Pedrito.

—Pedrito campeón —halaga Nieves.

—Tu niño está hecho un genio. Yo le hubiera dado un patadón —comenta Bárbara.

—Yo también. Y Alex ha estado increíble. Yo me creí que se la iba a pasar a Gonzalito —apunta María.

—Tú y yo, y todos. Mi hija va a llegar a presidenta de la Unión Europea. —Bárbara estaba orgullosa de su hija.

—Pedrito me dice que quiere ser contable como su madre.

—Anda, qué bien. ¿Y tú qué le dices?

—Que yo no soy contable, sino asesora financiera —responde Nieves con una sonrisa.

—¡Olé, tú! —exclama María.

—Últimamente dices mucho olé, ¿no, María? —interroga Bárbara.

—Sí. Se me ha pegado de mi novela. La terminé ayer. Creo que ha quedado bien. Mi editora quiere que escriba otra con los mismos personajes. Los he dejado en un barco rumbo a España. Mi editora dice que las aventuras de esa familia en España dan para otra novela.

—¿Y la vas a escribir?

—Más adelante. Ahora estoy agotada. Primero que se publique *El conquistador conquistado* y, dentro de unos meses, cuando me vuelvan a hacer cosquillas los dedos, ya veremos.

—¿Te acuerdas hace meses, cuando te divorciaste y no conseguías escribir? —pregunta Nieves.

—Sí. Parece que hubieran pasado años.

—Es porque han pasado vivencias —explica Bárbara—. No se trata de años, o días, o meses... se trata de vivencias. En este tiempo a las tres nos han pasado muchas experiencias, emociones, sentimientos... hemos vivido. Hay gente a la que nunca le pasa nada y los años son iguales unos a otros. Por miedo, por comodidad, por indiferencia. Son como las porterías de fútbol. Siempre en el mismo sitio. Sin sentir nada cuando el balón entra y sin sentir nada cuando no entra. Nosotras tres hemos jugado partidos muy intensos estos meses... y creo que hemos ganado la liga, sin goleadas, sin lesiones, sin despedir a nadie de la plantilla.

—Bueno, yo a mi exmarido —puntualiza María.

—Sin despedir a casi nadie. Incorporando dos nuevos jugadores con penes enormes. Al menos uno, que el otro no lo sé.

—Enorme. El de Tosco es...

—Por favor nada de gestos —pide Nieves.

—He dicho «pene» —aclara Bárbara.

—Vale, muy bien, pero María iba a hacer algo con las manos.

—Noooooooooooo, yo no iba a hacer nada —miente María.

—Incorporando nuevos jugadores que ahora son miembros de la plantilla y

repescando a otros que estaban penalizados, de cuyo pene tampoco sabemos si es enorme —continúa Bárbara.

—Lo es —susurra Nieves.

—Bien. Pues aquí estamos las tres. Con la liga ganada. Con nuestros corazones enamorados. Hemos vivido. No somos como las indiferentes porterías de los campos de fútbol. Somos mujeres. No somos espectadoras de nuestras vidas. Somos jugadoras y salimos al campo a ganar y a ser felices. Y, si hace falta pegarle patadas en los huevos al árbitro, se las pegamos.

—Eso. Muy bien dicho, Bárbara. —María está de acuerdo.

—A mí me han entrado unas ganas de coger un balón y pegarle una patada que soy capaz de romper la portería —añade Nieves.

—Pues yo le echaba un polvo al primero que me lo pida —Bárbara gira la cabeza hacia la fila superior de la grada, donde Borja, Tosco y Javier las miran sonrientes.

—Sabéis que lo estamos escuchando todo, ¿verdad? —pregunta Javier.

—Lo de los penes enormes también —aclara Tosco.

—Sí, esa parte ha sido muy instructiva —se suma Borja.

—Perdona, Nieves, ¿tú estás escuchando algo? —pregunta Bárbara a su amiga.

—No. No escucho nada —responde Nieves encantada por fin de participar en el juego de ignorar al que habla—. ¿Y tú, María?

—No. Solo a tres amigas hablando de sus cosas.

—Compadres, creo que es hora de ir al bar a por refrescos —dice Tosco a sus nuevos amigos—. ¿Alguna amiga quiere algo?

—Coca-Cola light —dice Nieves.

—Coca-Cola zero —dice Bárbara.

—Coca-Cola normal —dice María.

—Y es por esto por lo que te quiero tanto —le dice Tosco a María a la par que le da un suave beso en los labios. María se pone colorada, pero no dice nada.

—Son útiles estos hombres. Te traen cosas —informa Bárbara—. ¿Y tú, escritora? ¿No se te ocurre nada romántico que responder a tu Tosco?

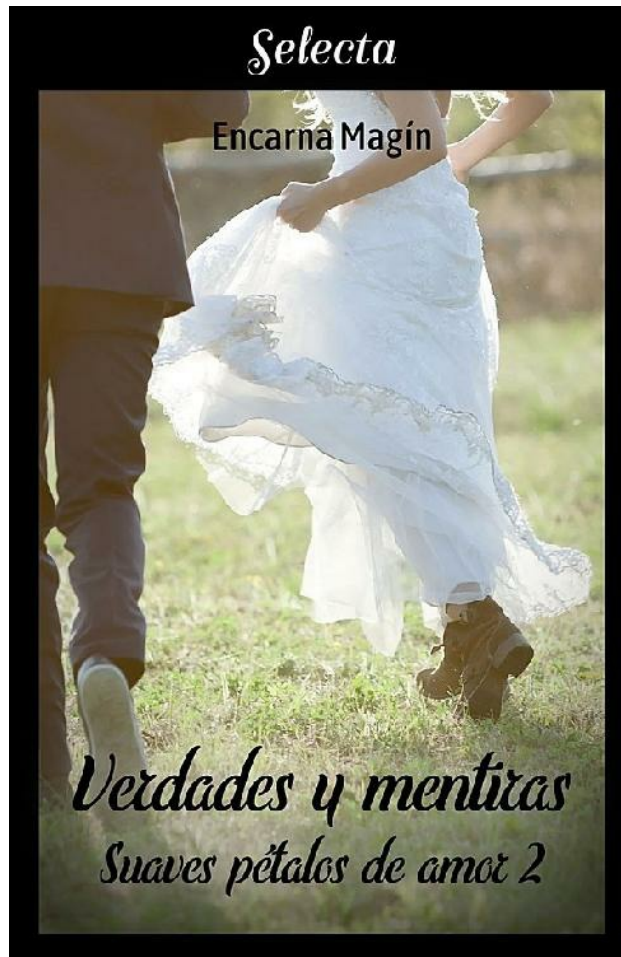
—Es que me deja sin palabras... me encanta que me dé esos besos cortos, así porque sí, sin venir a cuento... y sí que se me ocurre qué responderle. Pero no delante de vosotras y menos en un campo de fútbol. Esta noche le responderé... y, cuando lo haga, el que se quedará sin palabras será él.

En ese momento se escuchó en todo el campo de fútbol el pitido del árbitro que indicaba el final del partido.

FIN

Agradecimientos a María, Inma y Toni

Si te ha gustado
Divorciadas Fútbol Club
te recomendamos comenzar a leer
Verdades y mentiras
de *Encarna Magín*



Capítulo 1

Abel Olmos había hecho el trayecto de Valleverde a Barcelona en su coche, un modelo sencillo y práctico de furgoneta combi, que le servía para su trabajo en los campos que circundaban la casa que había construido en el pueblo. Había aparcado el vehículo a las afueras de la metrópoli y había cogido el metro para desplazarse. Sabía que en hora punta la ciudad se volvía intransitable debido a la densidad de tráfico, por lo que había decidido no arriesgarse. Debía encontrar a Elisa, su novia y futura esposa, pues a su madre le había dado un ataque al corazón. Estaba grave y los médicos no auguraban un desenlace feliz.

Abel era alto y bien parecido. Su mirada, ambarina profunda y limpia; su cuerpo, robusto y su cabello rubio y sedoso cortado a la altura del hombro le infundían un aire a *highlander*. Sin embargo, ese porte tan masculino y cautivador quedaba oculto bajo un atuendo nada atractivo, ya que vestía como cualquier integrante de la comunidad Los Hijos de la Luz. Llevaba unos pantalones, abrigo y sombrero negros y una radiante y pulcra camisa blanca. Dentro del vagón de metro se había quitado el abrigo, pues la concentración de calor, debido a la gran cantidad de usuarios, provocaba que el aire estuviera cargado y fuera bochornoso.

Abel miró a los pasajeros. Casi todos tenían sus pupilas abiertas y pegadas a sus móviles, apenas eran conscientes de que había vida fuera de sus aparatos rectangulares, los culpables de haber sumido a la sociedad en un trance colectivo. Sus espaldas jorobadas mostraban que sus cuerpos adquirían la forma a los que eran sometidos durante horas, una postura de cabeza gacha y espalda curvada, tal como mostraría un sumiso ante su amo. De hecho se trataba de esclavos frente a la tecnología.

No pudo evitar pensar en Valleverde, en su aire puro, en la montañas con sus puntas blancas, en los paisajes verdes, en los ríos de aguas transparentes, en los bosques exuberantes, en la vida que se desplegaba en cada rincón, en la amabilidad de sus gentes, en la bondad que todos rezumaban... En Valleverde era feliz y no creía que en el mundo existiera un lugar como aquel, rebotante

de verdad y humanidad. En el pueblo ninguno de sus habitantes iba con la espalda jorobada, ni con la cabeza gacha porque nadie tenía móvil. El único avance tecnológico que se les permitía a Los Hijos de la Luz era la electricidad para alimentar las bombillas y las neveras de sus hogares. A los que trabajaban en el campo, como él, se les autorizaba a adquirir un vehículo para hacerles más llevadero el transporte de sus productos.

De hecho, dichos cambios no hacían mucho tiempo que se habían autorizado. La relación de su hermana con Iván, que no pertenecía a la comunidad, había hecho replantearse muchas normas. Después de hablarlo mucho, se hizo una votación y se llevaron a cabo cambios que las gentes agradecieron. Los Hijos de la Luz no negaban las tecnologías, sino que iban en contra del uso que se hacía de ellas, pues, si todo avance se utilizaba con sabiduría, era bueno para el progreso colectivo.

El traqueteo del metro adormecía a Abel, por lo que se esforzó en mantenerse despierto. Más le valía, porque en pocos minutos llegaría a una parada cerca del centro universitario donde su novia estudiaba y no quería pasarse de estación. Aunque sabía la dirección de memoria, se sacó del bolsillo la última carta que ella le había enviado. La olió, olía a ella, era un aroma suave y dulce, una mezcla de flores, tal como olían los campos floridos de Valleverde en primavera. Eli era perfecta para él; la amaba desde que eran unos críos cuando ambos se juntaban para hacer travesuras. La echaba de menos y hubiera querido que el reencuentro hubiera sido por otras circunstancias, y no por su madre enferma.

Cuatro años atrás, en un acto desesperado por no perderla, no objetó nada a su marcha para que cursara la carrera de Veterinaria y prometió esperarla. Ya una vez, siendo una rebelde adolescente, se había escapado por una riña con su padre y tomó el mal camino vendiendo su cuerpo por dinero. Nadie en Valleverde lo sabía, ni su madre; eso le hubiera provocado un disgusto terrible, tal vez incluso la hubiera matado dado su precario estado de salud. Él la había rescatado de aquella vida y Eli tuvo que regresar a la comunidad a

regañadientes. En un principio no se lo perdonó, pero acabó haciéndolo y empezaron una relación.

Sin embargo, Eli ansiaba ser algo más que su esposa, por lo que no puso impedimentos cuando ella le informó que quería forjarse un oficio. En Valleverde necesitaban veterinarios; todos en sus hogares tenían corrales con animales y la idea le gustó desde el principio. Durante esos cuatro años, había trabajado duro en los campos para vender sus cosechas y poder enviarle dinero a fin de costear su manutención y sus estudios. Pero había valido la pena tanto sacrificio, ya que en la carta le aseguraba que estaba sacando buenas notas y pronto sería veterinaria.

Abel sonrió, se sentía muy orgulloso de su novia; tal vez lo que más le gustaba de su chica era su rebeldía, aunque a veces le irritara. En la comunidad Los Hijos de la Luz las mujeres estaban muy limitadas, no se les permitía hacer lo mismo que los hombres. Aún arrastraban costumbres poco sanas de otras épocas, pero, poco a poco, los líderes se estaban abriendo a los cambios y se mostraban flexibles con muchas leyes y normas que los encorsetaban como personas. Las épocas cambiaban, lo propio sería que las gentes también lo hicieran. Buena muestra de ello era Lucía, su hermana, que trabajaba como profesora en la escuela, y Eli, que pronto se convertiría en veterinaria. Importantes cambios que hacían a su comunidad todavía más grande y especial.

El hombre bajó del metro y enfiló al exterior subiendo por unas escaleras. Una vez fuera, lo envolvió el viento de levante; soplabá fuerte, las nubes grises corrían deprisa en el cielo y lloviznaba. Abel se caló el sombrero y se puso el abrigo, cuyas solapas levantó para proteger su nuca. Se sentía nervioso, deseaba ver a Eli, pues en esos cuatro años solo la había visto una vez al principio, de modo que hacía tres años que no se veían. Únicamente se escribían, y las cartas, en este último año, habían sido más bien escasas. Ella se excusaba explicándole que estaba inmersa en los estudios, que apenas tenía tiempo para nada más y él le creía.

Por fin llegó al bloque de pisos donde Eli se alojaba junto a Carla, otra estudiante. Había sido una suerte que encontrara una amiga en la urbe, eso le había dado tranquilidad. Apretó el botón del interfono del piso correspondiente; estaba tan nervioso que volvió a insistir, apenas dejó un par de segundos entre llamada y llamada.

—¡Hola! —gritaron a través del interfono.

El corazón de Abel latía deprisa, casi lo sentía en su boca, su cuerpo se tensó.

—¿Eli? —logró pronunciar él en un susurro emocionado.

Hubo un silencio, a Abel se le hizo eterno.

—Eli no, no está.

La decepción fue grande para el hombre.

—¿A qué hora regresa?

Otro silencio.

—Ya no vive aquí, se marchó hace mucho tiempo.

Abel se sorprendió, pues en la última carta de su novia no le comentaba nada. Debía averiguar lo que sucedía.

—¿Puede abrir? Soy Abel, supongo que Eli le ha hablado de mí, necesito hablar con usted un momento.

—Estoy... acompañada.

Abel oyó lo que parecía ser los sonidos de unos besos seguidos de unas risillas, comprendió que acababa de importunar a una pareja.

—Lo siento, no quiero molestar, solo necesito saber la nueva dirección de Eli.

—No creo que a Eli le gustara; resulta que... —Suspiró y no siguió hablando consciente de que no podía decir más de la cuenta.

Abel no alcanzaba a entender la incomodidad de la compañera de piso de su novia. Una ráfaga de viento barrió la calle y tuvo que sostener su sombrero. Miró sin ver una bolsa volar por los aires mientras meditaba que algo no iba bien; lo intuía y no le gustaba la sensación que estaba experimentando su

cuerpo. Sus músculos se habían agarrotado y sentía una presión en el corazón que le dificultaba la respiración. Además, la lluvia había arreciado, daba de lleno en su abrigo y se estaba quedando mojado; ya apreciaba la humedad adherirse a su piel.

—Necesito dar con Eli —logró pronunciar él—, su madre está muy mal, le ha dado un ataque al corazón.

—¡Oh, Dios, cuánto lo siento! —exclamó sorprendida.

Por suerte, la mujer se compadeció de la situación y tomó conciencia de que el asunto era grave. Le dijo la nueva dirección de Eli, Abel la memorizó en segundos; se extrañó de que Eli viviera en Passeig de Gràcia, el lugar más céntrico de Barcelona, solo asequible a gente adinerada.

Empezaba a quedarse empapado, del borde de su sombrero se precipitaba un hilo de agua y, de vez en cuando, debía sacárselo para sacudirle el exceso de humedad. Tenía frío, pero poco le importó, pues todo lo que envolvía a Eli le resultaba extraño y debía encontrarla; cuanto antes, mejor. Temía que hubiera cometido una locura, tal como había hecho tiempo atrás cuando se escapó de su casa. Solo esperaba estar equivocado.

Elisa García aparcó su Audi deportivo de alta gama en un *parking* subterráneo bajo un edificio de oficinas de los alrededores de donde vivía su amiga Carla. Esa mañana había dejado una nota a Veneno, sabía que se enfadaría, pero ya arreglaría las cosas cuando regresara. Le pediría perdón y se mostraría sumisa y obediente, accedería a todos sus caprichos, tal como le gustaba a él. Debía desaparecer unos días para solucionar un problema grave que quería sacarse de encima, y su compañera la ayudaría, pues ella había pasado por lo mismo.

Elisa, o Eli, tal como la llamaban sus amigos y personas queridas, era una mujer hermosa de melena rubia suavemente rizada. Parecían rayos de luz

ondulados que enmarcaban un rostro ovalado de facciones armoniosas, dando al conjunto un aspecto equilibrado. Sus ojos grises resplandecían como dos lunas y sus labios gruesos evocaban besos placenteros; de esos que dejaban huella y que no se olvidaban. Pertenece a Los Hijos de la Luz y era la mayor de cinco hermanos. Nunca quiso formar parte de la comunidad, pues sus aires de grandeza le impedían entregarse a la sencillez y austeridad. Ella siempre había soñado con una vida lujosa, y había perseguido su sueño entregando su virtud y dignidad.

Eli llevaba un vestido ajustado de Chanel rojo que realzaba su silueta y sus pechos grandes. Su cuerpo joven todavía no necesitaba de braguitas moldeadoras o sujetadores *puch-up*. El abrigo, el bolso y los zapatos de tacón también eran de la misma marca. Eli sabía lucir la ropa de diseño como ninguna otra mujer; además sacaba partido a sus atributos femeninos de una manera muy sutil. Su manera seductora de caminar y balancear las caderas atraía las miradas, por lo que no pasaba desapercibida ante los hombres, a los que enamoraba con sus provocativos ojos grises y sonrisas sensuales. Su femineidad y sus dotes de seducción era todo lo que precisaba para seguir conduciendo coches caros y vestir con ropa de los mejores modistos. Una vez al mes su adinerado amante la llevaba a París y le regalaba un ropero nuevo y joyas que hacían caer de espaldas a sus conocidas. Ella solo necesitaba satisfacerlo en la cama y lucir hermosa para que él se sintiera orgulloso de llevar colgado de su brazo a una bella mujer.

Sí, Eli se había dejado eclipsar por el dinero, disfrutaba de la buena vida y tenía decidido que un contratiempo no le impediría seguir haciéndolo, así que su misión en los próximos días sería quitarse el problema de encima. Por nada del mundo regresaría a Valleverde, la austeridad y la sencillez de Los Hijos de la Luz no iba con ella, y más ahora que había probado lo que era vivir entre riqueza. A ella le gustaba el *glamour* y pavonearse entre famosos y gente adinerada y con poder; era lo único que la hacía feliz.

Eli vio salir a un hombre del piso de su amiga Carla al que conocía. Se

trataba de un antiguo cliente suyo en la época que se dedicaba a la prostitución, de eso ya hacía más de tres años. Cuando pasó por su lado, giró el rostro con disimulo en un intento por que no se fijara en ella. Se detuvo e hizo ver que contemplaba un aparador de una tienda de menaje. Por suerte, no la reconoció y, sinceramente, lo prefería, pues le gustaba que la vieran como a una mujer con clase y no como a prostituta del pasado. A la primera la respetaban, a la segunda no.

Emprendió de nuevo la marcha y subió al piso de su amiga. Se la encontró desnuda, no tardó en ponerse una bata de satén roja cuando Eli entró en la vivienda.

—¡Qué casualidad que vengas a verme, estaba a punto de enviarte un whatsapp! —Mientras hablaba se peinaba su media melena morena con los dedos—. Si no lo he hecho antes es porque se me presentó un cliente y no podía decirle que no, es muy generoso.

—Lo he visto.

Las mujeres fueron al salón, Eli se quitó el abrigo y lo dejó junto al bolso, encima de la mesa de centro de delante del sofá. Carla dio un sorbo a su lata de Coca-Cola light.

—¿Quieres? —le preguntó extendiendo la bebida en dirección a su amiga.

—No, gracias, tengo el estómago algo revuelto —dijo mientras se sentaba en el mullido asiento.

—Por cierto, nunca te he dado las gracias por pasarme a tus clientes, pero yo no te quería hablar de esto, sino de... —Se sentó en el brazo del tresillo, pero de lado para quedar frente a su amiga y se dio cuenta de que ella no la escuchaba—. Ayyy, Dios, Eli, estás pasando de mí —soltó indignada.

Se estiró los justo para dejar la lata de refresco en la mesa de centro. Eli soltó un largo suspiro.

—¡Estoy metida en un buen lío y necesito arreglarlo ya! —prorrumpió esta con desaliento.

—¿Entonces ya has hablado con él? —preguntó Carla suponiendo que Abel

la había encontrado.

Eli arrugó el ceño, sus cejas perfiladas se tensaron.

—¿Con él? No te entiendo, el lío del que te hablo no es ningún hombre, sino un bebé. Estoy embarazada.

Su amiga abrió sus ojos castaños de par en par y se llevó las manos a la cabeza en un gesto de verdadero desespero.

—¿Cómo se te ocurre quedarte embarazada? ¿Estás loca?

—No lo he hecho a propósito, me hice un lío con las píldoras, creí habérmelas tomado y me di cuenta de mi despiste demasiado tarde.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Veneno lo sabe?

—No sabe nada, y no se lo pienso decir porque, evidentemente, voy a abortar, no quiero tenerlo. Como a ti te pasó una vez, necesito la dirección de la clínica en la que te practicaron el aborto, ¿aún te acuerdas de dónde fue?

—¿Estás segura de que es lo que quieres? Igual te arrepientes.

—No intentes convencerme de lo contrario, tú no te has arrepentido nunca, ¿por qué iba a arrepentirme yo?

—Porque tú no eres como yo, aunque no te des cuenta.

—No estoy para sermones, Carla. —Entrecerró sus ojos grises a modo de censura—. No eres la más indicada, déjalo ya, ¿vale?

—Si yo tuviera un hombre como Abel a mi lado y una familia que se preocupa por mí, te aseguro que no estaría haciendo lo que hago. No sabes la suerte que tienes.

—Joder, cállate, no es un chollo pertenecer... —Censuró su lengua, nadie de sus conocidos sabía que pertenecía a Los Hijos de la Luz, pues le daba vergüenza—. En fin... desearía que Abel se enamorara de otra; y de mi familia prefiero no hablar.

—No sabes lo que dices, pero ya lo descubrirás por ti misma, no seré yo quien te dé una lección.

Eli empezaba a enfadarse, se levantó de golpe.

—Ya veo que no quieres ayudarme, me voy, ya me las arreglaré sola, el

«San Google» me informará.

Carla la miró y la censuró con sus ojos castaños. Se levantó y fue al mueble de debajo del televisor. Eli la siguió con la mirada y contempló como su amiga se arrodillaba y abría el cajón de arriba. Revolvió su interior y no dejó de hacerlo hasta dar con la tarjeta de la clínica privada donde practicaban abortos, que entregó a su compañera. Esta leyó la dirección, una y dos veces suspirando de alivio.

—Gracias —dijo Eli.

—Mientras pagues lo que te digan, no te harán preguntas.

—Perfecto, voy a ir ahora mismo.

Hizo amago de marcharse, pero Carla la detuvo cogiéndola de la muñeca.

—No tan deprisa, aún no te he contado por qué quería hablar contigo.

Eli puso los ojos en blanco, pues nada, en ese instante, era tan importante como abortar.

—Ok, pero suéltalo ya, tengo prisa. Me cuesta horrores disimular las náuseas y los vómitos matutinos. Ayer noche Veneno me ordenó que me quedara a dormir en su casa y esta mañana, mientras follábamos, he tenido que satisfacerlo rápido, ¡solo tenía ganas vomitar!

—Abel ha estado aquí —soltó de pronto.

Eli se quedó pálida en el acto, empezó a tambalearse y su amiga la acomodó en el sofá.

—¿Estás bien? —preguntó Carla.

—¿Cómo quieres que esté bien? No le habrás dicho nada, ¿verdad?

—No, pero le he dado la dirección de tu nuevo piso.

Eli se levantó de golpe. Su rostro era una explosión de rojos coléricos.

—¿Por qué has hecho tal cosa? —le recriminó a gritos—. ¡Me vas a arruinar la vida!

Su amiga puso los brazos en jarras evidenciando su indignación.

—Creo que no necesitas mi ayuda para arruinarte la vida, lo sabes hacer muy bien solita, ¿no crees?

—¿Otra vez con las lecciones de moralidad?

—Sabes muy bien que yo no pude elegir la clase de vida que llevo, no tuve a nadie que me ayudara, en cambio tú sí. Si Abel se entera que ni tan solo te matriculaste en la universidad y que te gastaste su dinero en gilipolladas...

Eli la cortó.

—¡No te atrevas a decirle nada! —exigió enfurecida, notando como el pánico la cubría por completo.

—¡No, tranquilízate! Abel ha estado aquí porque te buscaba, tu madre está mal.

El enfado de Eli desapareció en el acto y sus ojos empezaron a tener un brillo lagrimoso. Tembló y se sentó en cuanto notó otro mareo.

—¿Mi madre está muerta? —preguntó Eli, no era un secreto que su progenitora no gozaba de buena salud.

—No lo sé, solo me ha dicho que tu madre está mal y ha ido a buscarte a tu piso.

Eli se levantó, se puso el abrigo y guardó la tarjeta en el bolsillo, después agarró su bolso.

—Tengo que irme y dar con Abel, necesito saber cómo está mi madre.

—Lo siento, no he podido hacer más.

Eli la miró y asintió, le dio un beso de despedida y enfiló camino al *parking*. La mujer no se dio cuenta de que un hombre la seguía a corta distancia. Su mente estaba en otra cosa, ya que tenía que llegar a su apartamento antes de que lo hiciera Abel. No sabía qué le contaría, desde luego que la verdad no sería, no le quedaba otra solución que mentir. Y ya podía estar encontrando una explicación convincente a todo. Aunque eso ahora no era lo importante, pues, si su madre se moría antes de que pudiera verla, no se lo perdonaría en la vida.

Veneno miraba la costa por la ventana de su despacho en su casa de lujo en La Miranda, una zona residencial exclusiva, a diez minutos del centro de Barcelona. El mar estaba revuelto por el viento de levante, que había abierto sus fauces y mordía la costa una y otra vez. Las crestas blancas de las olas se levantaban sobre la superficie con violencia. Mirar aquel despliegue de furia aún lo ponía de más mal humor. Porque su día no mejoraba, si acaso las malas noticias se acumulaban en una jornada negra. Por un lado, estaba la huida de Cobra de la prisión. Por otro lado, estaba la escueta nota de Eli, su «novia» — por llamarla de alguna manera— porque él no tenía novias, sino amiguitas con las que disfrutar sexualmente. Las mujeres solo le interesaban para satisfacer su parte viril y Eli era de las mejores que había pasado por su cama: fogosa como ninguna otra, sabía cómo follárselo para tenerlo contento; además siempre estaba abierta a satisfacer sus fantasías eróticas. La susodicha le pedía unos días de soledad, pues necesitaba pensar. Pensar... le decía escrito a mano, como si aquella cabeza hueca supiera pensar. Eli era una mujer superficial, a la que le gustaban los lujos, y él le ofrecía eso y mucho más. Nada más le importaba, por lo que su nota le llevaba a pensar que algo escondía. Si se había atrevido a ponerle los cuernos, lo pagaría muy caro.

De acuerdo, reconocía que necesitaba matar a alguien para descargar su mal humor, y no sabía quién sería primero, si Eli o Cobra. Este era su enemigo, al que quería matar lentamente, su sueño de despellejarlo vivo tomaba forma en su mente cruel. Sería su castigo por haber matado a su hermano Baby, al que pensaba vengar fuera como fuese. El muy cabrón había conseguido salir vivo de las veces que había atentado contra su persona dentro de la cárcel; tenía más vidas que un gato. Al final, había conseguido escapar de su cautiverio, impuesto por unos jueces, que lo encerraron después de ser juzgado por homicidio y tráfico de armas. Y ahora era libre como un pajarito. Debía darle caza antes de que lo hicieran los Mossos d'Esquadra, y matarlo, sí, matarlo, y disfrutar de su agonía, solo así sentiría que la muerte de su hermano Baby se había vengado.

Para empezar tenía a detectives y a varios de sus hombres buscándolo; eran los mejores, por lo que sería cuestión de días que dieran con él. Barcelona no sería lo suficientemente grande para esconder al gusano de Cobra. De momento se desquitaría con Eli, en cuanto diera con ella le daría la paliza de su vida, era lo que merecía por desagradecida. No había excusa para lo que había hecho, y menos cuando la tenía viviendo entre lujos y caprichos. Nunca a una mujer le había dado tanto, ni tampoco se había gastado tanto dinero en ninguna otra.

Llamó por enésima vez a Eli por el móvil mientras se miraba reflejado en el vidrio de la ventana. La imagen de un hombre de cabellos negros con coleta, con la piel de la mejilla derecha arrugada, de aspecto acartonado debido a una quemadura, y con el ojo derecho de cristal, que como pupila tenía un diamante rojo, hubiera hecho gritar de miedo a cualquiera. Eso era lo que quería conseguir cuando Eli lo viera enfurecido, sin embargo, ella seguía sin atender la llamada. En un arrebato de furia lanzó el aparato contra la pared. La violencia fue tan grande que el estruendo resonó en un eco estridente entre las paredes, crispando a Veneno más de lo que estaba.

—¡Maldita perra, voy a *retorserte* tu bonito cuello! —gritó en un acento latino muy marcado.

Cobra estaba esperando a que Eli saliera del apartamento de su amiga. De hecho, hacía horas que la seguía, exactamente desde que se había escapado de prisión, cuando fue a casa de Veneno a matarlo. No era que matara por matar, o por gusto, o porque fuera su *modus operandi*, se trataba de supervivencia. Su vida dependía de quitársela a él, tan simple como eso, por muy cruel que pareciera. Veneno nunca le perdonó haberle quitado la vida a su hermano Baby. Lo gracioso del caso era que, en aquella ocasión, no había matado para salvar su vida, sino la de Abel, pues Baby le hubiera disparado si no lo

hubiera hecho él primero.

Sin embargo, su sorpresa había sido mayúscula cuando había encontrado en casa de Veneno a Eli, la novia de Abel. Estaba claro que se trataba de la nueva amiguita de su enemigo y se sentía enfurecido, porque Abel no merecía esa traición por parte de una mujer. En realidad siempre había sabido que esa chica causaría problemas, lo intuyó en el primer momento que la vio. Fue en la cárcel, el día que ella visitó a Abel, que estaba encerrado por una trastada que se aclaró al cabo del tiempo y que no tuvo más consecuencias, salvo pasar una temporada entre rejas.

Abel era una excelente persona, además, lo quería como a un hermano; en verdad le recordaba a su hermano fallecido, años atrás, por una banda de criminales. Que él se hubiera dado a la delincuencia no había sido casualidad, pues cuando quiso enderezar su vida, se lo hicieron pagar caro matando a su hermano. Un crimen que cargaba en su conciencia, y la bondad de Abel había hecho más soportable su cruz. Por eso, y por tantas cosas más, le dolía que Eli lo tratara con tan poco respeto y arrastrara por el lodo de la mentira el amor verdadero que Abel sentía por ella.

Su primer impulso había sido matarla junto a Veneno, pero él no era un asesino sin escrúpulos, por lo que había decidido secuestrarla y llevarla a Valleverde. Desde luego que le explicaría la verdad a Abel, o mejor dicho, obligaría a la chica a que se la contara; solo de este modo su buen amigo abriría los ojos. Lo sensato sería que se deshiciera de ella y buscara a otra que fuera digna de él. No conocía en el mundo a otra persona que mereciera ser más feliz que Abel, y él sería feliz sin Eli.

Que hubiera estado encerrado en prisión hasta hacía relativamente poco, no había significado que no supiera de la vida de su amigo. Tenía a colegas que lo habían mantenido informado y sabía que había regresado a Valleverde después de arreglar las cosas con su cuñado Iván. Si bien ambos no habían tenido un inicio de relación cordial, el tiempo había puesto las cosas en su sitio y sabía con certeza que formaban una familia feliz, tal como debía ser.

Nunca tendría que haber acogido al muchacho en su mundo de delincuencia cuando lo buscó para pedirle ayuda. Por suerte se dio cuenta a tiempo y desapareció de su vida haciéndole creer que había muerto. Por otra parte, Veneno lo había culpado a él de la muerte de Baby y no a Abel. Desde luego que había sido un alivio, pues no quería que se repitiera la desgracia de su hermano.

Y ahora, por culpa de Eli había tenido que cambiar de planes. Tan fácil que lo tenía en cuanto escapó de la cárcel, solo era cuestión de liquidar a su enemigo y huir del país, pero ya no podía por varios motivos. Pesaba sobre él una orden de detención europea, no es que le preocupara, sabía cómo burlar a la policía, pero Eli estaba poniendo la vida de Abel en peligro, porque en cuanto Veneno se enterara de que, en realidad, su amante era la novia de Abel, no solo la mataría a ella, sino que Abel pagaría también la humillación. No lo permitiría.

**Tres amigas viven sus divorcios con más o menos
acierto y con mucho sentido del humor. Irán
cambiando para adaptarse a situaciones que la vida les
tiene reservadas y para las que ninguna de ellas está
preparada, entre ellas, nuevamente, el amor.**



Tres amigas en la treintena de edad coinciden los domingos en los partidos de fútbol del equipo al que pertenecen sus hijos. María anuncia de su decisión de divorciarse con toda la inexperiencia y abismo que esta decisión conlleva.

Nieves, divorciada, odia a su ex, odia al árbitro, odia al entrenador, de hecho odia a todos los hombres, le aconseja que no lo haga.

Bárbara, divorciada, lo lleva mejor, acostándose con todo lo que lleve pantalones y viviendo una vida llena de aventuras, le aconseja que se prepare para sufrir.

Las tres amigas, con sus distintas personalidades y vivencias, confrontaran la travesía de sus divorcios. Con humor y con acidez, con momentos divertidos y momentos duros.

Desamores, nuevos amores, el mercado del amor de segunda mano, las citas por Internet, la soledad, todo es nuevo para María y sus amigas que se intentan ayudar con más o menos acierto.

Una simpática comedia romántica que te provocará muchas sonrisas, pero también alguna que otra lágrima. Y, por supuesto, con un bonito final feliz.

Antonio Sánchez trabaja como Asesor de Microinformática en el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo en Sevilla. Es fotógrafo y videógrafo colaborador en las principales agencias de bancos de imágenes, con fotografías vendidas en todos los rincones del planeta desde Los Angeles, Nueva York, Londres, París, Berlín hasta Tokyo, Hong Kong o Sidney. Tiene dos premios por fotografías de aves. De joven escribe, actúa y dirige obras de teatro, lo que le valió quince días de permiso cuando estuvo en el ejercito. Ahora escribe guiones, actúa y dirige cortos que publica en su canal de youtube. Bibliófilo empedernido cuenta con más de cinco mil títulos en su biblioteca particular.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Antonio Sánchez

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-70-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Divorciadas Fútbol Club

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Antonio Sánchez

Créditos